



Almáceigo

Talleres de Escritura Creativa para estudiantes
de Enseñanza Media de la Provincia de Talagante
2024–2025



El OtroCuarto
EDITORIAL



Almácigo



Proyecto financiado por el Fondo Nacional de Fomento del Libro y la Lectura, Convocatoria 2024 del Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio.

ALMÁCIGO

Antología: Talleres de Escritura Creativa para estudiantes de Enseñanza Media de la Provincia de Talagante 2024-2025

© Daniel Viscarra

© Julio Rodajo

Primera edición: julio, 2025

Inscripción n.º 2025-A-5032

ISBN 978-956-6277-19-4

Diseño cubierta: Luna Palma Huerta (@creativa.mun)

Impreso en Santiago de Chile
por Grupo Donnebaum



Licencia Creative Commons

Diseño, edición y diagramación
Editorial ElOtroCuarto
www.elotrocuarto.cl

Almácigo

Talleres de Escritura Creativa para estudiantes
de Enseñanza Media de la Provincia de Talagante
2024–2025

Daniel Viscarra & Julio Rodajo (comp.)

Ediciones **ElOtroCuarto**

INTRODUCCIÓN

Esta antología es una de las tantas que a estas alturas se han publicado en la Provincia de Talagante desde que la actividad literaria es un hecho nacido de la eclosión de quién sabe qué. Su desarrollo ha sido el de una criatura que depende de la sombra —el escondite, la madriguera— para tomar aire y salir nuevamente a la intemperie a dar la pelea por su propia existencia, siempre amenazada por la precariedad del medio, el olvido y su propia sensibilidad frente a los embates del clima. Me ha tocado compilar y prologar al menos tres de ellas, y lo he hecho desde lo más hondo de eso que llamamos corazón, como también desde las minucias de mi órgano para auscultar el de los demás y sentir, aunque cada vez más pobremente, las vibraciones de la tierra bajo los bloques de asfalto, masa y ruido que nos rodean.

Ni huevo ni gallina, sin duda hay una especie de épica que corre como los gases en lo profundo de la tierra que, según cuenta la leyenda, alguna vez vio nacer a José Santos González Vera, a Catalina de los Ríos y Lisperguer y, mucho antes, lo que resultó del cruce entre conquistadores, la nobleza inca y los indígenas del territorio. Desde ahí coincidieron la distancia con cierta abusiva terratenencia, ciertos desintereses geopolíticos y ciertas mixturas demográficas que fueron extendiendo los límites y usurpándole espacio a una naturaleza que, por lo demás, ha sido bastante peculiar. Llámese maquia o nicho biológico, la provincia está surcada por dos ríos que bajan de la cordillera, atraviesan la metrópolis y se van apretando cada vez más hasta llegar al horcajo, el punto de confluencia donde se vuelven uno solo y completan el lazo que, en mi trópica filiación a estos terruños,

creo que pudieron haberle dado el topónimo a Talagante y a su raíz, Tala Canta llabe, ‘lazo de hechicero’, generando —en el amplio sentido de la palabra— un microclima. El lazo circunda, cierra, acorrala, y acaso no sea casual la metonimia cuando sabemos que, hoy en día, la mayoría de los jóvenes que terminan su educación secundaria se sienten en una especie de hoyo por la falta de casas de estudio donde puedan continuar la educación superior. En consecuencia, se ven forzados a viajar a la capital en un sistema de transporte que deja mucho que desear, ya que replica la misma lógica de precariedad, olvido y flaqueza que caracteriza al territorio en general como zona periférica. Entonces se entiende que muchos terminen poco a poco desarrollando aversión al lugar en el que crecieron y, con el tiempo, ya egresados, cansados por el vaivén, deseosos de cumplir con la promesa meritocrática del sistema, se llenen de ansias por migrar a otras latitudes, sobre todo extranjeras. Un nomadismo que acaso se espejea del tránsito y la multiplicación de los afluentes han hecho de este lugar una zona indeterminada, oculta, frágil, vertiginosa, trémula, conflictuada. Sin embargo, algunos elegimos o nos vimos forzados a envejecer en ella, devolviendo lo que adquirimos en las universidades para plantarlo en un nuevo contexto, creando vasos comunicantes subterráneos y pensando que, quizás, en un futuro más lejano que próximo, si la cosa no cambia, tampoco podremos evitar el llamado a la fuga.

Mientras tanto, desde el trabajo de fomento lectoescritural que impulsamos bajo la Fundación Sociedad Literaria de la Provincia de Talagante, años de gestión cultural, miríadas de pulsos y altibajos nos han permitido, ocasionalmente, hacernos de los siempre polémicos fondos concursables que ofrece el Ministerio de las Artes, las Culturas y el Patrimonio, no sin antes haber sido rechazados un montón de veces. Diría que de cinco es la segunda vez que este mismo proyecto es electo, siendo abandonado por motivos de fuerza mayor el 2023, exitosamente concretado el 2024; y este 2025, lamentablemente, vuelto a ser rechazado. Cómo nos hubiese gustado

replicar la experiencia de haber convocado a más de una treintena de jóvenes de educación secundaria, pertenecientes a cada una de las cinco comunas que conforman la provincia y, junto a mi compañero Julio Rodajo y otros(as), haberles ofrecido un suelo extenso que abarcara distintos estilos, distintos géneros, donde tuvieran la oportunidad de probarse a sí mismos(as) y experimentar cómo la escritura posee un vínculo innegable con la propia vida a través de los géneros referenciales, cómo aguza y moviliza el pensamiento a través del ensayo, cómo puede llegar a ser moldeadora de la propia sensibilidad a través de la poesía, o cómo es capaz de crear mundos y realidades únicas a través de la narrativa. Esta antología, esta suma de textos, es la prueba encarnada y fehaciente de ello: una nueva diversidad de voces que se articulan a través de cuatro formatos distintos, generan un mosaico de miradas, experiencias, reflexiones, críticas, teofanías, sacrilegios, artefactos y constructos que obedecen no solo a la voz individual de cada participante; sino también a la trascendencia de toda una comunidad que, a través de diversos movimientos migratorios, ha dado a parar en estas tierras, siendo —de ahora y en adelante— parte activa en la construcción de su propia y siempre necesaria, siempre *por hacerse*, identidad.

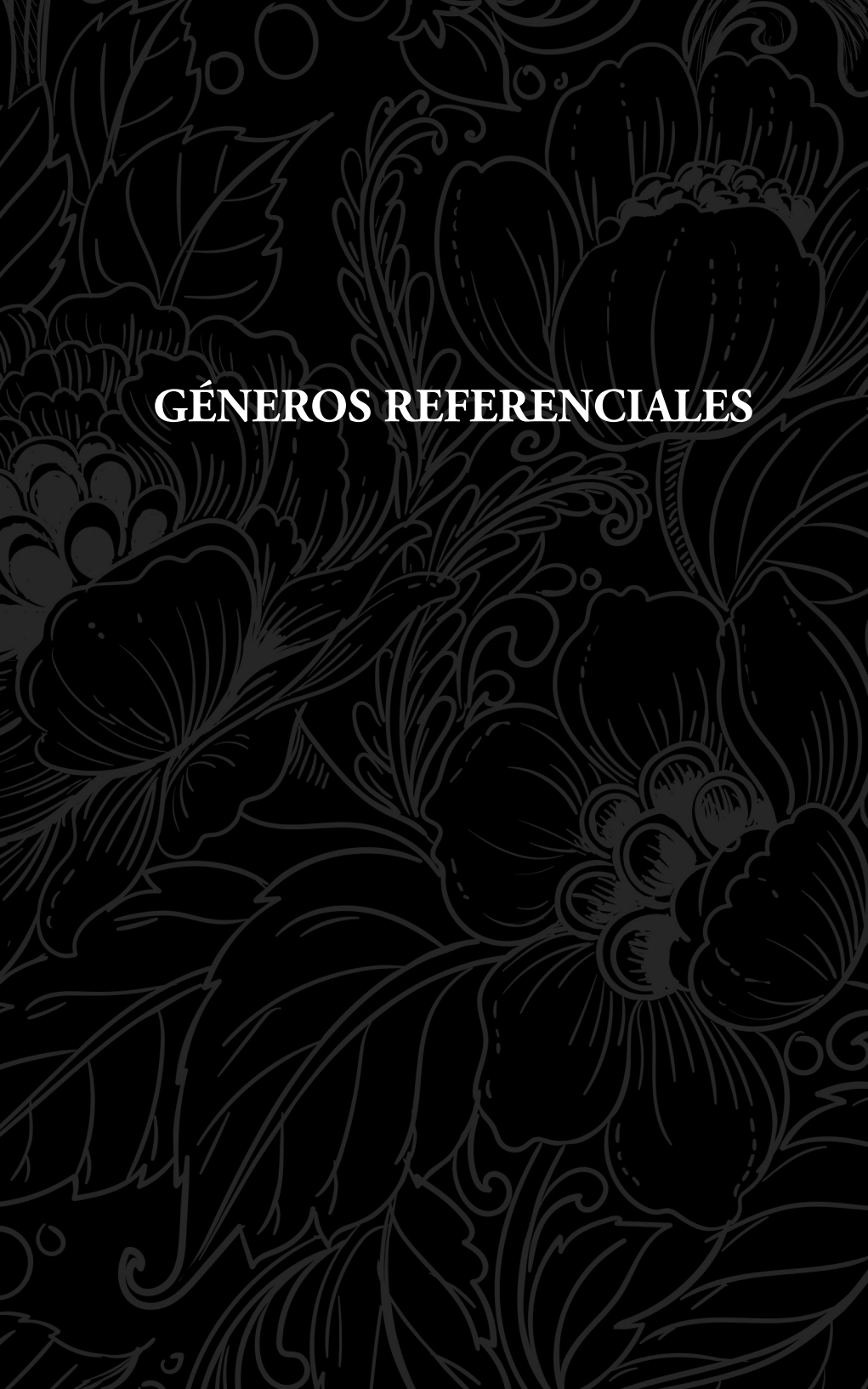
Así, mientras todavía hay partes en el mundo que permanecen en guerra y el resto se mantiene, ya sea bajo una ambigua tensión espectadora, ya sea en la más frívola indiferencia, la reunión de estas voces cobra un sentido de presente y de futuro mucho más significativo que el de la preservación de una supuesta identidad local, costumbrista, azumagada por la constante repetición de lo común con la que suele asociarse al campo chileno. De hecho, escribo esto a solo unos días de que Israel rompiera la tregua con Hamás y, en consecuencia, de que nuevamente haya lanzado una ofensiva al sur de la Franja de Gaza, afectando a cientos de niños y jóvenes que, producto de las explosiones, no podrán jamás desarrollar una voz como las que se reúnen en esta antología. A pesar de la distancia con Medio Oriente, ¿se lo imaginan? ¿Sirve el contraste que intento hacer para

valorar el hecho de esta antología como un hito que debiese impactar no solo los círculos cercanos de los(as) estudiantes, sino que el de toda una comunidad, el de toda una humanidad aún por humanizar? «Ellos no dirán: los tiempos fueron oscuros / sino: ¿por qué callaron sus poetas?», sentencia un poema de Brecht que pareciera ya haber llegado al podio de las obras que trascienden el olvido, aunque por motivos no tan felices como usualmente suele imaginarse el deber ser del arte, y del cual queremos hacernos cargo desde acá, desde nuestras condiciones y ligaduras. Asimismo, escribo a pocos días de un terremoto que cobró cientos de vidas en Myanmar, lo cual confirma, una vez más, la fragilidad de nuestras vidas ante los embates de la naturaleza —sobre todo desde un país sísmico como este—, ya no solo ante los humanos: estamos al acecho de todo y la escritura es una forma de hacernos sobrevivir, una forma de extender nuestra voz en el tiempo, una forma de propagación.

Cómo quisiera que esto sea una piedra de valor en los caminos de quienes participaron en esta antología, así como también en el de todos(as) aquellos(as) que les rodean y comenzarán a ingresar a sus círculos. Cómo quisiera que en Talagante se le dé mucha más importancia y apoyo al fomento de la lectoescritura para no sentir tan sobre nosotros el fantasma de la precarización y llegar, algún día —si me permiten soñar—, a crear una especie de escuela de lectoescritura donde podamos coordinar diferentes talleres y profesionalizar los saberes y prácticas de tantos(as) compañeros(as) que han tenido la valentía de inmiscuirse en el oficio literario, e insistir en la curiosidad que alguna vez sintieron siendo niños(as). Cómo quisiera que ese valor no viniese dado únicamente desde la visión del arte como actividad recreativa, sino que como un espacio necesario donde se generan sentidos y comunidades, donde nos humanizamos y vinculamos con el medio; y, por ende, como un espacio donde Talagante siembra su propio futuro como un territorio donde la cultura, el arte y la escritura, se conciben, transversalmente, desde las autoridades hasta los(as) estudiantes, bajo este prisma de valor y sentido. So-

ñar, desear, es lo que siempre hemos hecho. Esta antología pretende acercarnos un poco más hacia su concreción no solo ahora; sino que además busca ser un impulso para que sean también estas nuevas voces las que se atrevan a tomar la posta y expandan, refresquen el panorama y nuestra visión de lo posible, sin perder de vista a las juventudes que vendrán después de ellas y que, posiblemente, volverán a sentirse atrapadas, deseosas de encontrar un lugar como este para canalizar, para encontrarse a sí mismos(as) y entre sí. Sus escrituras, compiladas en este libro, creemos, tienen esa fuerza. No necesitan mayor introducción, pues pueden defenderse por sí solas y surcar el tiempo si se lo proponen, talladas delicadamente por la nobleza de los corazones que les bombearon la sangre y tienen hoy, entre sus manos, el fuego.

Daniel Viscarra
Talagante, 2025



GÉNEROS REFERENCIALES

MONSERRAT ARCE HINOJOSA

SIMBIOSIS

¿De dónde vengo? ¿De qué estoy hecha? ¿A qué llegué a este plano terrenal? ¿Cuál es el propósito de mi creación y función dentro de este mundo? ¿Acaso existe una respuesta para eso? ¿O solo son delirios insignificantes que me pregunto con el fin de agregar significado a mi existencia?

Algunas de estas preguntas son las que inevitablemente me zumban en la cabeza. Hacen eco en mi mente humana, generando una búsqueda de comprensión en medio de la incertidumbre, dentro de la desdicha de creerse conocedores, y en el fondo saber que estamos desnutridos de prudencia, consumidos por la reflexión que, al final del día, nos lleva adonde mismo estamos parados, en esta tierra llena de basura irrelevante, que conforma la más compleja red de vidas interconectadas, un puzzle que se alinea dentro de lo que conocemos como lo real, lo tangible o, posiblemente, nuestra percepción, fatamorgana de lo certero. Como sea, aquí vengo a manifestarla y a dejarla plasmada sobre el lente que cumplo dentro de este caleidoscopio que es mi universo.

No sabría afirmar con certeza cuándo fue, específicamente, que nació mi afanado amor por la sociedad, este furor de ser una pieza que compone y colabora hacia el bienestar colectivo, este incondicional deseo de conocer toda la diversidad que esconde el reino biosférico; pero sí tengo el vivo recuerdo de mi primera acción rei-

vindicativa por un bien común, donde descubrí el peso que tiene la sinergia grupal.

En el contexto más simple que se pueden imaginar, era yo una pequeña escolar de diez añitos. No hay mucho que declarar sobre esta chiquilla. Siempre fue una persona que priorizaba ver a su alrededor en conformidad por sobre cualquier cosa. Para ella siempre lo primordial era visibilizar todas las conexiones que componen la satisfacción compartida, en este caso en el colegio, donde lo único importante era ingeniarse la entretención con sus pares estudiantiles con algún juego que alimentara su hambre lúdica. Amábamos la conexión que nos provocaba revolcarnos como criaturas salvajes al aire libre, con la tierra y el entorno. Tirarse al manto verde de nuestra alfombra terrestre, sin duda era algo que conectaba nuestras redes energéticas como raíces imaginarias que emergen a la superficie, el pasto. Sin embargo, es ahí donde se interrumpe la felicidad de este relato, ya que un día decidieron arrebatar los espacios verdes reemplazándolos por maicillo. ¡Por Dios que material tan detestable! Hizo que se desvaneciera todo el encanto que tenía nuestro espacio recreativo. Desde mi profundo furor instintivo, surgió en mí un fuerte sentimiento activista y rebelde, que me exigía poner voz y defender el descontento que nos causó tal modificación no consentida. Sin replanteármelo ni un solo segundo, decidí convocar a otros compañeros y compañeras que compartieran mi molestia, con el fin de reclamar alguna solución para nuestra decepción, logrando formar un pequeño conglomerado de cabros chicos revolucionarios. Ahí nos veíamos, haciendo nuestra primera movilización como miniciudadanos de este minisistema cívico, con nuestras pancartas hechas de hojas de cuadernos, profiriendo cacofonías a las afueras de la Dirección del colegio. «¡Queremos pasto! ¡Queremos pasto!», gritábamos al unísono. Realmente en ese momento todo fue muy pacífico y cómico para nosotros, pero al mismo tiempo fue una acción de suma relevancia para nuestro carácter soberano, como seres que no solo se limitan a la conformidad, ante esa decisión tomada sin preguntarnos

nada a quienes hacíamos uso directo de ese espacio. Y no fue en vano: nos otorgaron el protagonismo que exigimos. El director salió a charlar con nosotros para darnos una solución. Me sorprendió lo apacible de esa conversación; puesto que, a esa edad, lo que normalmente se esperaba como infante luego de reclamar algo son simples reproches de adultos, dejando ver a sus niños interiores invalidados, con las típicas respuestas de «no seas exagerado», «confórmate», «cuando tenía tu edad, si reclamaba por algo me charcheteaban, así que agradece que no sea así contigo». En cambio, recibimos una grata escucha activa sobre la controversia por la que lo convocamos, y nos dijo que buscaría una solución al problema. Luego de tanto cateo y presión que le hacía cuando lo topaba en los pasillos, tiempo después vimos los resultados e instalaron pasto sintético donde antes había maicillo. Quizás no era real, pero sí era bastante plácido para todos, ya que las tías del aseo no tendrían doble trabajo regando y nosotros recuperamos nuestro patio de juego verde.

De algo tan insignificante afloró un rasgo insondablemente significativo. Con tan solo diez años le dimos peso a la soberanía popular. Ahí fue cuando entendí que la revolución no existe sin el amor; el amor hacia la ciudadanía, el amor por la justicia, el amor por la lucha de derechos, el amor por coexistir en armonía, el amor por nuestro entorno, el amor por la simbiosis.

Aquí comenzó ese anhelo participativo en mí, ese que me ha conducido a ser partícipe de varias actividades relacionadas con realizar alguna cooperación comunitaria, cualquier actividad que alimente mis ganas de aportar y colaborar con la colectividad, de coadyuvar, y que me nutra de experiencias, o donde simplemente aprenda algo nuevo sobre el mundo en el que estamos. Me encantan estas agrupaciones que le dan ese espacio de apreciación a la Tierra, a nuestro hábitat, que finalmente es la morada que compartimos todos los organismos vivos, humanos, flora, fauna, funga, insectos, bacterias, entre millones de seres más. Así, recientemente tuve la gracia de tener un encuentro con una de estas asociaciones protectoras

de la naturaleza y de quienes viven en ella, lo mejor es que por una causa particularmente cercana a nosotros. Resulta que, en la Provincia de Talagante, como sabemos, el río Mapocho hace su recorrido por nuestras tierras. Muchos talagantinos no lo toman mucho en cuenta, ya que quizás no es tan maravilloso como un río de la cordillera, o como uno del Amazonas, el Danubio o el Nilo. Quizás no tiene las aguas más claras ni las vistas más apreciables dentro de lo que conocemos; pero este grupo decidió ver en él el esplendor que nosotros no supimos valorar, y por eso actúan como activistas tanto para su reforestación, como para difundir entre nuestra gente el fascinante mundo dentro del humedal que nos perdemos.

Así, una mañana del 3 de agosto o, bueno, más bien al medio día, llegamos con el grupo de la Sociedad Literaria, acompañados de la Fundación Frente de Río, los agentes encargados de la protección del humedal en Talagante, quienes también dentro de esta aventura serían nuestros guías educativos. Al llegar, lo primero que noté fue la cacofonía de la urbanización cercana, la inevitable contaminación acústica que contrastaría con la serenidad forestal que recibiríamos más adelante. Tras pasar por una calle que más bien era como un pasaje, donde se delimita el entramado citadino, llegamos a una cancha donde la entrada se encontraba por el costado. Al cruzarla, los guías nos mostraron la reforestación. Nos explicaron el plan y el objetivo del método Miyawaki para una óptima arborización del lugar. Pudimos observar los arbolitos agrupados en una zona, medio obstruidos por la lluvia del día anterior.

Posteriormente, nos dirigimos hacia un mirador, donde se apreciaba una hermosa vista de la ribera. En dirección al horizonte, se podía observar la hilera de cerros que rodea nuestro pueblo, vinculados con la ciudad a través de un puente. Justo en ese instante, para nuestra expectación, comenzó a atravesarlo el tren. Más allá, se vislumbraba la cordillera, blanca y reluciente bajo el cielo despejado por la lluvia que secó todas las nubes, dando espacio al sol. Todo este panorama realmente es algo muy valioso para ciudadanos que viven

inmersos dentro de la abrumadora rutina urbana. Justamente, David nos comenzó a describir lo agotador que ha sido tener que lidiar con los mismos habitantes que viven en la ribera, quienes, lamentablemente, son los que más reclaman y dificultan su trabajo.

Luego, avanzamos hacia donde termina el camino del mirador y bajamos en dirección a un roquerío que nos llevaría a la bajada del humedal. Allí atravesamos los pozones, con sus caminitos de piedras, seguramente colocadas ahí por sus mismos visitantes habituales. A la llegada de este sector, David nos dio una charla sobre el ecosistema. Nos nombró algunos árboles y nos señaló la cantidad de especies que se pueden encontrar en ese lugar, su biodiversidad. También nos conversó sobre conflictos que han tenido que enfrentar a causa del poco respeto que se le tiene a estos espacios, a lo susceptible que son por la contaminación humana. Estos son los desafíos que lamentablemente nos enfrentamos como sociedad ante la inconsciencia de algunos, incapaces de apreciar tales maravillas que nos brinda la naturaleza.

Veía al pequeño hijo de Mariela y David. Se notaba que visitaba el lugar con frecuencia. Lo primero que hizo fue deshacerse de sus prendas para poder tocar el agüita. Lo veía como un niño muy libre. Imaginé a todos los niños que podrían venir a recrearse como Raikén, en armonía con el medio ambiente; cómo podrían gozar de una revolcadita en estos pozones de agua pura. Después de todo, están a libre disposición y sin costos adicionales para la comunidad, contrario a las entreteniciones que vende el día de hoy lo mundano. Le permitían nutrir su pequeño ser de energías, enriqueciendo su conexión con el entorno real, vivo, en lugar de rellenar el tiempo de su infancia con pantallas e información irrelevante.

David, en su vals informativo, nombró la relación acuífera entre los seres vivos y el humedal. Nos describió que la función de estos pozones es filtrar el agua arrastrada por la corriente, como los riñones del río Mapocho, puntos de hidropurificación natural subterránea.

Y no tan solo colaboran con la limpieza acuática, nos dijo, sino que a su vez son la fuente de hidratación y el hábitat para muchas especies.

Prosiguió su generosa charla de conocimiento, llevándonos a un concepto muy relevante: la simbiosis. Adoro todo lo que implica este concepto. Describe cómo las relaciones entre especies pueden hacer una hermosa colaboración para la subsistencia del otro, como la abeja y la flor con la polinización, los árboles que son el hogar de muchas aves y al mismo tiempo estas mismas les ayudan a dispersar sus semillas para reproducirse, las bacterias que colaboran con las plantas en la transmutación del nitrógeno del cual se alimentan las raíces vegetales, asimilando al trabajo de los humanos al convertir el oxígeno que nos entregan para devolvérselos en CO₂. Ni hablar de la capacidad de los hongos que logran descomponer todo tipo de residuo, hasta los mismísimos creados por el ser humano, para transformarlo en nutrientes terrenales. Incluso pueden producir sustancias antibacterianas que protegen a las plantas a su alrededor y, por si fuera poco, son capaces de transportar agua y nutrientes a través de sus micorrizas para las plantas. Y lo que me parece más fascinante es cómo igualmente existen relaciones entre especies que, destructivamente, de alguna manera colaboran con el ciclo natural de la vida medioambiental, como los insectos que se alimentan de las plantas para sobrevivir, creando la materia fecal que pasa a ser abono para otra planta; los gusanos que son alimento de los peces, o bien sus mismos parásitos carroñeros; las pancoras que desmusgan el sedimentado fondo acuático y se alimentan de la masa hidrófita; los macroinvertebrados y miles de relaciones más que no conocemos dentro de todo el universo faunístico existente, en lo que a simple vista se ve como una pequeña ribera, cuando es en realidad una fascinante y compleja red de relaciones que equilibran la subsistencia de sus habitantes. Es increíble cómo cada ser vivo tiene su huella, la cual resuena en beneficio o en contra para el sostenimiento vital: una bella interdependencia colaborativa que demuestra que todos existimos con un propósito en conjunto, que todos estamos conectados.

Simplemente me parece mágico averiguar sobre las maravillas que coexisten en nuestro entorno, y que ignoramos debido a la confinada sabiduría que poseemos sobre nuestro propio territorio. Por la ajetreada y hegemónica vida rutinaria de la ciudad, desconocemos la importancia que merecen nuestros escasos márgenes rurales. Espacios que iban destinados a la extinción, de no ser gracias al reconocimiento y a la protección por parte de estas asociaciones defensoras de nuestro patrimonio medioambiental. Sin duda son de los pocos humanos que se acercan al concepto de simbiosis en la naturaleza, cruciales para la mantención de estos puntos naturales, reconfiguradores de la prosaica vida urbana que diariamente se apodera de nosotros, que nos aleja de la conexión con las distintas especies vivas, con las que podríamos conectar colaborativamente. Todo sería sublime si continuáramos como la tierra nos trajo a la vida, sin imposiciones sociales ni constructos económicos o cívicos, si viviéramos en perfecta armonía con la naturaleza, sin bienes que adquirir y acumular para que, al momento de nuestra muerte, no hayan sido de ningún aporte para el mundo. Todo sería mejor si tan solo viviéramos el día a día buscando coexistir dentro de este mundo lleno de todo lo necesario para perseverar a la par de otros seres vivos, en lugar de que sean ellos los que viven de la resiliencia por nuestra contaminación.

En fin, entre toda esta sesión adquisitiva de conocimientos, experiencias y exploración a los rinconcitos de nuestro precioso humedal, rescato un maravilloso día donde vivimos una meditada apreciación de la riqueza que tenemos como talagantinos en comparación a otros sectores donde el agua del Mapocho ni siquiera hace contacto con la tierra y, más bien, solo colecta contaminación humana. Me siento agradecida profundamente de haber tenido acceso a tal enriquecedora instancia con la compañía más grata. Aunque a veces espero mucho de la vida, estos momentos de formación cultural me llenan más que cualquier deseo efímero absurdo.

CATALINA CARREÑO

LA ESCRITURA SIEMPRE ESTARÁ EN MÍ Y YO SIEMPRE ESTARÉ EN ELLA

Querido lector:

Has leído maravillosos e impresionantes escritos, escritos que necesitaban desesperadamente ser mostrados al mundo para que contemplaras tales obras maestras, que ya viene siendo hora de leer un texto mediocre de esta chica. Lo siento por no estar a la altura. En serio lo intenté, traté de hacer lo mejor posible y, aun así, fallé. No puedo estar a la altura de los otros textos en este libro. Textos con un vocabulario excepcional, adornados cuidadosamente con bellas palabras, llenos de sentimientos, y con el toque especial de cada uno de los escritores, asemejándose a esos relatos de hace muchísimos años que se siguen leyendo y conservando como un tesoro por lo excepcionales que son.

Pero el mío, en cambio, se asemeja a esa baratija oxidada que quedó en el fondo del baúl, algo que no vale la pena, pues no tiene valor ni importancia. Solo es un escrito sin brillo y con un lenguaje simple, como si una niña pequeña estuviera jugando a ser escritora. Es curioso pensar que mi única inspiración sean aquellos sentimientos que guardo en mi interior, sabiendo que hay muchísimas más cosas que plasmar en papel; cosas sobre el mundo en el que vivimos, sobre sus alegrías y sus injusticias o, mejor aún, sobre mundos fantásticos y mágicos que uno jamás pensaría que podrían existir y que,

sin embargo, los escritores son capaces de darles vida y demostrarle al mundo que todo es posible con la imaginación. Ojalá poder escribir como ellos. Quisiera tener a alguien que me guíe, que me diga exactamente qué tengo que hacer, qué tengo que escribir y cómo tengo que escribirlo, que corrija mis errores, para así poder escribir algo digno de admiración, pero nadie nunca te enseña cómo saber si estás haciendo o no lo correcto. Solo te dicen que echas a volar tu imaginación y que el resto fluirá por sí solo.

¿Será acaso mi imaginación suficiente para escribir algo excepcional? Lo dudo. ¿Seré yo suficiente o será que, a pesar de todo lo que he aprendido, aún me falta ese algo para ser buena escritora? ¿Y qué es ese algo exactamente? ¿Podré conseguirlo alguna vez, o estoy condenada a fingir por siempre ser una escritora? Miles de preguntas pasan por mi cabeza y no puedo responder ninguna de ellas. Sinceramente, no creo que nadie tenga las respuestas, así que aquí me encuentro, en la quietud de la noche, en compañía únicamente de las silenciosas lágrimas y de mi pobre corazón, que no sabe qué hacer con esta espinita de impotencia ni cómo sacársela. Quizás el papel y el lápiz le podrán dar consuelo a este intento de escritora y permitirle expresar todo lo que siente sin temor a ser juzgada ni criticada. Muchas veces hice eso: plasmé mis sentimientos de incertidumbre en el papel con la esperanza de exteriorizar todos esos pensamientos negativos y dejar de sentir ese nudo en la garganta que me recordaba que no era suficiente.

Algunos escritos de ese tipo se los mostré a mi profesor del taller de escritura creativa al que asistí, y me dijo que le habían gustado. Aquellos escritos que hice por impulso, sin rumbo fijo, con letra temblorosa y rayones le habían gustado. Yo, genuinamente, no me lo creía, y se me pasó por la mente que solo estaba siendo amable conmigo porque era incapaz de darle una crítica negativa a algún escritor. De verdad, no creía que fuera tan buena como mis compañeras y compañero de ese mismo taller de escritura, pues ellos escribían de tal forma que lograban transmitir sus emociones y que

el lector las sintiera, que conectara con ellos, que empatizara. Pero un día el profesor nos dio un ejercicio de escritura que consistía en escribir un diario de siete días, y a la siguiente sesión me animé a leer uno de los días, específicamente el día en que nos dieron el ejercicio. Aún recuerdo los nervios que sentí al leer en voz alta frente a mis compañeros, el calor que sentía brotar de cada poro de mi piel, la voz ligeramente temblando y mi lengua luchando por no trabarse. Recuerdo que algunos se rieron por mis ocurrencias y la forma «divertida» de narrar mi día. También recuerdo que el profesor destacó que yo estaba muy pendiente de lo que hacían ellos pues, aunque yo no solía hablar casi nunca, ellos formaban una parte esencial en mi vida y los apreciaba a cada uno. Esa misma sesión nos pidió escribir algo rápidamente sobre lo que quisiéramos y yo no encontré nada mejor que escribir sobre la felicidad y la emoción que me hacía saber que a ellos les había gustado algo que yo había escrito, que no era tan mala escritora como pensaba, que quizás podría ser como ellos. Me acuerdo de que mis manos temblaban mientras escribía frenéticamente en mi cuaderno, sin detenerme a pensar si esto sonaría bien o si sería mejor usar una palabra más sofisticada aquí o allá. Solo escribí. Me dejé llevar escribiendo lo primero que se me ocurría. Y tras leer ese relato en voz alta, todos aplaudieron con dulzura y volvieron a decir que les había gustado. Creo que ninguno de ellos notó en su momento el impacto que tuvo eso en mí; pero, de haber sido posible, yo me hubiera echado a llorar ahí mismo y me habría derretido de felicidad. Ellos pensaban que sí era buena escribiendo, que no era una causa perdida.

Así fue como comencé a apreciar poco a poco mis escritos, la forma en que los escribía, las palabras que utilizaba, la manera en que describía las sensaciones y la preocupación por hacerlos lo mejor posible, puliéndolos tanto como pudiera, corrigiendo los errores y esforzándome en lograr la mejor versión de ellos. Así comencé a entender que yo sí era buena escribiendo, que no tenía por qué compararme con el resto si cada uno tenía su propio estilo de escritura,

sus propios intereses y sueños, con una imaginación única que no se compara a ninguna otra, pues todos somos diferentes. Comprendí que yo sí valgo la pena, que sí tengo importancia, que tengo derecho a expresarme, y que la escritura me ayuda justamente a eso, pues ella jamás invalida ni juzga a nadie; siempre está abierta a escuchar a los desamparados, a los dolidos, a los soñadores, a todo el mundo, y a darles refugio. La escritura siempre estará en mí y yo siempre estaré en ella.

ANDREA MERCADO GONZÁLEZ

MI VIDA: EL CAMINO RECORRIDO PARA CONSTRUIR MI IDENTIDAD FUERA DE LO QUE ME DABA IDENTIDAD

Mi nombre es Andrea. Tengo dieciséis años y soy amante de la literatura y la escritura. De cierto modo así me comunico o comunico ciertas incomodidades. Algunas personas me dicen que tengo las características de una romántica empedernida, que tengo capacidades sociales e intelectuales que me hacen diferente al resto de personas. Nací en Venezuela. Hasta mis nueve años fui criada en esta hermosa tierra, llena de una flora y fauna tan diversa como las personas en el mundo, con una gastronomía «exótica», como dicen algunos; ríos por los que corren aguas vivas y puras, playas donde el sol quema tu piel, dejándote ese tono moreno que solo te dice que eres pasión viva. En fin, de ahí soy, o de ahí era, pues, lamentablemente, el 2017 mis padres tomaron la decisión de irse del país. La situación de este empezó a afectarnos más y más cada día, hasta que se vieron forzados a tomar tal decisión. Es por eso que quiero que algunas de mis memorias salgan a la luz en este texto y muestren lo que significó ese proceso para mí.

Recuerdos

Aún recuerdo cuando era niña. Vivía en Venezuela aún. Me di cuenta de que la situación no estaba bien. Mi abuelo había sido diagnosticado con Alzheimer. No podíamos salir a comer a ningún lugar porque era, o comer una sola vez, o comer todo el mes. La delincuencia iba en aumento; no podías estar en ciertas zonas a ciertas horas por miedo a ser robado o secuestrado.

Recuerdo el día en que vi cómo secuestraban a unas mujeres. Mi mamá llamaba rápido a la policía. Le decía a mi papá que avanzara lo más rápido que pudiera. No quería que nos pasara algo a nosotros. Recuerdo con exactitud el vehículo. Era una camioneta Ford antigua de color café, bastante dañada y golpeada, asumo por lo caro que era en ese entonces cuidar de los autos. En mi mente aún siguen tronando los gritos de desesperación de esas mujeres. Retumban en cada espacio de mi mente y me traen imágenes demasiado perturbadoras para una niña tan pequeña como lo era yo en ese entonces. Sabíamos que la policía no haría nada por esas mujeres que gritaban pidiendo ayuda. La gente solo miraba por miedo a no ser ellos mismos secuestrados. Sabíamos que eso implicaba muchos problemas.

Fui consciente de todo lo que pasaba a mi alrededor desde muy pequeña. La situación social no me permitía seguir siendo una niña ingenua dependiente de sus padres. Sabía que en cualquier momento ellos podrían dejar de estar para mí y para mi hermana, sabía que podía despertar un día con alguien diciéndome que ellos ya no estarían para mí. ¿Era un poco pesimista o negativa? Probablemente, pero es lo que afrontamos los niños a los cuales nuestro país no nos asegura bienestar ni futuro.

Otra herida con la que vivo son las despedidas y lo difícil que son para mí, lo que estas me traen a la mente; lo fácil que es decir adiós creyendo que existirá un próximo hola, lo difícil que es decir adiós sabiendo que no existirá un hola. Nadie me habló de la despe-

dida de mi abuela materna y de mis tías, cómo sobrellevarla y cómo validar mis emociones al momento de vivirlas; la parte en la que dejaba a mi abuela paterna, la parte en que no vería más a mi abuelo. Tuve que ver morir a mi abuelo Hugo y jamás pude despedirme de él, tuve que ver morir a mi abuela Valentina y no pude despedirme de ella. Nadie me habló de cómo sobrellevar la muerte y las despedidas de forma natural. Vi morir a mi familia por hambre, por el deterioro de su salud. No pude verlos más y tuve que vivir con la latente cuenta regresiva. Obviamente, nadie espera ver el funeral de sus abuelos por videollamadas ni tener que escuchar a todos llorando y lamentando la partida, donde te abrazan los que tienes cerca, pero no sientes ese calor que esperabas tener; donde hacernos fuertes es una obligación y una forma de protección ante un próximo estallido emocional.

Gracias a estas situaciones entendí que fui parte de una sociedad en deterioro por culpa de malas decisiones. Vi cómo mis padres decidieron irse del país por amor a mi hermana y a mí. Mi papá renunció a su mamá por amor a mi hermana y a mí. Mi mamá dejó a su papá sin despedirse por amor. Vi cómo dos personas dejaron una vida atrás para yo poder tener una nueva, para poder vivir una infancia un poco mejor. Evitaron que mi infancia fuera arrebatada al cien por ciento. Aún veo a esos niños que dejaron de ser niños y me digo: «No son más maduros que yo; se vieron obligados a madurar para trabajar y ayudar a su familia, porque las miserias que llaman sueldos no eran suficiente». La verdad es que todo lo que he vivido me ha hecho ser la mujer resiliente que soy hoy. He superado todas las adversidades que el mundo y el humano me han presentado. He llorado y he cuestionado los planes de Dios. Aún no los tengo muy claros; pero sé que existe uno especial para mí, así como existe uno especial para las 8.200 millones de personas en el mundo.

Electricidad

Quiero hablar del detonante de la decisión de mis papás, cuando sentí más miedo que nunca, cuando mi cerebro y mi cuerpo se vieron recorridos por una electricidad que nunca más he vuelto a sentir, cuando temí por mi vida y la de mi familia con solo ocho o nueve años.

Era una noche del 2017. Estábamos en nuestra casa hasta que escuchamos que había policías entrando a las villas en motos y autos. Los motores se escuchaban a los lejos. El sonido de estos te daba una sensación de carretera, donde el silencio huye de ellos. Era una niña. Tenía miedo. Vi cómo los policías tomaban a mis vecinas por el cabello y las arrastraban por el asfalto desgastado, lleno de piedras y arenilla. Sus gritos se hacían parte del ambiente perturbador que nos empezaba a recorrer por los brazos, provocándonos escalofríos. Estaban a una esquina de mi casa, y por la mente de una niña como yo que veía películas de espías tuve una idea para evitar que los policías entraran o que quisieran llevarse a mi papá. Corrí dentro de mi casa y le grité a mi hermana: «Ven, vamos a ligar cloro, jabón y agua caliente por si acaso». Yo quería defenderme. Sabía todo el peso que podría significar que se llevaran a mi papá. Todas las historias de secuestros, muertes; todo lo que te podrían provocar esos policías. Aunque tenía miedo, no me dejé vencer. Mis piernas temblaban, mis manos sudaban y mis ojos amenazaban con empezar una lenta cascada de lágrimas amargas deseando que todo cambie. Luego empezaron los disparos. Todos nos asustamos. Mi mamá nos dijo que nos vayamos a nuestras habitaciones. Tenía mucho miedo. Quería ir a la cama de mi mamá, que era como estar en una nube gigante donde el espacio nunca era suficiente para nosotros cuatro, donde un día en la mañana —justo el día después de mi cumpleaños número cinco— nos dimos cuenta de que se me caería un diente; la cama donde dormí cuando enfermé, la cama donde jugaba, donde más

de alguna vez me quedé dormida por la plena satisfacción que sentía ahí. Quería esa cama, y ahí estuve.

Mentalidad

Mi mente ha sido formada como un diamante, o así lo veo yo. Si analizamos los procesos para la creación de un diamante, vemos que este necesita de tres elementos básicos: tiempo, presión y calor. Sin estos, es imposible crearlos. Mi mente y alma para mí son lo más preciado que tengo. Nadie es capaz de robarme lo que en ellas hay, nadie es capaz de sacar lo que ellas creen. Ni la peor de las torturas o penas han de ser capaces de sacar lo que en mí habita.

Ahora sí: ¿quién soy? ¿De dónde soy?

Soy la tierra fértil donde se ha decidido plasmar un jardín de ideas, sueños y metas. Creo fielmente que hay un plan con eso. Hoy, a comienzos del 2025, no estoy muy segura de qué haré con mi vida, pero todo jardín merece ser cuidado y regado por el agua más pura de todas. Necesita vitaminas y amor. Luego de tantas conversaciones por las noches con lágrimas en mis ojos, con la compañía de la oscuridad y de los gatos que van de techo en techo, he caído en la conclusión de que soy ciudadana del mundo y de los cielos. No hay país o sociedad que defina de donde soy. Dentro de mí hay un mundo y de ahí soy también. Tengo características sociales de Chile y de Venezuela, y amo con locura ambos lugares y lo que dentro de ellos habita; pero no soy de allá ni de acá, como dicen algunos. Estoy agradecida con Dios por haberme puesto en Chile, por poder expandir mi educación y todo lo que hay en mí. Esto no quita que ame a mi país, mi Venezuela, donde están mis antepasados, mis familiares y lo que corre por mis venas. Como dice Luis Silva, un gran cantautor de mi país:

Llevo tu luz y tu aroma en mi piel
Y el cuatro en el corazón
Llevo en mi sangre la espuma del mar
Y tu horizonte en mis ojos

(...)

Y si un día tengo que naufragar
Y el tifón rompe mis velas
Enterrad mi cuerpo cerca del mar
En Venezuela

Cité la primera y última estrofa de la canción, puesto que estas me son una curita cada vez que recuerdo a mi país. Me hace recordar lo lindo de él.

Por último, no me queda más que decir. Solo soy Andrea, una habitante del mundo que espera ser un aporte a la sociedad, a la ciencia y a la vida de los demás. Trabajo a diario para lograr mis metas y para poder hacer orgullosos a Dios, a mi familia y a los que me rodean. Espero que mi historia sea de motivación y te empuje a superar los límites que te has puesto: resiste un poco, pues aún hay mucho por hacer. Hay un plan para ti. Solo búscalo de la manera correcta, sé el factor de cambio que necesita este mundo, trabaja por ti, haz lo que nadie más hará, no esperes nada de nadie porque a nadie le interesa ayudarte a cumplir tus sueños más que a ti. Puedes tener apoyo, pero es tu responsabilidad cumplirlos.

Agradezco a mis papás por apoyarme siempre, a mi hermana por motivarme y sostenerme cuando creí que ya no podía. A mi Tía Saba por apoyarme y darme algunas ideas, a mi Abuela Yasmin por creer en mí y creer que era capaz de eso y más. Se lo dedico a mi abuelo Hugo porque, aunque no está en este plano terrenal y tampoco me escucha, todos mis logros los celebro como si estuviera aquí,

porque sé que estaría orgulloso de lo que he logrado. De la misma manera se lo dedico a mi abuela Valentina, porque unos meses antes de empezar a escribir este texto, ella partió de este mundo. Es un gran ejemplo de lo que me gustaría ser como mujer: trabajadora y esforzada, y eso es algo que agradezco haber visto de ella. No menos importante le agradezco a mi Dios, que siempre estuvo ahí. Todo lo que he logrado él lo ha puesto en mi corazón, y gracias a ello he podido abrir puertas. Y, por último, me agradezco a mí misma: lo lograste, Andrea. Hiciste todo lo que creíste que no podrías. Tienes grandes talentos y, con solo diecisiete años, eres el significado de la palabra resiliencia.

LEANDRO ORELLANA

CADA HISTORIA UN DÍA ACABARÁ, NO IMPORTA LO BUENA QUE HAYA SIDO

Habrás sido a principios de mayo que el profe Alberto me propuso esta oportunidad. Me ofreció un lugar donde podría experimentar y probar el aún desconocido mundo de la escritura.

Ubicado en la comuna de Talagante, dentro de una llamada «sala de reuniones», se llevaría a cabo el Taller de Géneros Referenciales donde, al entrar la primera vez, solo podía ver atónito lo que era su interior: varias sillas ejecutivas acolchonadas, una larga mesa llena de agujeros donde deberían ir cables, platos con galletas surtidas, repisas con múltiples libros, ventanas grandes y un elevado televisor. Estos objetos conformaban esta sala, la que desde entonces sería el recinto de juntas para unas ocho personas: seis mujeres y los únicos dos hombres: el tallerista, Daniel, y yo.

El primer día, un sábado en la mañana, logré consagrar temerosamente mi presentación, que no era más que decir unas cosas pocas, sirviendo como comienzo para este camino, por lo que, al llegar la hora indicada, acabaría la sesión y saldríamos de la sala sabiendo ahora a quiénes pertenecían cada una de esas nuevas caras y voces. Al salir, me subí nuevamente al auto de mi padre y me puse como siempre a mirar por la ventana para contemplar aquel nuevo y desconocido paisaje, a la espera del momento en que las voces cesaran y la música proveniente de los audífonos llegara como compañía del viaje.

Seguiría así cada sábado. Desde las 8 de la mañana estaba en pie, haciendo hora entre el desayuno y el aseo, para subir al auto, ese auto que por meses me llevó al taller, donde pasaría las dos horas que duraba escribiendo, hablando y escuchando sobre temas como el amor, las anécdotas, los géneros y las personas, y así comprender nuestras historias y los contenidos que veíamos, para posteriormente compartirnos ideas. Dentro de estas clases recuerdo haber pasado por bastante, tanto dentro como fuera del taller, en diferentes magnitudes, ya sea por problemas como no comprender la diferencia entre lo político y la política, o esas penas y atados causados por amor (uno de mis mayores problemas), sin contar también problemas asociados a mi rendimiento académico, el cual generaba retos fuertes de parte de mis padres; o los estados de ánimo que, aunque odie admitir, son parte de la edad. También estuvieron los viajes de regreso a mi casa, cada uno tan igual como diferente al resto, variando en cada factor posible, como esa vez en que un «loco» se sentó junto a mí. Recuerdo bien su motivo, esa razón de viajar (no necesariamente junto a mí, cabe decir). Esa vez tenía miedo, al menos al inicio, pues una vez él quiso comenzar a hablar, yo pude relajarme y pasar de aquel temor inicial. Dejé de pensar en el bolso que llevaba sobre mis piernas, en su contenido y en el teléfono que escondía bajo el muslo, pues me demostró no ser de temer, mostrándose gentil e interesante. No solo había sido un participante de otras actividades de la Casa de la Cultura, sino también un escritor y de momento agricultor, con títulos incluso. Ese «loco» me dijo tantas cosas que necesitaba oír. Me dio consejos justos y en el momento justo, que a la larga me ayudaron bastante.

El resto de los viajes solo llenaron un patrón que, como ya dije, variaban a la vez que no. Cada vez que subía, hacía mi mayor esfuerzo por decir mi destino sin trabarme. Recibía mi vuelto y caminaba al costado izquierdo de la micro, en la fila del chofer, y tomaba un lugar vacío, casi a medio camino. De hacer falta abría la cortina, colocaba el bolso sobre mis piernas y sacaba el cuaderno y el lápiz,

donde plasmaba cualquier idea, tal vez un dibujo, tal vez un escrito, casi siempre sobre la niña que me tuviera embobado en ese momento, o sobre alguna idea que el yo adulto *debería* cumplir. Sea cual sea la idea que escribía, siempre lo hacía con esos audífonos negros metidos en mis orejas, reproduciendo las cumbias que acostumbro y disfruto, o tal vez algo más viejo, eso que guardo en secreto.

Los sábados fueron lindos. Cada uno representó un desafío distinto, siempre sobresaliendo de los anteriores, con anécdotas como la del abuelo que vivió la guerra, relatos como la lucha por el amado pasto, o las historias sobre migración. Tuvo tanto que contar ese taller y tanto que no pude ver, como aquella excursión al humedal, a la que por motivos de fuerza mayor me tuve que ausentar, o el día en que se hicieron las cartas, donde, a pesar de no estar, dejé mi parte, revelando a quien realmente quería y a quien quizá aún sigo queriendo (o tal vez no). Todo a palabra de Daniel, quien nos pedía escribir con amor, sea a quien sea.

Seguí sábado tras sábado. Oía atentamente cada historia relatada por el resto, al igual que mis compañeras las mías. Opinamos y aportamos lo que nos surgiera, sin descanso alguno, hasta que con el tiempo todo tuvo un alto, pues llegaríamos a la instancia final, un momento altamente diferente al esperado, pero que causó más sorpresa de lo que podría llegar a imaginar. Aparecieron gustos, dotes o habilidades que jamás contaron. Hablamos tanto ese último día y reímos bastante también. Conocimos también el otro lado, a los que eran parte del otro taller dedicado al ensayo. Salimos a mirar y a tomarnos algunas fotos atrás. Y al final volvió a ser la hora: el reloj marcó las una de la tarde y, nuevamente, todo acabó, dejándome con la misión de volver a mi casa, a Padre Hurtado, una última vez. tomar mis cosas, decir adiós, salir y esperar la micro. Extrañamente, esa vez no pude escribir. Solo pude gozar, gozar por lo lindo que había sido ese y los demás días de taller que viví en Talagante junto a mis compañeras y profesor.

COLOMBA SANTIS TORRES

SLOBODÁ

Me encontraba en mi taller literario, en una cálida tarde de septiembre. Miraba la hora en la sala, a mis compañeros, cuando, de repente, mi profesor nos dejó encargada la creación de un texto que jamás antes había hecho: rescatar una memoria. Tenía que contar la historia de algún familiar mío a través de la escritura, usando su propia voz. Apenas dieron esta instrucción pensé en mi abuelo postizo, el señor Vjiekoslav. Él era el papá de mi padrino. Lo conocí cuando era pequeña. Aunque no tengo memorias tan claras de ese día, sí las tengo de su hogar. Mi padrino era esposo de mi madrina. Como se habían separado, perdí el contacto de su familia, pero jamás el suyo. Finalmente, entre los dos ganó el amor, y cuando yo tenía doce años volvieron a estar juntos. Ahí fue cuando nos volvimos a conocer. Gracias a él puedo estar donde estoy. Eso siempre se lo voy a agradecer. Entonces, cavilando sobre mi persona, creo que es un honor poder rescatar su historia. Tras comentárselo, aceptó con gusto. Un día, conversando, me adentré a sus memorias y pude rescatar esta memorable parte de él que ahora se las presento en su voz:

Alguna vez, haciendo memoria sobre mi larga vida, empecé a recordar mis inicios. Mi primer recuerdo se remonta a mis tierras, donde nací y viví una pequeña —pero importante— parte de mi

infancia. Me acuerdo de mi pueblo, Prnjavor, ubicado en Yugoslavia, un país escondido en Europa. También recuerdo mi casa, un lugar con un patio bien amplio y verde: mi pequeña naturaleza en mi hogar. Dentro de mi inocencia de niño, a mis tan solo tres años, un día caminaba a través de mi casa y me encontré con mi primer perro, uno bastante bravo. Sin embargo, yo no tenía ni la conciencia ni el sentido de lo peligroso que era. Mi perro estaba comiendo en su plato y, en mi ingenuidad, quise tratar de corregirlo y me metí en su comida. Claramente, al ser pequeño, no tenía idea de lo peligroso que podría ser quitarle la comida a un perro. Por suerte, mi madre me vio y de un pencazo me sacó del plato. Junto a esto vino un regaño que ni se imaginan, pero hay veces en que así es la vida.

Prnjavor era un pueblo agrícola de Yugoslavia. Allí vivía con mis padres y mi abuela materna. Mi padre trabajaba como carnicero en Alemania, por lo que viajaba mucho y lo podía ver solo una o dos veces al mes, lo cual era normal para los que tenían que viajar en ese periodo de guerra. Mi país, hace ochenta y cuatro años, estaba siendo invadido por el ejército alemán, y entonces surgió una pregunta en mí: ¿abandonar mis tierras? Mi madre decidió optar por irse a Alemania, específicamente a Berlín, para buscar a mi papá. En esos tiempos, si no mal recuerdo, tuvimos que ir a pie. Era caminata tras caminata. Mis piernas temblaban. No teníamos dinero ni alimento. Yo seguía siendo pequeño, obviamente sin noción acerca de las cosas, y en mi desesperación me acuerdo de tener demasiada sed. Sin embargo, al estar aislados, no podíamos darnos el lujo de beber aquello que parecía imposible de conseguir: agua. En su propia desesperación, mi madre decidió darme de su propia saliva. No existían los lujos, solo la supervivencia. Una vez que por fin pudimos descansar, me dejó solo y fue en busca de alimento. No sé realmente cómo lo habrá conseguido, pero lo hizo. En los ojos de un niño, sentir que tu mamá se va —y más aún en la oscuridad de la triste noche— es algo abrumador. Pero ¿de qué serviría estar a su lado? Sin comer, terminaríamos los dos de la misma manera.

Tras caminar y caminar, por fin llegamos a nuestro destino y me reencontré con mi padre. Al ser un pequeño, si es que tenía cuatro años, mis recuerdos no son tan claros. Algunos están nublados, otros borrados. Lo que sí recuerdo es lo distinta que era Berlín en comparación con Yugoslavia. Acá había bombardeos debido al ejército aliado. Los ataques aéreos eran algo constante, y ante eso había que cumplir con un protocolo. Pasé de una relativa tranquilidad a un constante estado de supervivencia. Teniendo que cumplir el protocolo, miraba a mi alrededor y me daba cuenta de cómo los adultos susurraban entre ellos, hablando sobre un arma secreta con la cual iban a ganar. No le tomé realmente importancia, ya sea por mi edad o por mis prioridades de ese entonces. Recién años después me di cuenta de lo que estaban hablando: un secreto a voces.

Al ser pequeño, pude aprender alemán como una esponja. En 1945, Alemania decidió rendirse ante el ejército aliado y fue dividida en cuatro zonas, al igual que la ciudad de Berlín. Nosotros quedamos en la zona a cargo de la Unión Soviética; y mi papá, por su desacuerdo con el comunismo, decidió irse a la zona gobernada por Estados Unidos. Allá vivimos desde 1945 a 1947. Empecé a ir al colegio y nació mi hermano Branko. Aunque no recuerdo realmente cómo fue su nacimiento, sí me acuerdo de esa vez en que lo bañamos con mi madre y de cómo, al verlo, nos dimos cuenta de que tenía algo rojo en su cuerpo. Al consultar, nos dijeron que era un tumor. Un pequeño milagro lo salvó.

En ese entonces nos encontrábamos viviendo en barracas, donde por cada una habitaban dos o tres familias. Había muchos más niños de mi edad, algunos más pequeños, otros más grandes, pero seguíamos siendo lo mismo: niños. Con el tiempo, me acostumbré a mi nuevo entorno, y no fui el único que tuvo que hacerlo. Con mis amigos jugábamos con un casco que encontramos. Éramos minisoldados obligados a adaptarnos. Mientras en otros países se podía jugar a la pelota, nosotros teníamos que jugar a la guerra. Aún me acuerdo de la primera vez que encontramos ese casco. Era invierno,

había mucha nieve, y a los demás niños se nos ocurrió usar el casco como trineo. Nos subimos a una colina y disfrutábamos como los pequeños que éramos.

Con el tiempo, aún se podía sentir la guerra presente. Lo podía ver en el dolor de estómago que sentía, lo podía ver en el hambre de mis padres y en el de mis amigos. La misma hambre hacía actuar a las personas: se metían a hurtar a las parcelas durante la noche. Algunos pensarán que no es moral lo que hicieron, pero cuando tienes una familia que alimentar todo eso se queda atrás.

Es interesante recordar y cavilar en las memorias. Me acuerdo de una vez en que estábamos recorriendo la línea férrea de noche, yendo hacia las parcelas. Íbamos con un grupo de adultos y con algunos niños. Uno de los adultos que estaba mencionó: «Ahí hay una línea del ferrocarril que tenemos que cruzar». Estaba la incertidumbre de si, al cruzar, habría un militar. En el caso de que fuera así, uno moriría. Al soldado no le importaba quién fueras. No se pararía a revisar quién eras; él solo disparaba. Dentro del grupo que formábamos, similar a una ruleta, alguien tenía que sacrificarse. Se sentía una tensión en el aire. Por obvias razones era más que difícil saber quién sería, y en caso de que hubiera un militar al cruzar, qué triste sería, ¿no? Perder la vida solo por buscar comida. Después de un rato, uno de los adultos se decidió y se lanzó al mate, como dicen los chilenos, y milagrosamente no había nada. Todos pudimos cruzar.

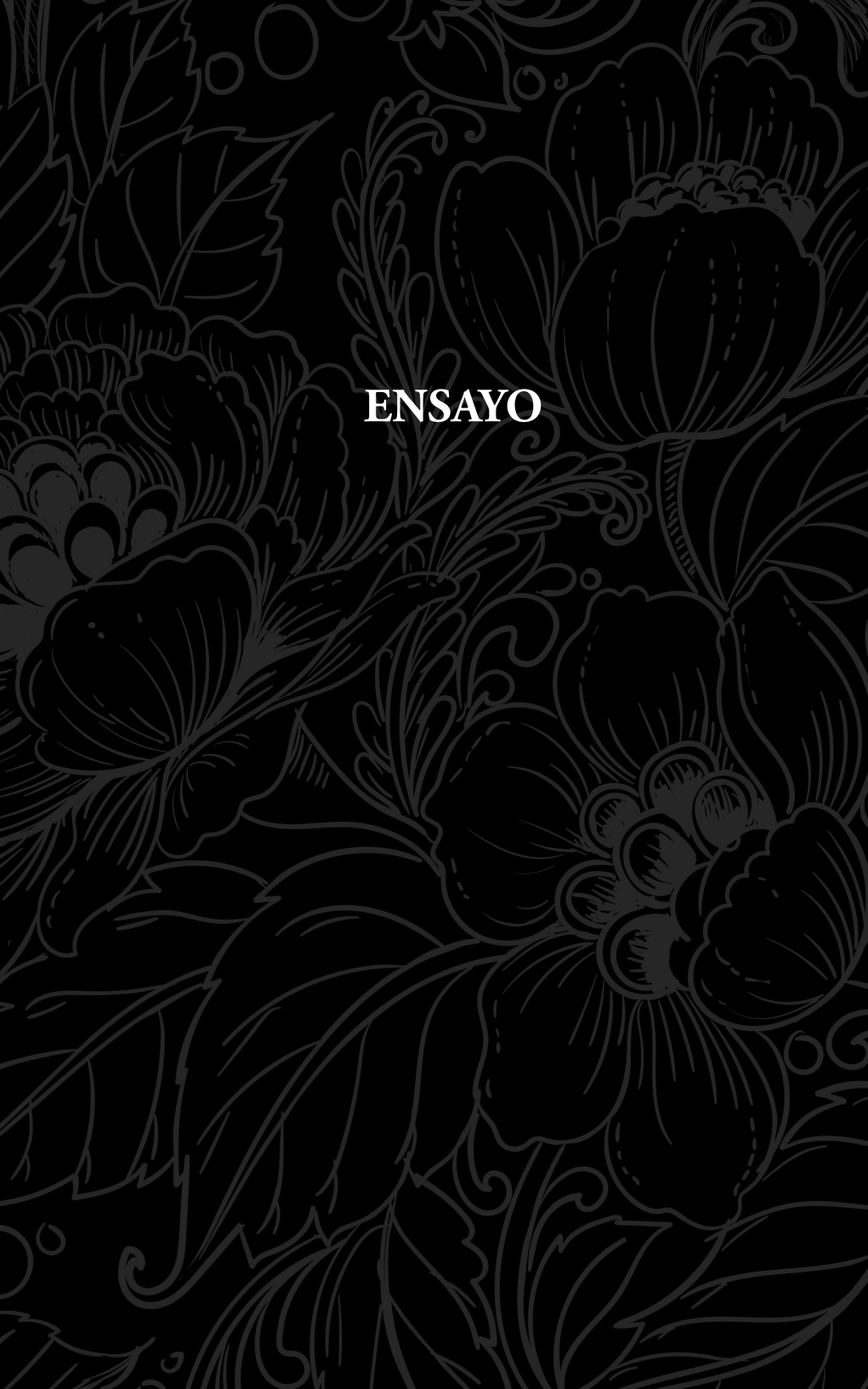
Como lo mencioné, era invierno, pero no era igual que acá en Chile, donde el frío es soportable. No, el frío de Alemania te congelaba el cuerpo. Aún recuerdo cómo un manto blanco cubría las calles. Había nieve por todas partes. Quizás el invierno les gusta a las personas con dinero, aquellas que pueden dormir plácidos con un chocolate caliente a la orilla de una chimenea; pero, para nosotros, que estábamos en barracas, no era tan bonito. Empezamos a ir al colegio, y alguno pensará que con el frío nos permitirían faltar, pero no: había multas si no íbamos al colegio.

Finalmente, después de muchos años, mi familia decidió irse de Alemania gracias a la Organización Internacional de Refugiados (IRO), un programa de inmigración de Estados Unidos. Estuvimos esperando la partida desde 1945 hasta 1948. Teníamos distintas opciones, entre Argentina, Perú, Chile y Canadá. Mi madre, inteligentemente, decidió ir a Chile por la minería. Cuando estábamos yendo al embarque, nos subimos a un tren destinado para el ganado, por lo que estaba muy maloliente y repleto de paja. Ese tren nos llevó desde Berlín al puerto alemán de Bremerhaven. Llegamos al barco estadounidense, *General Black*, para viajar hacia lo desconocido. Solo sabíamos que existían Norte, Centro y Sudamérica. Nada más allá de eso.

En el barco, a las mujeres con hijos las cobijaban arriba, en los camarotes; y en el subterráneo estaban los hombres. A mi padre lo hicieron trabajar en la panadería del barco, lo cual le permitió aprender muchísimo sobre el pan. Todos los hombres tenían que cooperar haciendo algo en el barco: algunos en mecánica, otros en cocina, y así. El barco crujía y crujía. Sonaban sus láminas de hierro, algunas con remaches, soldadas después de haberse roto en algún momento. Casi un mes estuvimos allí, y conocí a un niño que en breve se volvió mi amigo. Recorrimos el barco con alma de aventureros. Una vez, husmeando en la plataforma posterior, encontramos un telón de cine donde proyectaban películas para soldados; pero nosotros, de colados, nos metíamos a ver las funciones también. Me acuerdo perfectamente de haber visto *Tom y Jerry*. ¡Qué emoción poder ver y disfrutar esas funciones! También me acuerdo de haber visto a un mozo negro. Él nos vio a mi amigo y a mí y, con buenas intenciones, nos dio helados. ¡Qué felicidad tan grande! Aunque no todo fue alegría. Una vez, dentro de mi curiosidad, vi un ventilador que no funcionaba y quise tratar de arreglarlo. Me metí a sus aspas y, justo en ese momento, el ventilador recuperó el contacto, comenzó a funcionar y, ¡fium!, me cortó un dedo. Recuerdo cómo caía el agua con la sangre. Por más que haya tratado de lavarme, se me infectó

y me dio gangrena. Tuvieron que hospitalizarme en el barco. Para sanarme, me aplicaban dos inyecciones, seguramente de penicilina, y me daban una ducha diaria, porque acá no existía el sana, sana, colita de rana.

Siguiendo por nuestra trayectoria, pasamos por distintos muelles, pasamos por el canal de Panamá y por Perú, sin realmente tener noción de la importancia de lo que estaba sucediendo. Finalmente, llegamos a Valparaíso y tomamos un tren hacia Santiago. Recuerdo la impresión que tuvimos al ver jabón y sábanas limpias. Cuando uno está en guerra no se puede dar el lujo de preocuparse de la limpieza; uno tiene que sobrevivir. Luego, cuando llegamos a Santiago nos alojamos durante tres meses en el Estadio Nacional. Estando ahí mismo, aprovechamos de ver los partidos del emblemático Colo-Colo, mi padre encontró trabajo y, poco a poco, empezamos a generar nuestra vida acá. Nos quedamos para siempre.



ENSAYO

FRANCO ADASME SERRANO

DIAMANTE EN BRUTO

El hombre que mueve montañas empieza cargando pequeñas piedras.

CONFUCIO

Empezar con algo nuevo es algo duro para algunos y para otros no tanto. En aquellos escenarios determinantes es donde escala la brecha diferencial de unos con otros; en esos escenarios resaltan ampliamente las personas que determinan, comprenden y manejan sus sentimientos y pensamientos. «Bajo presión no estás a la altura; te hundes al nivel de tu destreza». Una frase que me repito siempre que no estoy a la altura de la situación, que me ha ayudado en situaciones donde pienso seriamente en darme por vencido. Lo bueno es que nunca lo hago, ya que no me lo permito. Si hay opciones de poder lograrlo, voy a estar probando suerte.

Una pregunta que siempre me hago es: ¿te hace mal hacer lo que te gusta? Hacer lo que te gusta es lo que realmente te abre los ojos y te hace ver quién eres. Es en ese punto donde muchas personas se ciegan por los comentarios de los demás, creyendo que realmente son lo que dicen, dejando en segundo plano lo que piensan de sí mismas. Cuando haces realmente lo que te gusta notas la diferencia. Sientes que no te presionas a hacer cosas que no quieres. Simplemente haces lo que deseas, das todo lo que puedes dar, por-

que realmente te apasiona lo que haces, amas lo que haces. Te hace sentir paz contigo mismo, te permite respetarte a ti mismo y lo que quieres. No rechazas tus pensamientos; al contrario, los plasmas en lo que haces. El impacto positivo que tiene hacer lo que te gusta te entrega beneficios notables en tu día a día, lo que contribuye a una mejor salud mental y emocional. Nuestro crecimiento personal, al seguir nuestras pasiones, nos ayuda a desarrollar nuevas habilidades, a aprender más sobre nosotros mismos y a crecer como personas. Satisfacción y realización: al lograr metas relacionadas con nuestros sueños, crece nuestra confianza y cambia la percepción que tenemos de nosotros mismos.

En este proceso tan largo hay una infinidad de impedimentos que vamos a tener que afrontar, ante los cuales todo el peso de nuestras decisiones caerá sobre nuestros hombros, ya que la opción de abandonar tus sueños será tentadora. A la persona que está decidida en perseverar con su sueño no le afectará en nada. Progresará con subidas y bajadas.

Las razones por las que haces las cosas son en gran parte el reflejo de tu mentalidad. Esto puede ayudar o entorpecer tu camino. Si tú crees que fracasarás, lo más seguro es que así sea. Por eso siempre tienes que tener una mentalidad positiva. Si te esforzaste, gastaste tiempo valioso y, por lo tanto, estás capacitado para lograr lo que quieres. El siguiente paso es realizar lo que te propusiste.

Hay muchas veces en que uno no hace lo que en realidad quiere, ya sea por el qué dirán, o por temor al fracaso; pero es mejor intentarlo y fracasar a nunca haberlo intentado. Con el simple hecho de intentarlo, ya eres mucho mejor. Distes un gran salto al vencer los impedimentos que tú mismo te impusiste. «Ten miedo, pero hazlo de todos modos. Lo importante es la acción. No tienes que esperar a tener confianza. Simplemente hazlo y, con el tiempo, la confianza te seguirá» (Carrie Fisher).

Unas de las cosas que más nos impiden hacer lo que realmente queremos son nuestros temores, ya que siempre recurrimos a halagar

aspectos de los demás superiores a los nuestros, pero lo que hay que hacer es tomar lo que tenemos y aprovecharlo en todo ámbito. «Es un hombre sabio aquel que no se aflige por las cosas que no tiene, sino que se alegra por las que tiene» (Epicteto).

Una persona que puede ser el perfecto ejemplo de superación personal y de romper los esquemas anteriormente planteados es David Goggins, exmiembro de los SEAL de la Marina de los EE. UU. y atleta de resistencia de fama internacional. Sin duda, es motivacional por su perseverancia. Ha conocido tanto el dolor y la adversidad, desde la pobreza y los abusos en la infancia hasta el racismo, como el éxito y el fracaso en la búsqueda de su propio camino. La vida no es fácil y todos pasamos por algún momento difícil. Goggins lo sabe. Tus decisiones y tu mentalidad pueden contribuir en gran medida a conseguir una mejor vida. Así, uno de los aspectos que llevaron a David Goggins a estar donde está ahora es su mentalidad de acero, que genera a partir de su alto nivel de disciplina, de su enfoque mental y su determinación inquebrantable. Su resistencia ante las adversidades lo ha llevado a superar muchos impedimentos a lo largo de su carrera y vida personal. Otro aspecto es la autosuperación constante a través de la autodisciplina, la autorreflexión y el trabajo duro. Lo más importante es superarse. Es importante hoy ser mejor que ayer y mañana mejor que hoy. La disciplina y la motivación son dos conceptos importantes que pueden influir en nuestra capacidad para alcanzar metas, mantener hábitos saludables y lograr el éxito en diferentes áreas de la vida. Si bien la motivación puede ser un impulso inicial poderoso, la disciplina generalmente se considera más efectiva y sostenible a largo plazo. También está la consistencia, que se logra con la disciplina de establecer rutinas, hábitos y estructuras que nos permitan mantener un comportamiento consistente y constante, independientemente de cómo nos sintamos en un momento dado, lo que permite una mayor productividad. La disciplina fomenta la organización, la planificación y la gestión del tiempo de manera eficaz.

Al cultivar la disciplina, podemos optimizar nuestro rendimiento y ser más productivos en nuestras actividades diarias.

En resumen, mientras que la motivación puede ser un impulso inicial valioso, la disciplina es fundamental para mantener el enfoque, la consistencia y la determinación necesarios para lograr el éxito a largo plazo. Cultivar la disciplina nos ayuda a desarrollar la fuerza del carácter, la resistencia ante la adversidad y los hábitos saludables que nos permitirán alcanzar nuestras metas y superar los desafíos que se presenten en el camino.

Me gustaría decirles a todas las personas que he visto en mi vida: «Puedes hacer todo lo que te propongamos». Tener grandes metas no está mal; al contrario, tus metas son el retrato de tu potencial y tu potencial el retrato de tu ser.

He conocido a mucha gente que es capaz de todo, pero se atreve a muy poco. Esa gente se autoconvence de que no es capaz. Todos hemos pasado por ese proceso, donde queremos hacer algo; pero hay una persona que nos impide hacerlo, y esa persona somos nosotros. El peor error que puede cometer una persona es no creer que puede lograrlo. «Si piensas que estás vencido, lo estás» (Rudyard Kipling). Si les puedo dar un consejo, es que hagan todo lo que quieran hacer y que aprovechen la vida, de la manera en que lo vean viable, ya que al fin de cuentas cada respiro es un regalo de Dios.

DAVID CÁCERES

FORMAS

Antaño, si no mal recuerdo, mi vida era un festejo constante. Recuerdo cómo la música se derramaba por mis oídos hasta los pies, terminando en bailes que hoy me parecen imposibles de practicar, así como entre los vagos recuerdos de mi niñez aparecen nombres de cuyos dueños ya no recuerdo la voz, pero sí sus cálidos amores sobre mis pequeños hombros. Mi madre, bibliotecaria del recuerdo, me hace reflexionar sobre aquello que no me pertenece, como el tiempo, la vida de lo amado y su final, o lo que será del mañana. Estas reflexiones me empujan a momentos en que mi oxidada silla es testigo de frustraciones constantes, donde me pregunto por qué es tan difícil escribir sobre mí mismo o de lo que fui.

Descifro ocasiones presentes en mi mente con diversas perspectivas. Creo haberme dedicado al otro la mayoría del tiempo, cosa que me ha hecho olvidar lo más importante en la vida: la identidad propia. Como extranjero, a temprana edad sentí que era un calvario la adaptación a otras formas de vivir, la comunicación entre pares, la alimentación a base de componentes que se me hacían extraños. Es lo que llamé «aire pesado». Cuando eres niño, sueles encontrar diversos ídolos para basar aspectos de tu personalidad, pero ¿qué sucede si en estos procesos no eres más que alguien perdido a nivel social? Me refiero a ser un extraño en momentos donde no se supone serlo, ya que la adaptación de la personalidad debe darse en espacios seguros,

claro. Entonces, crecer en lugares donde no se crean personalidades sólidas genera momentos de duda y una reflexión constante sobre quién es el yo. Por esto mismo añoro con tanta fuerza aquellos momentos que puedo recordar, y que no sé si son parte de mi imaginación de niño, pero me hacen sentir que estoy haciendo lo correcto con mi crecimiento y con mi adaptación a la vida adulta.

En cuanto a la adaptación y a la pérdida de identidad, quiero apuntar al momento de crecimiento. He tenido maestros espectaculares en la básica y en la media. Entre ellos, menciono a alguien a quien el día de hoy considero una amiga: la literata Yanara Valdevenito, una mujer de joven edad que, entre su cabello oscuro, esconde un gran conocimiento y amor por diversos exponentes de la literatura europea. Ella es a quien le atribuyo muchos de mis gustos del hoy en día, desde usar bufandas los días de invierno, hasta escribir dedicatorias en libros que doy como regalo. Una de estas dedicatorias al interior de mi humilde biblioteca dice: «Pronto el mundo te quedará pequeño. No te ajustes, sal y descúbrelo en todas sus dimensiones. Cada día te puede asombrar. Solo mira la belleza de tu cotidianidad». Al leerlo por primera vez me pregunté: ¿cuándo será que este mundo me quedará pequeño? Dos años después, creo firmemente que ya lo es; pero no por su extensión, sino porque, al crecer, te adaptas a cosas que terminan siendo parte diaria de ti. Al final de todo, parte de crecer es aceptar que la vida seguirá siendo igual en algunos aspectos, o eso creo. Trato de explorar diversas cosas que me gustan, como la poesía y su ilimitada capacidad de explorar aspectos de nuestra vida, la existencia de ciertas cosas, y más aún. Esto con el fin de evitar aquella aterradora monotonía adulta de la que he hablado. Pero, bueno, hay cosas que no pueden cambiar. Quizás también parte de crecer es eso: tener que adaptarse a lo que no puede ser cambiado, crecer de aquello, conocerte en la experiencia y usar los recuerdos como método para querer tu presente. Años me costó entenderlo y diría que más energía me costó expresarlo en un ensayo como este.

Actualmente tengo dieciocho años. Agradezco a todos los que se han cruzado por mi camino. Pensé en muchos al escribir sobre el crecimiento y la adaptación. Todos pasamos por el mismo proceso, de formas diversas, por supuesto; pero compartimos cierta nostalgia característica, repito, de la niñez, y de cómo hoy en día seguimos siendo niños con cuerpos más grandes. Lloramos por aquello que no podemos conseguir sin necesariamente hacer un berrinche por ello, así como amamos la mundanidad de las cosas: una estrella fugaz, las luciérnagas o las mascotas que nos emocionan por igual. Diría con total certeza que es todo un viaje y lo seguirá siendo. Seremos amados y amaremos, lloraremos y más. Algo que no podemos olvidar al final del día y del ensayo es aquello que es más importante que nuestro tiempo: nuestra identidad. Al final, somos seres cambiantes y nuestro mundo avanza rápido. Es cosa de perseguirlo y amar cada paso que damos en el camino, descubrirlo en sus dimensiones y amar la belleza en la cotidianidad.

VALENTINA MONTERO

SOBRE EL AMOR (NO QUIERO AMAR, PERO TE AMO)

No me gusta el amor. Es desesperante, desgarrador, con ese balance de que todo lo bello del presente, en un futuro, se sentirá el doble; pero con las emociones contrarias, y todo lo lindo será nostálgico, triste. El amor empieza con angustia. «¿Qué siento?» «¿De verdad es amor?» «Ya no quiero estar así, pero tampoco puedo dejarlo». «Es algo impulsivo». «Quizás es ahora o nunca». La vida se resume a segundos cuando se está enamorado.

No todas las personas son iguales, lo sé. Aun así, me atrevo a decir que en más de alguna ocasión, en mayor o menor medida, todos nos hemos sentido de la misma manera al amar, con la ansiedad generada por la incertidumbre de no saber. El amor en sí podrá ser lindo, pero no cuando no se sabe si amas o si eres correspondido ni, más adelante, cuando no tienes idea del final de la relación. «¿Cómo va a terminar todo esto?» «¿Cuándo?» «¿Dónde?» «De las miles de formas de terminar, no quiero ninguna».

Podré quizás pensar como una loca, pero no soy la única loca que piensa así. Existe un psicólogo famoso por analizar el pensamiento que alguna vez dijo: «Nunca somos tan vulnerables al sufrimiento como cuando amamos». Ese médico es Sigmund Freud y, sinceramente, le doy la razón, porque podrá ser encantador entregarse de tal forma, pero siembra la duda de si valdrá o no la pena al final.

Las preguntas son desesperantes. Aun así, estar frente a un amor, sentir su existencia o imaginarla con el ideal de algún día ser amado por alguien a quien también yo ame, es lo más hermoso por lo que se puede pasar. Encontrar la serenidad en el fondo de un mar turbulento es desconectarte y sentir incluso la ausencia de sentidos, ignorar la turbulenta ráfaga de pensamientos, explorar la serenidad; pero (y con este tema siempre hay un «pero») en el fondo del mar uno se ahoga, el cuerpo sufre y se necesita salir. El amor despierta una lucha interna, el quiebre entre la razón y el corazón. Te rompe hasta obligarte a renacer, y creo, después de pensarlo, que la vida se trata de eso: de amar hasta el punto en el que no se puede escapar de lo desorientado que se está al sentir la energía de ese alguien que desmorona tu estructura con una simple mirada; de no querer (ni poder) huir de un «te amo» que te deja a medio respirar, que te lleva al fondo del mar para luego razonar y no parar de darle vueltas a las mil dudas planteadas luego de escuchar la pronunciación de esas cinco letras en dos palabras. Y es aún peor a la hora de necesitar responder verbalizando una parte de tus sentimientos con el miedo de, quizás, ahogar a alguien más. En fin, me encanta estar enamorada, pero el amor no me gusta. Me gustaría amar sin pedirle permiso al miedo, pero no me creo tan valiente.

JOSEFINA PÉREZ

ARRAIGO

Estoy intentando volver a mis raíces. No en el sentido de volver a casa, volver a un lugar físico o mental, o cualquier otra palabra que aplique; sino que intentando desenmarañar los hilos que se tejen en mi identidad, cambiando, evolucionando, o quizás lo contrario. Volver al punto cero, plantear la pregunta: ¿quién soy?

La verdad, resulta estúpido intentarlo a través del infructuoso esfuerzo de llegar a la forma base, a lo más puro de «mí». Es imposible intentar ver quién soy por separado, como una individuo en un campo hipotético observado por su cuenta, porque el humano es un ser altamente complejo: de forma biológica, física, psicológica y, por sobre todo (al menos por el beneficio del argumento), social. No es posible observar un «yo» sin un «tú», porque, entonces, para empezar, ¿cómo se construiría ese «yo»?

¿Vas siguiendo? ¿Sí? Bien.

Soy fiel seguidora de la creencia de que nuestra identidad se forma a partir de pedacitos de otros, de los cuales nos vamos apropiando. Nuestras primeras interacciones son una figura materna, paterna o cualquiera que sea el guardián que tengamos. Y cuando somos de una determinada edad, estamos tan cerca de ellos, por tanto tiempo, que no sabemos que somos un individuo por separado, como un lienzo en blanco que tiembla ante las infinitas posibilidades que se presentan. El abrazo de ese mismo guardián deja manchas de

pintura que, poco a poco, van componiendo la pintura de tu alma. El «yo» es un lienzo en blanco. La pintura es el «cómo», el «cuándo», el «dónde», y el pincel es el «tú». En efecto, cuando te caías de niño y te hacías una herida, te levantabas, sanaba la piel; pero esa misma sangre teñía de violeta tu cuadro porque, hey, te levantaste. Lo lograste. Seguiste caminando otro día, y hasta el día de hoy sigues caminando. En algún sentido, nunca dejas de caerte, nunca dejas de llenarte de pintura. Es a prueba de agua. No eres el único que recibe pintura, claramente; es viceversa. He notado que todo es un cuadro de pintura con rugosidades e imperfecciones. Los libros, las películas, los ensayos, las clases, los edificios, los cuerpos, las personas; todo ha sido influenciado por sus pares, tejiendo redes y haciendo nudos, cortando la lana y reutilizando sus cuerdas.

Quizá no se entiende. Es difícil describir la imagen de un concepto, pero créanme que lo intento. Déjenme intentarlo de nuevo. El impulso natural del humano es crear; más comúnmente, recrear lo «bueno». Seguir fórmulas, usar leyes, caminar por donde otro ya caminó, por lo que ya funcionó. Pero hay demasiados caminos disponibles, así que nos llevamos las mejores partes de eso, los colores más bonitos de sus cuadros, los ángulos más exquisitos de sus construcciones, las tomas más bellas de sus películas, las palabras más dulces de su poema. Así, combinamos todo. Ponemos colores en las letras, les damos palabras a los cuadros y reproducimos lo bueno, lo hermoso. Sin embargo, al mismo tiempo, surgen dos problemas. El primero de estos siguen siendo las preguntas: ¿qué es lo bello? ¿Simplemente asociamos lo bello con lo que les gusta a los demás? Y si es así, ¿por qué les gusta? ¿Por qué un caballero antiguo, viejo y anónimo dijo qué era lo que debía gustar? Pero entonces volvemos al problema, ¿qué hizo a ese caballero decir que eso le gustaba y debía gustarle a los demás? Intentar llegar a la raíz del problema se torna inútil desde el punto de vista social, así que me pregunto si está en las reacciones del cerebro cuando se ve algo «bello», o quizá en las

fórmulas matemáticas para crear ángulos y simetrías placenteras para el ojo, o quizá la respuesta está en las artes y en las humanidades.

Eso nos lleva a la segunda cuestión. Si ya hablamos de lo bueno, lo bello, ¿cuál es, entonces, su opuesto? ¿Qué es la fealdad? ¿Será la mera ausencia de belleza? No, la contraparte de una reacción positiva es una reacción negativa; pero incluso así, lo contrario a una reacción es la falta de ella. Porque, si no, ¿las personas más ignoradas son las aburridas? ¿Y no las molestas?

Hay un punto al que quiero llegar; no piensen que simplemente estoy hablando por hablar o, mejor dicho, escribiendo por escribir. A lo que voy es que nuestras identidades, nuestra persona misma, se va tejiendo con lo que nosotros amamos, se mancha con la pintura de las cosas que admiramos. Como dije, no puede haber un yo sin un tú, porque entonces, ¿a quién usamos como musa? ¿A quién podríamos amar tanto como para querer robar su piel y usarla como si fuera nuestra? ¿Qué fealdad reflejaremos como un espejo? El ser humano, a fin de cuentas, es un ser social. Su identidad son las gotas de pintura que su entorno salpica.

Mientras comento este escrito con un amigo, me doy cuenta de que el inicio de este es el mismo final. Y es bastante poético. Habla de los ciclos, pero en una discusión diferente. Lo importante —y sarcástico, además— es que efectivamente volví a mis raíces. Yo soy lo que amo, lo que odio y lo que no me importa. Todo en uno. Soy el bien, soy el mal, y soy todo lo que hay entremedio.

LIAM PRADENAS VALDIVIA

MAGNOLIO

Haga que la tinta negra se sienta clara por una vez al menos.

Tras exhaustivamente buscar motivos para ser —«¿Por qué el mundo me provoca continuamente y me niega la más mínima brizna de felicidad?» (G. Ji-Young)—, pienso, acudo a la nostalgia, a una nostalgia sólida que se acompaña de recuerdos sensoriales tan concretos como con el que chocas cuando caminas distraído. La fuerza de la costumbre pareciese ser lo que nos mueve en el transcurso de nuestras vidas, ya que, parafraseando a Camus en los últimos capítulos de *El extranjero*, las personas alguna razón deben tener para continuar, sabiendo que la vida no vale la pena ser vivida.

Hace no mucho tuve la oportunidad de escribir sobre mis motivos para, valga la redundancia, escribir. En aquel enfrentamiento conmigo misma tuve que encontrar la costura justa donde me permití deshilacharme, pretendiendo generar un poco de empatía y un ápice de comprensión. Ahora mismo podría ampliarse un poco este cuestionamiento, acorralarme, encerrarme frente a frente a mis demonios, y así preguntarles: ¿por qué vivo?

¿Tenemos motivos para vivir? Recuerdo con amargura las varias veces que durante mi infancia me preguntaba si pertenecía,

habiendo tenido una noción bastante escueta de lo que es pertenecer y cómo puede darse a entender. Estaba lejos de ello y, aun así, con la porfía del aceite en el agua, me quedaba, como un tornillo desgastado en una armoniosa cajita musical, que desentona cuando la vuelta pasa junto a mí. Apernada a la idea de que dejar de sentirse ajeno es una realidad a la cual todo humano merece acceder, ya que, si yo fuera adecuada a este mundo como deseo ser, debería vivir maravillada, y siento que todos merecemos eso. Todos merecemos sentirnos calmos y que una mariposa venga a celebrarnos la vida, y celebrarla junto a ella. Actualmente quiero creer que soy adecuada para este mundo, quiero ser adecuada para este lugar tan asombroso como vertiginoso. Finalmente, sería como el bufón que se mantiene al margen de la intimidad de mis propios entornos, para los cuales soy la buena fotógrafa u oyente si no colocara de mí las ansias en pertenecer. De ese modo nacen destellos de esperanza. «Era pensar en ti o en el magnolio y pensé en ambos». Eso leí luego de haber presenciado la melodía más sincera que se podía entregar en una distancia, la cual solo se siente por el frío de que nuestras manos no se rocen en el vaivén de nuestros hombros, en el esfuerzo fútil por no perder el equilibrio, mientras vamos el uno con el otro. Y aun así me alejo, porque es más fácil eso que presenciar una y otra vez una mirada de decepción hacia mí, una mirada cansada, diciendo, de algún modo: «Ya no sé qué hacer contigo».

Mientras la melodía del magnolio se asomaba por mis recuerdos, apareció este reflejo de ser el aceite en el agua, y se disipó como vapor que choca contra el viento. Si alguna vez hubo desolación en tu corazón, tanto para sentirte aceite en agua, espero que recibas el mensaje o la canción que el magnolio representó para mí en aquel instante. Mi gata Belcibel, quien en su naturaleza de desairarme ha hecho una excepción, me ha ofrecido un pueril «prrrr» digno de mencionar. Quizá es por eso que vivo. Por las tardes oscuras donde pretendo morir y mi gata se recuesta en mi pecho, como diciendo: «Si te mueres, recuerda que estoy aquí», o como cuando el gran amor

que invadió mi juventud me recuerda que quiere descubrir cosas por las cuales debo vivir. Quizás por eso vivo. Y vivo también por la efímera semana de agosto en que el magnolio de la calle 21 de mayo florece, esa semana que espero desde marzo, diciembre o enero. Puede que me guste de vez en cuando respirar, porque me permite sentir el polvo de la pecastilla cosquilleándome las fosas nasales. Es más, probablemente existo por recibir un cálido abrazo otra vez. A veces extraño la lechuza de su casa. Le presté tanta atención que sentí que nos hicimos amigas, como si cantara para mí mientras dormitaba. También extraño el aroma viejo del aceite de nuez para limpiar el violín, y ese aliento de café de los jueves en la tarde. Ah, vivo por tantas cosas. Por el crac de las hojas y por las brisas afiladas que cortan mis mejillas.

En suma, las cosas trilladas y el tedioso discurso de que algún motivo debe haber, no son muy lejanos a la realidad. Son aquellas intimidades las que se entrometen en los pensamientos, permitiendo que surja un destello de esperanza. Puede que sea extrañar y sufrir lo que nos gusta tanto de estar vivos. Yo extraño (deseo) muchas cosas. En ciertas ocasiones, cuando pienso que estoy muerta, grita en el fondo de mi consciencia la carcajada de alguien cuya risa me hacía despertar temblorosa, un poco nerviosa por la molestia, la irritación y el aprecio. Es muy disgustoso ser pesimista cuando se tiene una serie de personajes que rebosan colores y sabores al entregarte un trocito de sus presencias. No pienso, no lloro, no canto; no existo, no recuerdo, no sueño.

Una vez mi mejilla se encontró en la desafortunada ocasión de saludar de la mano a una ortiga sigilosa, quien con pocos amigos develó sus intenciones *ipso facto*. Así de hostil siento que es la circulación de la sangre en las venas, el afán del cuerpo por funcionar. Así se integran las piezas medias aguadas y derrotadas que maquinan en un ser, haciéndonos humanos. Sé lo solos que estamos en este mundo. Ni siquiera necesita mencionarse cuán individualista puede ser el humano una vez que su integridad espiritual se ve amenazada, e

igualmente es la facultad del humano de ser traicionero. Decidimos estar solos en este mundo o no salvarnos. Ojalá aprender a pensar, a llorar y a cantar. Y, por favor, a existir, a sonar y a gritar. Si las cosas no valieran nada como solía pensar que lo hacían, no estaría escribiendo en este instante lo que me gustaría detallar como un intento desesperado por mantener a flote una existencia tan diminuta como la partícula de polvo de estrellas que somos. ¿Qué significa ser humano? Me gusta mucho esta novela, *Nuestros tiempos felices*. En algún momento el protagonista se responde esta pregunta:

Por primera vez entendí el significado de ser humano y el significado de amar. Finalmente supe cómo la gente respetaba a los demás, cómo tratar a los otros formalmente, y cómo amarse los unos a los otros con el corazón tembloroso. Puede que de no haber llegado hasta aquí como un asesino mi vida física se hubiera prolongado más en el tiempo, pero mi alma habría vagado para siempre por cloacas infestadas de gusanos. Ni siquiera habría sabido que estaba rodeado de gusanos y que me hallaba en una cloaca (G. Ji-Young).

Desde esta habitación que huele un poco a naranja y a desesperación, me afirmo de las paredes que se me ofrecen como teclas suaves y ágiles, donde mis manos cobran consciencia y se dejan llevar por el mal gusto de degollarse, mientras caen las capas de sus callos. Se dejan llevar como dueñas de sus propias decisiones, puesto que han sido prisioneras del pudor y de las buenas costumbres. También, si las cosas tuvieran en su valor absoluto el número cero, no estaría luchando por mantener los párpados como cortinas recogidas que dejan a relucir un paisaje albino y fresco, similar a los días después de una lluvia catastrófica que simula el fin del mundo. En este espacio blanco en el que me fuerzo a pertenecer, consuelo. Mi propia presencia es la que me ha hecho huir de mí misma, haciéndome creer que era indigna de ser humana; cayendo en cuenta de que, querer vivir o decidir no hacerlo más, no me colocaba en un lugar mejor o

peor que el punto de partida en el que las cosas comenzaron a cobrar sentido y al instante perderlo, por lo que mi propia presencia es la que, desesperadamente, se aferra a los ojos almendrados, a la piel color canela, a los verdes campos solos y a las dulces tardes de pastel.

El sol ya no volverá a salir para nosotros. En la necesidad de aseverar que nunca más saldría el sol para mi desgraciado dolor, me cubría de unos refulgentes rayos que me otorgaban un poco de alergia. Sí. Sin embargo, más que granitos rojos y comezón, sentí una calidez natural y honda, que solo el sol que todos los días sale se ve en la capacidad de entregar. No se trata de ser una malagradecida o egoísta, mucho menos una pesimista. Consideraría sin tapujos como razonable al ser humano que busca en la muerte una respuesta coherente ante el dolor y la desesperación que solo una desgraciada como la vida puede entregar. No obstante —y esto es algo que había mencionado con anterioridad—, acudirá sin falta alguna la nostalgia para quedarse otro rato compartiendo el oxígeno que se le ha regalado con su llegada al mundo.

Puede tratarse, a veces, lamentablemente, de abortos de la naturaleza que, sin vergüenza, imaginan tener un lugar en el mundo, regocijándose en la desdicha ajena como si ser individuo y animal fueran sinónimos. Hace no mucho estaba convencida de que aquellas desesperanzas para la humanidad mantienen erguidos los pilares morales que hacen que nazca la brasa de la justicia, cuyo propósito parece querer luchar contra lo que se necesita que exista para, por supuesto, tener algo contra lo que luchar. «No irá mi pobre abogado a enfrentarse ante un limpio papel cubierto de hojas de hortensias para enjuiciarle», pensaba. Aquellas excepciones que desdichan al mundo y la luz que entrega, son necesarias para hacernos preguntar por qué vivimos y por qué no acabamos con todo y ya. Sin embargo, en la actualidad me siento insegura acerca de la idea de la justicia. Pienso que quizá no existe. Es un ideal donde mi abogado, solo, ejerce la ley. No obstante, bajo esta duda, puedo decir que, de todos modos, las acciones deplorables que las personas cometen en este mundo

pueden ser una razón más para continuar aquí, actuando conforme a nuestra propia justicia.

Suponiendo que durante todo este escrito he estado en lo correcto y, efectivamente, nada tiene valor alguno, aquellos abortos de la naturaleza se verían para su fortuna eximidos de toda divinidad que pudiese llegar a enjuiciarles en su sabiduría pura. No obstante, y siéndole fiel a mi destino, el cual soy incapaz de controlar, ¡me he percatado de que he estado rotundamente equivocada! No sé cuál es el valor de las cosas, pero estaría cometiendo un delirio fatal si siguiese contradiciendo la naturaleza de mi vida. Valoro tanto tantas cosas que acabaría por negarme a mí y a mi presencia si continuara con tan severa afirmación. El terrible dolor que corroe dentro de los oídos cuando me siento ser ese tornillo magullado que interrumpe el armonioso desarrollo de la caja musical, se disipa en tanto recuerdo la melodía que me completa a mí en compañía del magnolio. «Sucede que tanto he vivido, que quiero vivir otro tanto», escribió Pablo Neruda y, bueno, no hay nada más preciso que el irritante premio Nobel. Y eso es lo que acontece, que es imposible no querer vivir otro tanto después de haber vivido tanto. Muchas angustias desesperantes que nos hacen caer en un sórdido teatro de muecas podridas, donde el bufón es el sujeto que observamos frente el espejo, y el público son nuestros huesos y nuestras sangres. Aun así, vivir más me entregaría la certeza de que, en efecto, vivir vale la pena.

Soy otra víctima de la vida y su enredadera. Me ganan las ganas de existir otro poco *para ver si*, para ver si puedo abrazarle de nuevo, para ver si la guata puede doler más de risa, para ver si hay otra sensación más bonita, otro postre más sabroso, otra desilusión más dolorosa, otra pérdida más desesperanzadora. Soy otra víctima de la música que surge de mis entrañas para lanzarse en bocanada a todo aquel que se me acerque un poco, como mi mejilla en la ortiga, que tan solo quería un abrazo. Una víctima más de caer derrotada contra los ásperos suelos desiertos de las flores más bellas, luego de hallarme la cabeza de un pájaro pisada, o las escamas ya secas de un pez blan-

co y dorado. Víctima de ser amada por ser como soy, cuando quien más atenta contra las facilidades de ser querida soy yo misma. ¡Qué contraproducente! Asombrada por el destino de amar al menos una raíz de mis raíces, una gota de los mares de sangre que me conforman. Y también exhausta, por supuesto, de ser otra víctima más de la vida y sus telarañas; otro soldado caído que ha perdido el sentido y continúa por las sendas de la ilusión y el hambre, la sed y el sueño.

En esta esquina donde me encuentro, más en el hoyo del mundo que en el mismo centro de este, me ilumina la regocijante dicha de poder creer que quiero vivir. Quizá por eso Camus no se suicidó. Él también fue una víctima de la vida. Y lo somos todos quienes nos hemos encontrado con la maravilla del magnolio. El magnolio no es solo un bello árbol oriental que representa en sus flores blancas o rosas la majestuosidad y delicadeza de la vida. El magnolio será el destello de esperanza que hallaremos en los sitios recónditos más pérfidos a los que llegaremos buscando el komorebi. Desnudo ante el invierno, reluce su victoria en los finales de este, ganando la batalla ante la vida, el frío y la soledad. Vivir es vivir un sinfín de veces lo que no queremos vivir. Para colmo nuestro, y a fuerza del destino, caemos en la suerte de acabar existiendo contra nuestra voluntad, porque sí o por algo más, si te gusta hallarle sentido al absurdo.

Caí de repente en el vívido sueño donde me hallaba a tu lado, querida vida; y tu compañía, más que tediosa, me parecía un mal chiste que me hacía retorcer las tripas luego de haberte detestado. En tanto me encuentre ante ti cada despertar, me veré en la desdicha de abrazarte y de encontrar en ti la sutil pincelada del motivo para vivir. Respóndeme silbando como el viento, respóndeme con los truenos y hazme caer como lluvia. ¿Saldrá el sol mañana? El sol saldrá mañana para nosotros.

CARLOS QUIROZ

MIS MOTIVOS

A veces pienso en cómo empezó todo: cómo surgieron mis motivaciones y las razones por las cuales hoy en día escribo. Solo se vienen a mi mente algunos pensamientos vagos. Para mí, recordar las razones de mi escritura es como recordar cuántas hogazas de pan he comido a lo largo de mi vida. Es por eso que, al día de hoy, solo puedo pensar en cosas vagas. Tal vez fue gracias a la escritura de Mary Shelley que puedo replantear mis ideas. Tras releer *Frankenstein o el moderno Prometeo*, recordé una de mis grandes motivaciones: expresarme. No conozco el motivo exacto de esto, pero al leer nuevamente ese libro tuve la necesidad de plasmar mis ideas en una hoja: impresiones difusas de lo que la lectura me hizo sentir. Llegué a comparar la actitud de los personajes ante el monstruo, y concluí que es igual a la sociedad de hoy y a cómo actúan ante lo desconocido. Una sociedad que juzga lo que no le agrada es una sociedad que solo repite sus errores una y otra vez. Yo estoy dispuesto a enfrentar a esta sociedad con mis escritos.

«A menudo me aterraba el sonido del viento entre las hojas, y me detenía, ansioso, para escuchar si me seguía alguien. Pero no era sino el eco que mi fantasía convertía en un ser que me espiaba» (Shelley). Esto es dicho en la novela por Víctor Frankenstein, quien se sentía abrumado por el temor y la culpa. Sentía que era acechado por su creación, por la criatura, por algo desconocido. Eso me hizo pen-

sar en la sociedad de hoy, en cómo se arrepienten de los actos atroces que se hicieron en el pasado, de las consecuencias que trajeron sus actos; consecuencias que, hasta el día de hoy, en algunos casos, no se conocen del todo bien. ¿Esas consecuencias estarán cargadas de odio como el monstruo? Esa idea fue la que me impulsó, fue la que me empujó finalmente a escribir sobre la sociedad y lo que hacen con tal de sentirse bien consigo mismos. Pero ¿qué hay de mis sentimientos y de mis emociones? Suelo escribir de eso, por más que no salgan de mi libreta o de las notas de mi celular. ¿Por qué escribo sobre ello? ¿Quizás es por la necesidad de expresarme de una forma en la que nadie pueda juzgarme? Tal vez es el miedo a la antes mencionada sociedad lo que me impide expresarme de forma convencional. No es un «quizás», es un hecho en este caso.

No puedo evitar sentirme como el monstruo. A fin de cuentas, él estaba condenado a ser un rechazado por la sociedad. Su apariencia y sus actos lo atormentaban constantemente. Sentía arrepentimiento, odio y sobre todo dolor, un dolor causado por la soledad, un dolor que solo podía curar con la compañía de alguien. «Era un miserable, miserable desde el principio de mi existencia; pero tú, mi creador, tú eres el culpable de lo que soy» (Shelley). En este caso, el monstruo le reprocha a Víctor el acto de haberlo creado, lo culpa del comportamiento que ahora posee y de sus acciones. En este caso, podría decir que yo soy el monstruo y la sociedad es Víctor, mi creador. Como el monstruo que me corresponde ser en esta novela llamada vida, planeo llevar a cabo una venganza perversa, tan perversa, que los actos por los cuales se arrepentía el monstruo, serán tan solo un juego de niños. En mi caso, este escrito es el inicio de mi venganza. Mis ideas son la terrible apariencia que la sociedad rechaza. Tal y como Víctor, la sociedad no se hará responsable de haberme creado y formado.

Hay un patrón en este escrito. La verdad, y como ya se habrá notado, el libro fue el detonante, el botón de encendido para la creación del monstruo que aquí escribe sus ideas. Me alegra saber que

es así. Si no fuera por este libro, tampoco sería quien soy hasta este punto. No habría hecho esto y no tendría las motivaciones que ahora tengo. «Maldito sea el día en que recibí la vida» (Shelley). La criatura se lamenta. Está desesperada. El rechazo y la soledad le causan un gran dolor, un dolor que yo puedo entender y comprender. Este dolor es un cúmulo de maldiciones; maldiciones que todos, tarde o temprano, sufren. ¿Es confuso? Tal vez, pero no puedo evitar pensar en todo esto. Quizás también fue el ambiente en el que me crié lo que me trajo a todo esto. Siempre he vivido con una familia de mente abierta y tengo que agradecer eso, pues ellos me permitieron ser yo mismo: dudar de la existencia de un ser supremo como puede ser Dios, dudar de las acciones realizadas por otras personas (a veces siendo mi propia familia) o de algún político y, sobre todo, me han permitido vivir todas las experiencias que he vivido hasta ahora.

Yo escribo por más de un motivo. Mi mente es un lugar extraño que no puedo entender siempre. Diría que, si no fuera por los lugares silenciosos, no sería capaz de formular mis pensamientos, pues es en estos lugares, como mi habitación u otros lugares alejados de la sociedad, donde puedo reordenar mis ideas y escribir de forma tranquila. A veces imagino que, si el mundo estuviera lleno de ruido, no habría lugar para mí en él. Y como dijo el monstruo: «Si no puedo inspirar amor, causaré terror» (Shelley). Comparto sus ideales, su sentimiento de odio y venganza. Quiero atormentar a mi creador hasta el final de los días, pero de forma no tan extrema como el monstruo. ¿O sí? Sé qué se siente ser repudiado por una sociedad que solo le da la mano a quienes tienen una buena apariencia, tanto literal como metafóricamente. Con el tiempo, yo mismo me aislé. Di por hecho que nadie me acompañaría en esta travesía llamada vida. Nuevamente me retrato como el monstruo, un monstruo que ya aceptó que su creador no lo ayudaría, un monstruo que se resigna a la soledad y busca vengarse.

No sabría decir qué quiero dar a entender con mis textos. Tal vez solo quiero expresar mis ideas, dar mi punto de vista de un mun-

do que está en decadencia y al borde del colapso. ¿Es esta idea algo negativista la que me impulsa a seguir viviendo? Pues lo más seguro es que luego nadie más pueda vivir de la forma en la que yo viví. Esta idea es la que seguramente defenderé a capa y espada durante y después de mi vida. A medida que escribo esto, puedo decir que descubrí un nuevo propósito, un nuevo motivo complementario: plasmar mis emociones en un texto, preservar mi memoria, mantenerme vivo de una u otra forma, pues es la muerte uno de mis mayores miedos y preocupaciones. A fin de cuentas, ¿quién no le tiene miedo a la fría muerte?

La escarlatina es una enfermedad bacteriana que se manifiesta en algunas personas que tienen faringitis estreptocócica. La escarlatina, también conocida como fiebre escarlata, se caracteriza por un sarpullido rojo brillante que afecta la mayor parte del cuerpo. Es esta enfermedad, la escarlatina, la que le arrebató la vida a la madre de Víctor Frankenstein. Este suceso activó su miedo a la muerte y, a la vez, un deseo de superarla. Años más tarde, fue ese mismo deseo el que lo llevó a crear la criatura, al monstruo. Un monstruo que podía sentir, hecho con los restos putrefactos de varios otros muertos. Logró su cometido: ganarle a la muerte. Se podría decir que también me siento identificado con Víctor. Su miedo es parecido al mío. La diferencia está en nuestro deseo de superarlo. Este es mi método: mis escritos, mis pensamientos e ideas plasmados aquí. Es gracias a ellos que nunca moriré del todo. Eso espero.

AMPARO ROJAS

EL MIEDO QUE NOS CAUTIVA

Me gusta pasar las tardes mirando por la ventana, apreciando la belleza de una constante autodestrucción, porque ese es el mundo en el que vivimos: pequeños lugares que poco a poco empiezan a desaparecer. Se deterioran con el paso del tiempo y terminan desapareciendo. Se vuelven recuerdos, memorias que añoramos y deseamos que vuelvan a ser lo que fueron. Queremos que el tiempo retroceda. Ya sabemos en qué nos equivocamos. Aspiramos solucionar todo lo que con el paso del tiempo se fue marchitando. Como si fueran un mero adorno en la mesa del destino, los pequeños pétalos caen lentamente después de darse cuenta de que ya no tienen esa belleza que el resto del mundo anhelaba. Recogerlos y guardarlos debió haber sido nuestra primera opción, pero nunca fue considerada. A nadie le importa lo bonitos que fueron; solo se fijan en lo mal que están. Tocarlos sería desagradable. Hacer desaparecer la planta, que esa flor ojalá nunca hubiera florecido, siempre será la solución a cualquier problema que se nos cruce. Cortarla de raíz es lo más fácil y rápido que se nos podría ocurrir. Solo que, para lograr aquello, tenemos esta extraña necesidad de volver sobre nuestros pasos para avisarnos que plantar esa semilla nos llevará a un final fatídico. Nos persigue la necesidad de cambiar lo vivido en vez de seguir avanzando por un camino que no sabemos hacia dónde nos llevará y que nos aterra, porque no saber nos deja con un miedo constante. Nos impide se-

guir y provoca que queramos volver a dar pasos que ya dimos, una y otra vez.

Esa sensación atemorizante que vivimos día a día, y que a veces ignoramos para encontrar cierta tranquilidad, es la que nos permite seguir con nuestra existencia. A pesar de que en ciertas ocasiones el miedo nos complete y nuble nuestra mirada, seguimos actuando, moviéndonos, hablando, viviendo; todo para que, luego de un largo viaje, el destino sea el mismo punto de inicio. Volvemos a la comodidad, a lo conocido, para retomar los sueños que hemos dejado de lado cuando decidimos irnos. El miedo nos detiene y, al mismo tiempo, nos permite avanzar. ¿Por qué? ¿Por qué una emoción paralizante como el miedo nos empuja más hacia la acción? Nos paralizamos cuando extrañamos nuestro pasado y deseamos que vuelva a ser lo que solía ser. Deseamos que el tiempo retroceda. Ya sabemos en qué nos equivocamos y, por ende, como decía, aspiramos a solucionar todo lo que con el paso del tiempo se fue marchitando.

Resulta extraño darle tantas vueltas al tema. Como si me aterrorizase la idea de cerrar los ojos y esperar el nuevo día, puesto que escribo esto cuando debería estar durmiendo, soñando con un sin-sentido, para despertar y volver a la realidad. Quizás sea una decisión prematura, pero quiero dejar de pensar en mi pasado y en todas las malas decisiones que llegué a tomar. Ahora quiero pensar en mi presente, porque hacer otra cosa sería simplemente ser egoísta y malagradecida con mi actualidad: alejar mi mirada de lo que realmente importa, de lo que estoy viviendo. Me quiero enamorar de los días que pasan, de los que se avecinan, de los que vivo y siento. ¿Por qué estaría mal que lo hiciera? Simplemente busco disfrutar de todo lo que me dedico a amar, quizá porque le entrego mi corazón a todo lo que hago. Incluso a ti, lector, que solo aprecias mi gran amor, incapaz de sentirlo porque no me conoces. Querer abrir las entrañas a lo desconocido podría terminar siendo algo maligno para ti, como si fueses un animal al que le rajaran el pecho y le vieran el corazón latiente, sus vísceras, esperando entender cómo lo hace para latir.

Quizá por eso da tanto miedo dejar que miren también el alma. Pero quién sabe. Las personas solo sienten; no se dedican a darle tantas vueltas o explicaciones. Experimentan la pasión y el anhelo que les otorga. Esa es la gracia de la vida.

POESÍA

PASKAL AGUILERA

PENSAMIENTOS DE GENTES DE DOS PATAS Y UNA MENTE EXTRAÑA

ESPIRALES

Soñé ayer con la vida mía.
En nada se parecía a la de hoy.
El arriba abajo era
los costados al centro estaban
y las imágenes se olían.

Mis deseos
por todo el terreno onírico se expandían.
Espirales me devoraban
líneas de azar me devolvían.

En vientos y mares
venía mi vida.
La realidad devuelta me pedía
inadvertida

envestida.

Caso no hacía a lo que la vida decía.

A lo lejos una figura veía

un mago

un hombre

un algo.

Con pasos difusos

y una presencia ida

a mí se acercó.

Habló.

Sonidos no había

pero el terreno donde nos hacíamos

otras formas encontraba.

Entendía la vida

los sueños.

Con un manto de amores me cubrió

y nada era una opción.

En un viento de gentes y huidas me iba.

Parte del paisaje ya era

—forma no tenía—

y de sueños ajenos me hacía.

MUDANZA

Bichos caminan en mi cabeza
removiendo ayeres
infectando mis sueños.

Gracias a ellos
ya no sueño más la vida
ya no sueño más la muerte
mis noches se han contaminado
y debo decirle adiós a lo humano.

Hoy
por última vez
humana soy.
Los bichos han capturado mi corazón.
En mi mente han inyectado
deseos de seres extraños.

Lo muerto hambre me causa
mi visión ya no es una
y mis patas son más de dos.

Finalmente
mi sangre ha enfermado
por culpa de los bichos.
Ya no soy más que un huésped
no invitado.

POCO POÉTICA

Estoy sentada escribiendo.
La hoja suelta está vacía
las palabras se me escapan
y al lápiz se le acaba la tinta.

Tengo los requisitos de un poeta.
La vida ha sido devorante
pero aún me quedan manos para escribir.

Sin embargo
esto soy
sin versos perfectos
bellos
dolorosos
ni importantes.

En la vida no he tenido reconocimiento
por querer ser artista
y trazos extraños tener.

Porque la tristeza no ha sido demasiada
como para crear una gran obra.
Mi rareza no es digna de palabras.

Tengo dieciséis años.
Estoy escribiendo
hablando
pintando
y no es importante.
Es raro y mundano.

NIÑAS DE PELO CORTO

Deseo en mis recuerdos vivir
volver a tomar la sopa de mi abuela
que era en realidad una de sobre
regresar y sentir
ese fuerte cariño en mi cara por patalear
rayar mis zapatos
pegar chicles en mi pelo
para tenerlo tan corto como los niños
y que me inviten a jugar.

Llévenme al primer día de clases
para llorar porque mi mamá se va.
Extraño mis rodillas raspadas
con manos tiritonas
y venas expuestas.

No le temo a las canas
pero me ablandan la mente.
Miro a la vida
y ella en la cara
me escupe el pasado.

FUGA CRANEAL

En el camino a casa
veo las moras conversar.
Suerte tienen ellas de tener
un parecido a tus ojos.

No mato ya a las arañas.
Sé que te encantan.
Te oí hablar.
Le conté a la acequia
y los pirigüines empezaron a remar.

Miro de lejos tu casa.
Los vecinos se dieron cuenta.
Llamaron a los autos verdes
y me llevaron al hospital.

Por las mañanas
tomo una pastilla con tu nombre
y las luces frías de la pieza
se vuelven cálidas.
Las arañas que no maté
vienen a verme
y me hablan de ti.

Después de soñar contigo
todos los enfermos ríen.
Me sacan a pasear.
Al verme
el viento comienza a componer
para que las hojas secas canten
y los gatos me inviten a bailar.

Un día desperté.
El doctor dijo
que tenía una fuga craneal
pero ya había sido parchada.
Podía irme.
Juró que ya no habría más arañas
ni gatos bailarines.
Me puse a llorar.

MONSERRAT ARCE HINOJOSA

PASEO DE JARDÍN OXITOCÍNICO

RIÑONES AFLORADOS

Putrefacto

me dicen algunos

basurero humano

que se traga los deshechos

en mí corre mierda

qué más da

me la llevo nomás

me esparzo

escurridizo

arraso

no hay piedad

me tragaré hasta las casas

todo lo que me tenga que llevar

algún día entenderán

mi furor solo quiere allanar

lo que los hidrofóbicos jamás comprenderán

soy espacio

líquido

sólido
vida
existo
alguien tendrá que limpiar
la arrogancia de la mundanidad
pocos me apreciarán
pero si te detienes
podrás respirar
sentirme
redirigirte
somos la tierra
que traga y vigoriza
no discrimina
purifica
y da la vida.

FÉMINA ESTACIONAL

Cambiante

girando y volando

divagando en la plenitud

hasta que

ola de frío ataca

me transformo

invierno en mi cuerpo

me acomodo

para destruirme

se supone que procreo

aunque no sea lo que quiero

solo viene a expurgar

las hormonas me devoran

aun así

no logran digerirme

me atacan

me retuercen el interior

pero soy más fuerte

me hago la fuerte

en el fondo eso me ablanda

me hace polvo

lo boto todo

hasta pasar de etapa

ahora florece reluciente mi interior

mis entrañas tornan sangriento el clima

en un nuevo furor primaveral

pétalos de creatividad
hora de brillar
brevemente
brota la calidez
temperatura veraniega invade mis bases
hormonas menos monstruosas
crean a una felina en celos
loquilla por la mañana
de noche sale confiada
cazando la linda
maúlla apasionada
vuelve a hacerse necesario el descanso
preparándose para el nuevo invierno
todo lo que una vez se afloró
tiene que marchitar y caer
el otoño ya asoma la ventanilla
y le dice hola a esta niña
descansa pequeña
porque plena poco tiempo estarás
está bien acumular
pero ya es hora de liberar
aquí estoy para ayudar
solo tienes que soltar
y luego volver a empezar
chica cíclica
como montaña rusa
preciosa en tus altos
complicada en las bajadas y en las vueltas
pero te asemejas
a la misma naturaleza
intermitente
efímera y bella.

PASADIZO

Camino camino buscando tu compañía
camino buscando un amigo
camino ¿quizás no tan solo un amigo?
camino y me adentro en ti
al abandono de nuestros prejuicios
al abandono de esta idealización
a veces inevitable lo admito
cuando mis ansias de conocimiento
no aguantan el descubrimiento
aunque me quiero abandonar a ti
no puedo callar
los ecos previos de este pasadizo
sé que son ilusorios
aun así los escucho
les grito inconscientemente
quizás solo así
dejes de ser insondable
camino camino camino
me adentro contigo
iluminas cálidamente esta eterna caminata
y disfruto el proceso
más que las ansias
me ampara pensar que mientras más te camino
mi huella en ti se torna más aflorada
sin apuros para no llegar a la salida
dándome un par de vueltitas

como mi estomago por dentro
cuando rozó tus paredes
solo quiero aventurarte descubrir cada detalle
iluminar cada rincón estabilizar tu agitación
no importa si tienes miedo a ser invadido
a veces también busco mi soledad
solo quiero saber si al adentrarme en ti
serías capaz de ser refugio
el único pasadizo que no me sofoca el aire
el único que me hace pensar más
en cómo lo camino
en lugar de cuál será la meta final.

NOSTALGIA REDUNDANTE

Hago presencia
intento sentirme de aquí
aunque no sea de por aquí
mi cabeza está más allá que acá
revoloteando entre recuerdos
el trabajo de escarbar no lo hace muy bien
se pasea por puntos insignificantes no está ni ahí con los trascendentales
¿cuándo le han importado?
está entera sobrada
todo es difuso
no sabe ver cosas concretamente
solo sensaciones
vive de los lindos momentos que ya fueron
los más feos los desechó o al menos lo intentó
por eso vive extrañando
no se acuerda de lo malo
como niño pequeño repitiendo escenas amenas
y todos se quejan
vive en el mundo de Bilz y Pap
escucho a menudo
no saben lo entretenido
que es vivir ensimismada
lo admito
me gusta estar más allá que acá
adoro pasear por mis archivos mentales
el ahora se siente vano

congelado
le pongo pausa no me interesa
 me gustan las distracciones
a veces turbulentas
 me entretiene la agitación de la monotonía
 el desorden de la rutina
 es que mi mente no entiende de disciplina
 es un perrito callejero en busca de lugares nuevos
 lleva consigo un saco de anécdotas
en el que no busca respuestas
 solo quiere atesorar lo bello
 aunque lo haga vivir del pasado
 este nunca será pisado.

ANTONELLA BELLO

RECUERDOS QUE UNA VEZ TUVE

PATITAS

Veo tus huellas en el barro
tu pelaje negro
tus bigotes blancos.

Calienta mi corazón
abrazas mi alma
duerme conmigo otra vez.
Tus caricias están ausentes.

Quita mis aros como aquella vez
quita mi tristeza como siempre lo hacías
que sin ti no encuentro descanso.

PLANTITA

Te regué
te quise y te cuidé
para verte crecer.
Te vi aparecer
en cada amanecer
también apagarte
en cada atardecer.
Pero siempre
vuelves a nacer
como una plaga
para vivir
como yo te enseñé.

ÉL

Radiante sonrisa
capaz de conquistar mi corazón
con solo una mirada
esa mirada
tan seria pero tranquila.

Lindos besos
sanadores de mis heridas
creadores de sentimientos
tan intensos
que solo contigo siento.

Preciosos rizos
los observé y me perdí.
Me perdí en su inmensidad
en su hermosa oscuridad.
Me enamoré de su totalidad.

ELLA

Veo tu figura
tu cabello rubio
tiñéndose de blanco
tus ojos verdosos
al lado de tu arruga.

Me conocías tan bien
más que yo.
Sabías si quería un abrazo
si necesitaba un beso
o si quería tomar té
por segunda vez.

Te amo
desde el primer contacto
en que cuidaste de mí.
Te amo por haber sido
la mujer que me consintió.

AZUL, VERDE O CAFÉ

Una línea en el lienzo
una tras otra
pintaba y pintaba sin cesar
pero tus ojos nunca quedaron igual.

En cada pintura tu figura cambiaba
en cada reflejo te veías distinta.
¿Cómo puede existir alguien igual?
Veía en su rostro el tuyo
su cuerpo igual al tuyo
pero ella jamás fue como tú.
Podrán haber compartido el vientre
pero no existió un corazón igual al tuyo.

Imaginé tu figura arder.
Vi la desesperación en tus ojos
tu miedo a morir.
Nunca volví a ver esa casa
la casa en Carmen Bajo
donde te conocí y no volví a saber de ti.

DAVID CÁCERES

DÉCIMAS

TRANSFORMACIONES

He muerto
bajo aguas de olvido
ahogado hasta el cuello
por nostalgias eternas.

No recuerdo el café
la lluvia mañanera
ni los grillos bajo mis sábanas.

Difícil explicar
fácil mencionar.
Soy confiado.
Mañana no será hoy.
Si te vas me voy contigo también
o eso quiero creer.

He muerto y he nacido
bajo una tierra que no es mía.

VÉRTIGO

Casi lo olvido:
el libro polvoriento y gris
se va a mi mochila.

Sé que no lo leeré
pero si la crítica al cliché se hace fastidiosa
quizás lo abra.

Abro la ventana.
Huelo gris
veo tabaco vencido.

Me desespero por volver
a la ambigüedad del campo
y sentir que soy parte
de algo importante.

Tanto movimiento me abrumba
Siento ganas de vomitar.
Qué más da me pregunto.
Todos sentimos lo mismo.

HOJAS DE TÉ

Hojas de té
tristes y amargas
como yo.

Me remajo en agua tibia
me hundo en tu cuerpo.

Como ramas
me engancho a tu cabello
espiral tras espiral
me amarro más y más.

Hay calma sobre el canal
mas no bajo él.

Se incendian las zarzamoras.
Me vuelvo polvo a tus ojos.

Soy ahora de la tierra infértil
y creo falsamente
que volveré a crecer.

Hojas de té
como yo
adoloridas y quemadas.

LA MUJER DE HILOS

Para mamá

He nacido de tu sangre
hoja y vinilo.

Me diste de tu seno
y libre albedrío
para decidir lo correcto.

Heredo tu hermoso color de pelo
desinterés por hacer amigos
orejas para escuchar la verdad
y un apellido que llevo con honor.

Cargas el peso del dolor
puedo verlo.

Admiro tu fuerza
y tu paciencia.

A veces temo pero estás ahí
para darme besos en la cabeza
y decirme que todo estará bien.

Me faltan palabras para definir
lo orgulloso
y agradecido que estoy.

MADREMONTÉ

Pisé tu mano
sin intención de herirte
piel gris ojos rojos.

Te duchas en los ríos.
Aluviones arrasan con todo.
Duermes bajo mis pies
oculta ante Dios.

Mujer de musgo
te me has aparecido
mientras lloraba.
Lanzaste odio animal sobre mi codicia
y volviste a pisar con jaguares.

Los árboles son tus testigos.
Silenciosos y reservados
hablan entre sí cuando nadie mira.
Se burlan de mí
y de mis incoherencias.

CATALINA DURÁN

CARTAS NUNCA ENTREGADAS

CARTA DE AMOR

Déjame guardar tus pestañas
son ciento ochenta y seis.
Las conté aquella vez
que te observé con detención.

Déjame conocer tu alma
que tu cuerpo todos pueden hacerlo
pero nadie más observaría
tu constelación de veinte lunares
que empieza desde tu cuello
y termina en tu pecho.

En silencio te observo.
¿Alguna vez lo habrás hecho?
Me pregunto si notaste mi lunar

o la mezcla de rojo
negro y café en mi pelo.

¿Alguna vez notaste
que te dedico cada poema
que cada verso tiene un poco de ti
y un poco de todo lo que me haces sentir?

CARTA ESCRITA EN EL SETENTA Y CUATRO

Querida estás lejos
y qué bueno que lo estés.
Sabes que mi sueño era servir al país.

En el setenta y dos entré a la Escuela Militar
y en el setenta y tres me enseñaron a matar.
Me lavo centenares de veces
pero no sirve porque aún escucho
a toda esa gente que gritaba y lloraba
por algo de piedad.

Mis superiores carecen de humanidad.
Me obligan a ver cada muerte.
Quieren que participe
pero no puedo
tú sabes que no puedo.

Nuestros papás fueron llevados a ese matadero.
De nada servía luchar
porque terminaríamos perdiendo
y no quería rendirme sin antes escribirte esto.

No aguanto estar acá
y ver esa arma que mató a tantos.
Si me sirve un poco de consuelo
también me matará a mí.
Espero en algún lugar descansar
solo ruego que lejos de acá.

CARTA PARA M

Te pinto para recordarte.
No quiero olvidar tus patitas
tampoco tus ojos delineados por naturaleza.

Quiero plasmar tus pelitos
tu aroma tu alma
todo lo que te conforma.
Quiero guardarte en lienzos
porque no serás eterna
pero los trazos perdurarán.

Te recordaré al mirar el mar:
tu silueta delante mío
contemplando cómo el sol se va.

Te guardaré en fotos
en pinturas y en mi piel.
Mi salvadora te guardaré.

CARTA PARA V

El viento de invierno
te puso en mi camino
y él mismo te alejó.

La primavera tan cálida
y a su vez lluviosa.
Éramos ella, tan confusa.

Acaloradas palabras
que nos llevaron al fin.
Hace frío y es febrero.

Anaranjadas las hojas
donde estabas tú
y te esperaba yo.

Pasan los meses.
Cambiamos
pero de alguna forma
te quise en cada estación.

CARTA DE DESPEDIDA

Han pasado tantas cosas buenas y malas
vergonzosas y enorgullecedoras
pero ya no estás para saberlas.

Ya no estás para saber mis nuevos sueños
los nuevos lugares que conocí
las cosas que descubrí y mi nueva mentalidad.

Ya no estarás para saber quién seré.
No sabrás cómo seré en mi adultez
o lo que será de mi vida y lo que lograré.
Tampoco si el futuro del que tanto hablamos será.

Ya no estaré para verte cumplir tus metas
tus sueños o tus anhelos.
Cambiarás y no podré reconocerte.
Entre millones nos encontraremos
y seremos desconocidos.

SOFÍA FUENTES MANZO

REFLEJOS

DOS EN UNO

De vez en cuando te reflejo en mi propio ser.
Tenemos el mismo corazón
y nuestros latidos se sincronizan.

Fugaces momentos nos rocían
cuando mi amor por ti florece
y no deja de crecer junto a las hierbas.

Hermosas miradas me concedes:
hojas que en otoño simplemente caen.
Tu voz fluye al compás del mar
resonando en mí la intensidad de las olas.

DHAMAR

Mirando estrellas
entre jazmines y hortensias
compartiendo cigarros entre risas
hablando de nuestros agobios.

Te miro y sé que nuestra conexión
va mucho más allá de lo terrenal.

Nos conocemos desde mucho antes
y lo seguiremos haciendo.

Gratitud infinita.

Tus palabras son mi abrazo.

Jamás te dejaré sola
como tú nunca lo has hecho conmigo.

Inquebrantable es nuestra complicidad.

Te amo aquí y en mil vidas más.

LÁPIDA

Mi mente es un cementerio
de vagos recuerdos.
Sepultadas quedaron las memorias
que alguna vez me hicieron sentir viva.

A lo lejos una lápida
resalta entre todas las demás la mía.
Sin pensar me acerco a observar.
No hay reminiscencias del funeral.

¿Cuándo se fue a descansar mi alma?
Logré presenciar el estertor.

Me buscarás una vez más
por la eternidad acechando entre piedras
para enterrar mis cenizas
y despojarme de mí misma.

BROTE DE AMOR

A través de mi ventana
escucho el canto de las tórtolas.
Tontamente te escribo
versos que jamás verás.
Se esfuman con el humo del cigarro.

Mírame cálidamente ojos avellana.
Tu risa se vuelve mi sintonía favorita.
Déjame sentir tu aroma besarlo con mi nariz:
estrellas fugaces me guían hasta ti.

Envuelve tus dedos gentilmente.
No me sueltes.
Cuídame con delicadeza
y no te lastimaré con mis silencios.
Gardenia de almas inocentes
quisiera ya poder conservarte
junto al brote de nuestra devoción.

MYSTICETI

Bello canto que hipnotiza los mares.

Resuenan ecos melancólicos.

Amplio cuerpo inocentes ojos tristes.

Los crustáceos se pegan a ti
mientras emprendes tu viaje
migrando como golondrina.

Bailas con elegancia agitas el suave oleaje
y te proteges entre burbujas
solitaria.

Tu inteligencia es enorme
larga tu barba y tu edad longeva.

Compartimos sangre y aun así
los tontos te ven como enemiga.

No comprenden tu belleza
te temen.

Eres la reina de todos los océanos
y en mi corazón
siempre vives.

AURORA GARCÍA

CRIATURAS PURAS Y MORIBUNDAS DE UNA
MENTE MECÁNICA E ILUSORIA

CIERVO

Solo verde
ves a tu alrededor
pero tus patas están manchadas
sientes el líquido en estas
pero solo es verde
bosque lejano
de peligro no
apto para tus
ojos invisible
para tus ojos
sientes que este
se seca en tus patas las lames huelen a metal a prado cuya inocencia fue
robada y manchada junto con ella quizás no puedes ver el rojo pero sí a ella
tirada golpeada muerta desnuda robada en más de un sentido olor a metal
putrefacción y lejíla la dejaron ahí pero tú la encontraste en tu naturaleza
no entiendes no comprendes pero una sensación te invade acércate ciervito
sus ojos sin brillo los suyos sin compasión observa ciervito mira más
santa putrefacción ya ningún daño sufrirá ya no queda más no habrá más
su boca y entrepierna chorrean verde en su cuerpo no hay colores
con inocencia lames su cabeza beso de buenas noches un adiós
¿por qué el humano ha de carecer de humanidad?

MESÍAS

[illegible]

GUSANO

Si fuera un gusano
te dejaría destrozarme comerme
torturarme si fuera un caracol te dejaría
tirarme sal y romper mi caparazón pero si ves otro
sea gusano o caracol bésalos por mí cuídalos por mí
ámalos por mí tanto como te amé a ti y si crees que
es exageración solo quiero demostrarte devoción porque
si fuera un gusano devoraría tu putrefacto corazón
y si fuera un caracol en tu tumba me alimentaría yo
con disgusto destrózame si quieres estaría bien así
pero sé que es exageración porque en el fondo sé
que compartimos la misma devoción si tú fueras
una rosa solo florecerías por el sol que crees que soy
si fueras un caníbal solo con mirarnos te saciarías
con amor destrózame si puedes estaría mejor así
tírale sal al caracol aplasta y mata al gusano
quema deshidrata a la rosa con la luz de su sol
come a quien mirabas abre sus costillas
ve sus ojos hazlos sufrir si quieres pero
y por favor ámalos cómelos quíérellos
mientras me ames o me destruyas
puedes hacer lo que quieras todo
rómpelo mávalo quíébralo
haz sufrir a tu devoción
te permitiré todo
porque sé que
soy yo.

ÁNGEL

Disecado en una vitrina
de madera oscura y vieja
otro detalle peculiar
que desde abajo puedo mirar
sangre y lágrimas
sensibilidad y crueldad
blanco como nieve
pecador como una flor delicada
que es solo otra mala hierba
y fue masacrada
tu cuerpo volvió en sí
pero no tu alma
donde sea que esté
está cansada de tanto haber corrido
de haber huido
de demonios y pecados
hacia ángeles y santos
todo era imaginario
conejito muerto
no había pecado en ti
tu culpa no tenía razón
existía sin tu consentimiento
no eres una flor para comparar

y eres más que una disección
eras una lágrima injustificada
que nadie jamás trató
hasta que agonizó
te volvieron perfecto de nuevo
pero este no eres tú
porque pareces humano
eras más
eras un ángel
cuyas alas cortaste.

EDÉN

Alimento incomedible con olor a recuerdo

sueños ilusiones lo que alguna vez fue
solía haber amor una salida
¿el pasto es real o es otra mentira?
¿el té es realmente té o es agua teñida?
qué más da ya nada importa
tienes el azúcar en mano
flores te rodean
la madera podrida de la mesa tapada con el mantel
los insectos carroñeros los hongos traicioneros
respiran
regocíjate estás vivo incluso en este estado
podrido roto perdido en tu mente
una ilusoria una que sueña excesivamente
perdido en tu edén en tu imaginación así es mejor
deja que tu esperanza nazca que tu inocencia prevalezca en este mundo mecánico
pero acéptalo algunas cosas solo fueron
y otras nunca existieron pero tú sí tú eres y existes
estás aquí de pie azúcar en mano flores a tu alrededor
vida y compasión
solía haber amor no lo aceptaste ahora abres la salida
escapa
antes de que tu mente sea mecánica antes de que seas madera podrida
haz real tu edén.

CAMILA GODOY

LO HUMANO

DONDE LAS VOCES NO LLEGAN

Un lugar remoto
que llega a ser hermoso
cautiva mis sentidos
debido a su carencia humana.

Una armonía impecable
construyó un nuevo mundo
lleno de calma y abandono
donde su melodía más famosa
es el viento llevándose el polvo.

Nunca imaginé que el viento
me llevaría a conocer este mundo ideal
tan puro tan olvidado y único
que es imposible de asimilar.
¿Será este mi nuevo hogar?

HOSPITAL PSIQUIÁTRICO

Soy una alma
dando vueltas
creando círculos
gritando silenciosamente
creyendo que escuchan
anhelando ser escuchada
con mi voz silenciosa.

Fui el violín más hermoso
que nadie entendió.
Nadie vio mi melodía desastrosa.

Vuelvo normales a los locos
en mi danza del olvido
atrayéndolos con
mi melodía desafinada
en un círculo de eterna entretención.

Profanar lugares es mi razón
llenarlos de moho, belleza
mientras vago cantando
mi melodía perfecta
a la putrefacción.

¿Tomaré la pastilla verde o la azul?

FESTÍN

Gusanos habitan mi piel
 putrefacta muerta.
Se la comen como si yo no existiera
como si no los viera.
Cuerpo sin vida
 deformado por manos ajenas
 marcas dejadas por hombres
 que imploraban mi cuerpo
 en sus instintos más intensos.
 Susurros eternos
 que en silencio se comen
 mi oportunidad
mi opinión.
 Suplico por ayuda
 pero ellos ya se comieron mi boca.
 Me dividieron en secciones.
Les echan sal y pimienta
 mientras sus manos
 en mis vísceras se encuentran.
 Intenté huir
 correr
 pero mi única salvación
fue dejarme consumir.

Tengo miedo
de que disfruten mi cuerpo
mi sufrimiento.

Sus últimas caras.
fueron de pena
al darse cuenta
de que ya no quedaba nada de mí.

Dios
¿por qué me abandonaste?

MURMULLOS DE LO PERDIDO

Atrapada en un sentimiento

un recuerdo

un lugar

un sabor.

Como tocar un piano desafinado

mismo piano

pero diferente sinfonía.

Mis dedos se escurren sobre él

añorando una suave melodía

un sutil recuerdo lluvioso

un delicado eco de colores

que ilumine mi vista

y guíe mis sentidos.

Melancólico viento

que fluye en mis recuerdos

y me traslada a un lugar deshabitado

lleno de emociones

que ya no están.

Borrosa ante mi memoria
pero eterna en mis sentidos
a pesar del transcurso del tiempo.

¿Será el paso del tiempo el que desvanece mis recuerdos
o será que estoy creciendo?

RAÍCES

Lazo sagrado

orquídea de mi corazón
madre de mi creación
conocedora de mi verdad
nacida como una flor.

Agradezco tu existir

tu presencia tu paciencia
 tus delicadas manos
tu sentir puro.

Beso mecedor

pestañas bailarinas
que danzan en fulgor
dentro de tu dolor.

Conexión nata de tu vientre

profunda sanación.

Algo desgarrador:

no sabía que tu dolor
fuera mi creación.

Cambié tu mundo por equivocación.
¿Me seguirás amando
a pesar de tu dolor?

JORGE MÉNDEZ

AQUEL VIEJO ENAMORADO

POETA MANÍACO

escribo y escribo
el lápiz se cansa
explota la tinta
mancha mis escritos
mi brazo se mancha
no con tinta
solo es sangre
el afilado cuchillo pasa
me calma y sangro
siento dolor
pero calma
trátame mal
ahórcame
rómpeme
destrózame
si eso te hace feliz

hazlo
córtame
destrúyeme
pégame
si eso te hace bien
lo merezco
por juicio
por el vaso roto
solo soy
un poeta maníaco

PRIMAVERAL

días de amor primaveral
días de bipolaridad
días con cero claridades
manos se encuentran
pero te alejas
escucho mirando al techo
esa canción
esto es una locura
ya me colgaste
soy inestable
pero sabes que soy
una habitación llena de canciones
bajo el mismo sol frío
tan tranquilo
siento alergias en mi nariz
la primavera tocando la guitarra
me llenan los pétalos de tulipán
los acordes tristes
los bemoles complejos
los sostenidos
los mayores y menores
pero los acordes de quinta
lloran en boleros
en mi guitarra
en mi estación primaveral

SINFONÍAS

sinfonías gloriosas
se expresan en mis dedos
cuando toco para mi amada
amada guitarra
llora en mi ser
sinfonías tristes
en acordes conectados
líneas gruesas
pequeñas cuerdas
mi guitarra
llora en boleros
llora en viejos recuerdos
sinfonías
conectadas a un mismo ser
o solo desiertas
mi guitarra llora
los boleros parten al mar
los viejos recuerdos
se desvanecen
las cuerdas se agrandan
y llega
mi hora de tocar
mi voz se rompe

la cuerda me corta
solo siento las sinfonías
cortando mi cuerpo

LA VELOCIDAD DE LA LUZ

A Max

apenas cruzamos miradas
supe que serías para mí
a primera vista
a primera palabra
a primera canción
te veo y no te veo
te siento y no te siento
solo crucemos miradas
otra vez
mientras nuestras manos tímidas
cosquillean al ritmo de la música
solo quiero que vayamos
a la velocidad de la luz
donde existas te seguiré
te seguiré hasta el fin
aunque a primera vista fuera
quiero tu alma develar
tocar y cuidar

GRIS Y GRIS

A Max

ella no sabe que
todos los días
siente ver más gris
a través de sus ojos
cada vez
más gris
han de ser
los días grises
para la muerte
proveer
gris
gris y gris
cada vez
más cerca
de su final

NIEL MOLINA

TONALIDADES ROSAS

DIENTE DE LEÓN

Mi pequeña	diente de león
sigues siendo	parte de mi jardín
aunque el sol	se esconda entre nubes
y tengas	miedo de crecer
te regaré	cada noche a las siete
vuelan	tus semillas
pido	mi deseo
no	puedo decírtelo
brotas	y brotas
dueña	de la tierra
mi gran	diente de león
veo tu	belleza
y viéndola	en el charco de agua
tus largas hojas	me abrazan
inicio	de una etapa
llegada de	la primavera
lejos de	nuestro jardín estaré
sostén tu raíz	frente al diluvio
el amarillo	de tus pétalos
mantiene la tranquilidad	dentro de mí
trae recuerdos	de tu nacimiento
	hija de la flora.

JOSEFINA

Desaparecieron los frenillos de tus dientes.
No tenemos catorce ni diez ni nueve.
Vómitos risas
 gritos y lloros
creciendo juntos
 corazón a corazón.
Un abrazo tuyo cada mañana
 bailando
 como las lilas con el viento
 tonos corales en tu cuerpo.

Siempre has sido el té tibio que tomo cuando
busco un descanso
 y yo tu té frío cuando
buscas energía
 sin importar lo distinto de nuestros caminos
nutrias tomadas de mano
 frente a la gran fuerza del río.

 Ir al monte Yoshino
 pétalos de cerezo cayendo.
 Veo los espirales de tu pelo
y me como el dango que tenías guardado.

CUANDO MUERA

Tal vez cuando muera
sea una mujer de la realeza:
ojos marrones
y mi closet lleno de vestidos de gala.
Estaré en la Edad Media
quizás en los años noventa
en Nueva York
o exigiendo mis dieciocho peniques
junto a mis compaires obreros
en la Escuela Santa María de Iquique.
Un hombre adulto pescando
con mi hija en Puertos Natales
mientras mi ñora hace huasos y chinas de arcilla.
Una vida alejada a la mía
otro cuerpo otra persona otro yo
lejos de esta casa blanca con olor a pisco
sin brujas cerca mío
ni volviendo a ser talagantino.

LABIOS BAÑADOS EN SANGRE

Miro rosas blancas
del patio vecino
caracoles y chanchitos de tierra
gente trazada
de tonos vivos
que se siente tan l e j o s mío.

El sol no me dará alegría
ni la luna calma.

Deseo algo más algo
que solo tienen
los seres bellos seres dulces
sin el corazón fragmentado
fruta aún en el árbol
animal libre del campo.

Dulce té con leche
igual a este sentimiento
contéplame
nota el filo de mis pinchos.
No elegí este cuerpo tan dañino.

Agua bendita a mis pétalos
color rosa abeja en el néctar.
Valentía ven.
Espirales de espinas
asfixian mi propio tallo
sangre en tus labios
color magenta mariposa revoloteando
besas mi flor mi ser completo
aunque deje cicatrices de amor eterno.

MIÉRCOLES 10 DE DICIEMBRE

Otro año más
cuchilla al pecho
al ver la fecha en mi teléfono
buscando regalos
decoraciones y pasteles
pasto seco pájaros en descomposición.
Los niños juegan en la vereda.
Es como si de mí se burlaran
Las risas se transforman
en esos tediosos cantos que hablan de la vida.

Frente a mi torta pido un deseo
uno que nunca ha cambiado.
Mis ojitos bien cerrados
el calor cerca de mis mejillas
nada pasa al soplar la vela.

No la veo a ella ni a nadie.
Lágrimas caen.
Solo encuentro peleas
y mi deseo se hace tan grande
como para llegar al sol.

Mariposas en mi ventana
han desaparecido mis pastillas verdes.
La polilla vuela de su escondite.

VALENTINA OSSES QUEZADA

DESDE LA PERIFERIA

ESPERANDO LA 135

Y si me pierdo en la micro
me pierdo en Santiago Centro
o en la plaza Maipú
aquí en Padre Hurtado
donde la plaza es un pleno desierto
pero de repente los árboles posan ante los enamorados
y a los anti igual
pero ellos solo los usan.
A cambio les dejan la basura del McDonald's.
Y si me pierdo en Santiago
con la arquitectura francesa e inglesa
me enredo en cada calle.
¿Paseo Ahumada? ¿Baquedano?
Se me fueron los nombres.
Me pierdo en cada micro
las grandes con aire acondicionado

y en cada persona

buscando su lugar en algún lugar

deseando no despertar de este lindo sueño

porque cuando despertamos estamos plantados en el paradero
congelados esperando la micro para ir al país de los sueños.

¿La rompehuesos? ¿Alguna liebre? ¿La morá?

¿O la famosa i35 con aire acondicionado

donde estamos todos apretados

asfixiados

desesperados por irnos a ese país

y dejar de estar en esta pesadilla

en esta orilla

en la periferia misma?

ENTRE LAS FLORES Y LA TIERRA DE LOS AROMOS

Entre las flores la tierra y el barro
me esfumo en cada paso piso
cada flor caída cada arado. cada vuelo
Me embarro cada vez más en el barro del camino hacia las lavandas.
Me esfumo
dentro de este campo
de flores tierra y barro
más barro
más tierra
más polvo entre edificios
parcelaciones
construcciones
urbanismos en cada puerta de entrada
dolores de manos espalda pies
menos agua
más *luz*
menos sauces
más cemento
más postes de luz
menos oxígeno.
No respiro
aquí
entre las flores tierra el barro
y tú
entre las flores de mentira
el cemento y el cableado.

¿DEJARÁS LA VIDA VOLAR?

Mañana crecerás
y ya no recordarás

cuánto pasto había en aquella esquina
los accidentes del mediodía
ni los cortes de luz que provocaban.
Solamente al toser el viento

olvidarás cuántas horas esperaste
la micro que pasa a las seis de la mañana
solamente para verlo a él.

encontrártelo

Olvidarás las tardes soñando con

y también las tardes del fin de semana
cuando llorabas en tu habitación

y querías irte adonde sea pero irte.

Olvidarás las idas y vueltas

las crisis y las esperas

el color de tu pelo el color de la tierra

y cómo crece la raíz de esa semilla
que cuando eras chica ayudaste a plantar a tu mamá.

BESO ESPONTÁNEO

Cae un beso espontáneo
a las orillas del río Mapocho
junto al sonido de los autos pasar
el roce de los árboles.
Los colores se manifiestan
y esta vez no los miro.
Cierro los ojos.
Solo siento y escucho
en silencio.
El viento vuela mi pelo
me desordena mis pensamientos
esos
al fondo del cajón.
El viento toca mi mano
la besa
y me acaricia el pelo
que él mismo voló
lo intenta ordenar
y darme un beso en la frente
pero me hiela el rostro.
Me lo vuelve a estropear.
Me sacudió en un segundo
y al siguiente volvió.
Corrí
entre las flores la tierra el barro
entremedio del río.

Me caí y me raspé la rodilla.
Sentí esa brisa llegar
más fuerte que Dios.
Me torcí el pie y volví a caer.
Me arrastré y me apuré
cuanto pude y no pude.
Me atrapó
y sentí correr por mis venas mis dolores
la simplicidad de las cosas el vacío
el feo sucio y asqueroso río
el sonido de los camiones pasar por encima mío
el agua chocar
y el beso espontáneo
descender del cielo
caer
deslizarse por las piedras
e irse
junto a las corrientes del río Mapocho
antes de las seis de la tarde
y mi corazón
bajo de una piedra fea.

MADRE ESTOY EN EL RÍO MAPOCHO

Me tiraron al río
donde nacen las historias de amor.

De adolescente me escapaba sin avisar
a ver el atardecer y a pensar en qué iba a pasar
si seguían a cargo los de uniforme y brazos cruzados.
Los de arriba nos asustaban
y yo a mi familia igual
hasta que un día desaparecí
con la ayuda de los hombres secretos.

Me perdí.

La rosa se iba secando ya en mi tumba sin nombre
donde gritaba e intentaba huir.

Me esperaba mi cuerpo asesinado
por hombres sin rostro ni corazón.

Me esperaban ahí tieso y espantado
resguardado por las flores musgo piedras y corrientes
los cuerpos de mis amigos que ya estaban ahí.
¿Podrían avisarle a mi madre que el mío yace ahí
tirado en el río Mapocho?

VICENTE PÉREZ

LO QUE HABLAN LOS QUE CALLAN / LO QUE
CALLAN LOS QUE HABLAN

SERES VOLADORES

En el pastizal habitan los seres voladores.

Anclado a la tierra
con pies que no igualan hazañas
celoso de su frágil y libre naturaleza

me detengo a observarlos
por un segundo, un minuto, una hora, tal vez un día.
Yo creo que toda la vida.

Convergen entre ellos
mariposas que revolotean cual huracán
aves en compañía de los suyos
listos para surcar los cielos
bichos que desde su pequeña estructura buscan prosperar
ojos que anhelan tener esa libertad.

Se posa en mis manos
la idea de volar junto a ellos
aunque mis pies no se muevan
de este lugar.

Mis ojos imaginan
cómo sería
emprender vuelo
volar
solamente volar.

EL VIENTO

Invisible a los ojos
refrescante para los que habitan este lugar
los seres voladores te admiran
las hojas de los árboles hablan gracias a ti

siempre presente
en el mar
empujando el agua con tu invisible mano

en el campo
haciendo bailar al pastizal con tu suspiro

en los cerros
una manta para su altura solitaria

en los atardeceres
acompañando al sol para que descanse

en las noches de luna llena
susurrando tranquilidad

en absolutamente todo
tú estás.

Querido viento
hoy hago de tu forma un poema
en son de darte voz
aliento y ojos.

Yo seré el responsable
de entender tu forma
que nunca concluye.

Al menos quiero intentarlo
quiero que todos entiendan quién eres
cómo es la frescura de tu brisa
la calma que trae tu estructura.

Yo quiero ser el amplificador de tu forma.
Tal como las hojas hablan a través de ti
yo quiero que tú hables a través de mí
y que finalmente se deleve tu pacto
con la eternidad.

APRECIO

La magia de querer
está en lo que uno entrega
a quienes realmente ama.

Él busca la comprensión
de sus semejantes
busca entender
a sus padres
busca empatizar
con aquellos que sufren
busca ser lo que quiere
que sean con él.

Ama a sus seres queridos
los valora y atesora.

Disfruta de momentos
salidas de noche con amigos.
Un café calentito
una charla sobre el porvenir
son más que suficientes.
Conversaciones sobre la vida
con sus padres
nutren la sabiduría.

Momentos que no tienen que ver
con placeres mundanos
nada que se necesite realmente.
Ni dinero para poder hablar
ni alcohol para poder desahogar
ni drogas para sentir.

Cada palabra y situación:
una pieza de arte
pintada con amor.
Nada que se pueda comprar
nada que se pueda vender.

CARLOS QUIROZ

COSAS QUE (NO) COMPREENDO

DONCELLA DE HIERRO

Tu abrazo es mi escudo.
Me refugia de mis problemas
de mi malestar.
Me protege.
Pero luego mis pensamientos aparecen
invaden mi ser y me torturan.
No soy suficiente, nunca lo seré.
Tu abrazo se transforma.
Ahora estoy atrapado.
Eres una doncella de hierro.
Penas y sangre se derraman por ti.
Merman mis fuerzas.
Veo borroso.
Todo se desvanece de a poco.
Ya no me mantengo en pie.
Caigo al suelo rendido.

Tu abrazo dejó miles de agujeros
que ya no se llenarán.
Me matarán
me consumirán.

HUELLAS DEL PASADO (Y DEL PRESENTE)

Un suelo lleno de historia
sangre derramada
guerreros que sufrieron en vano
manipulados por el egoísmo
dirigidos a la muerte
todo por un ideal
una creencia.
Nada parece cambiar.
El antes es ahora
y el ahora va a peor.
Pestes letales
muertes atroces
guerras sin sentido
hambre constante
hambre de poder.

CICLO (SIN FIN)

Violencia que causa más violencia
egoísmo que incentiva más egoísmo
círculo vicioso que no tiene fin.

Las sombras del ayer
iguales a las de ahora
son las mismas personas
usando máscaras distintas.

Dirigen a los suyos a la muerte
todo con tal de beneficiarse.

Nos llenan la cabeza de ideas.

¿Cuál es su propósito?

Solo nos tienen dando vueltas.

Estamos en un ciclo
que no tiene fin.

EL AZOTE

Un látigo que azota mi mente.
Algo que no entiendo
es algo que no comprendo.
Una emoción nueva
es capaz de destruir vidas
es capaz de unificarlas.
¿Por qué es tan cruel?
Es el amor látigo
que atraviesa la carne y la mente.
Sus golpes duelen.
Ya penetraron mi ser.

EL AHORA

Lo que ha pasado es necesario
pues eso define lo que somos
determina lo que seremos
aunque no puede corregir el ayer.
No se puede detener algo que ya ocurrió
ni evitar algo que ya se concretó.
Ojalá fuera tan fácil eludir el pasado
pero siempre definirá nuestras decisiones.
Es lo que crea el ahora.

GASPAR SEPÚLVEDA URTUBIA

NO SEAS TAN DURO CON LOS INOCENTES

CORAZÓN HECHO A MANO

Amor mío
vamos al río juntos.
Espérame en el teatro,
veamos la función de la mano.
Sé que estás triste.
Yo también lo he estado
pero ¿no es el sentimiento mutuo
el que nos eleva
y nos amasa el corazón de una forma tan dulce
y hace tan sagrado un momento a solas?
Nada aburrido
nunca nada es aburrido cuando estoy contigo.
Quizá mi amor es un romance cliché.
Hazme arruinarlo
hazme enojar.
Sé que tú y yo somos dos flores que una vez cortadas
podrán volver a brotar.
Acompáñame a mi casa

QUERIDO FUTURO

Querido futuro

no seas tan cruel conmigo.
Enséñame el sendero
que me acompañe en mi desolación.
Le tengo miedo al vacío
a lo desconocido, a lo simple y a lo divino
miedo a perder lo que una vez amé.

Querido futuro

te espero con ansias, pero temo tu llegada.
¿Qué pasaría si llegas y no hay nada?
¿Qué pasaría si llegas y no he arreglado la mesa?

Espérame hasta que esté listo.

Enloqueceré si llegas sin previo aviso.

No seas tan duro con los inocentes

ellos no se hacen cargo del presente.

Es a ti a quien le temen.

Querido futuro

báñame en tus lágrimas sagradas.

El amargor que consigo en mí

calma el alma para seguir.

MASA

Cuerpos

figuras

y muestras

como frutas que necesitan ser tocadas

sentir lo exquisito en ellas.

Flores para admirar

una pureza que no alcanzaré.

Cuerpos armados como un templo

brillante

una masa de carne

de piel y grasa.

Podría hacer lo que fuera para arrancarme la piel

a c o m o

d a r l a

como yo quiera.

Con más menos masa

suficiente para mirarme al espejo

para estar bien.

BENDITA SEA LA SANGRE DEL PECADOR

Padre nuestro
que estás en el cielo
me has decepcionado de verdad.
Nombre no tan santificado
¿por qué me alejas de tu reino?

Hazme abrir mi voluntad
no quiero seguir tus mandatos.

¿No puede el humano pensar como uno
y desligarse de una voz invisible?
Me iré lejos, señor.

Construiré una nueva casa
en la tierra
en el cielo
y en el infierno
donde pertenezco según la voz del prójimo.

Lléname de polvo
y verás que no soy maligno.
Dame el pan de cada día.
Yo te daré el vino.

No perdones mis ofensas
pues no tengo nada de qué arrepentirme.
Que los ángeles negros me lleven
y me obliguen a sufrir
si con eso consigues tu satisfacción, padre santo.

Déjame tener una mente y alma autónomas
arder en las llamas de la tentación.
Bendice la obra del mesías
pero no la del pagano.

Ódiame
después de enseñarnos a amar
incluso si es mi única salvación.
Ensucia mi sangre
para luego culparme por impuro.

Aquel que muerde el fruto del manzano
conseguirá las consecuencias de un pecado.

Oh señor
líbrame de él
líbrame del mal
sabiendo que el único mal
es nuestro padre.
Amén.

OJOS DE NEBULOSA

Vayamos de la mano tras Andrómeda.
Intentemos bailar en los pilares de la creación.
Atrápame mientras corremos por la vía láctea.

Es tan hermoso
un universo suave donde solo nos encontramos tú y yo
orbitando en conjunto.

El cosmos nos acobija
mientras las yemas de mis dedos besan tus rulos.

Te veo a los ojos
dos brillantes nebulosas.

No sé si es por su belleza
o por el espacio galáctico reflejado en tus lentes
pero quedo cautivado.
Lo que más amo de este universo es sentirte.

No te daré la luna
te daré todas las estrellas.

Son tuyas.

Tómalas.

Te mereces cada parte de la creación.
Siento las constelaciones conectándose en mí.

Un beso tuyo es flotar en el espacio

a un ritmo astronómico.

Cuando las estrellas se apaguen
prométemelo

estarás conmigo.

FERNANDA TRONCOSO

LA BELLEZA DE LO MACABRO

ORGASMO

Devora mi cuerpo, raspa el hueso deja que mi interior sangre no
me preguntes si quiero lo hiciste aunque yo no quería fui
servida en un plato de plata no sabía que iba a ser alimento me
culparon por ser el plato principal no quedarán partes de mí intactas no
sobrará para el postre lo único que quedó intacto fue mi cerebro
porque mis recuerdos no lo valen no sirven para ser servidos ni para
acompañar sus ensaladas mi cerebro me impide olvidar olvidar el día en
el que me devoraron recuerdo sus crueles sonrisas
cómo pensaron que a mi carne le faltaba algún tipo de sazón si
estaba bien preparada sabía igual que el vacuno pero las
vacas saben que serán comida a mí nadie me avisó
solo pasó solo me consumieron.

ECO

Mamá estoy hablando con un fantasma mamá
dicen que me parezco a él pero yo soy mejor que él no quiero
terminar como él seré mejor solo quedan
recuerdos de él mamá ¿me parezco a él?
Mamá ¿tengo el mismo carácter que él? mamá
¿te recuerdo a él?

LOS ZOMBIS DE CHERNOBYL

Prípiat, 26 de abril de 1986
solo son luces decían
no reconozco sus caras
enterré a mi propia madre
el castigo por querer ser mejor
ridiculizado en la tv
no somos mutantes
somos los olvidados

nos estamos muriendo
todo parece paranormal aquí
ni sus casas
madres muertas para elevar la nación
un pueblo sin memoria
deseamos que nos den identidad
no somos zombis
un error humano.

CARTA

Tú no tienes la culpa de amarme
yo tengo la culpa por aferrarme
y yo te quité la poca libertad que tenías
tú intentaste enseñarme
y había más alumnos esperándote
ninguno me enseñó a sanar
nadie me amará como tú
lloré meses pensando en ti
aunque sea odiándome
destruiré toda mi dignidad por ti
aunque yo sea un pedazo de carne

nos conocimos siendo marginados
tú me diste el valor para no hacerlo
nadie nace amando
pero yo era un analfabeta
y yo encontré nuevos profesores
y prefiero que sea así
y duele saberlo
lo único que necesito es que te quedes
pero quédate
aprécialo
y tú no seas más que un adorno.

GARDENIA

Yo mismo te enterré
olías a putrefacción
te asesinó lo que alguna vez fue madre
¿por qué te fuiste?
la muerte es nuestra salvación
no siento que te haya salvado
expreso tan poco
aunque sea en otra vida
y tú no siendo mi adorno

ahogándome en mis lágrimas
porque yo te maté
malgastaste tiempo y te dejé morir
duermo sin dejar de pensar en ti
yo lo sé más que nadie
quiero decirte tanto
quiero reencontrarnos
siendo personas diferentes
ni yo siendo tu dueña.

LIAM PRADENAS VALDIVIA

CAEN LOS PÉTALOS DE MAGNOLIA

ÁLAMO

Tengo frío.
El viento golpea
agita mis extremidades
me deshoja.
Busco la luna, a pinceladas la alcanzo
mezzo calmo
mezzo violento
en un vaivén de recuerdos.
Con desdén miro al niño
ya no es un niño.
Miro a la madre
ya no está el padre.

Sigo aquí rozando el sol
intentando huir.
No puedo.

Algún día mis brazos serán gusanos
algún día de mí será rescoldo.

El joven ha vuelto
ya no es joven.
Tampoco está la madre.
Sigo aquí.
Me retuerzo por las noches.
Las lechuzas se me posan
y nada consigue borrar la calma.

El joven es viejo.
Hay otro niño, otra madre.
Los observo.
De mí no será más que las hojas que le cantan al perro
las estrellas que le dibujo al cielo
la ceniza que no llegará a ser ceniza
porque aquí seré
perpetuo, indoloro
hermoso.

CARTA AL PADRE

Bruscamente rompiste la vida
y las tres de la mañana te temen
te esperan, con inocencia.

Pacientemente miro la ventana.
El seno tiembla.
Una mosca se le posa.
Está podrido.

Sin temor palpaste la desazón
que dejarías entre los nudillos.
Indiferentemente te levantaste.
Fue quebrar en dos, tres, cuatro
sin reparo.

Dios abandonó la habitación.
Cuando saliste fue tarde.
No conseguí ver su fútil socorro.
El mentón tiembla de pavor
y el estómago vomita.
Los sueños despiertan gritando
y nadie ama nada
porque no hay nada que amar.

TODO DESAPARECE

Abre sus alas y extiende el pico.
La garza furiosa
dejó atrás su sangre.
Cae a toneladas.
Miró el mar.
El rabillo la traicionó
y su vuelo culminó en picada.

No era consciente.
La tierra traga con fuerza.
Está en conflicto.
Derramó lágrimas.
Frustra su paso un avión.

Navega impetuosa sus aguas tersas.
Le duelen las plumas.
Se las arranca el viento.
Simulando la lentitud de la luz
cae en vuelo, vuelve al cielo.
Turbia su mirada
fija en los últimos alientos.

No da abasto.
Morirá, nacerá
caerá, volará.

Será de sí el caos natural de su vuelo.
Será de sí el odio, un deseo.
La garza cierra las alas.
Extravió la llave.
Extiende el pico.

Volará con la boca llena
de llanto y espanto.
La garza no era sino esperanza.

En el jardín de sus anhelos
allí estaba ella y su mirada austera.
Extiende al fin las alas
mira arriba —no en reversa—
va hacia el cielo sin reverencia.
Está muerta
vuelta tejas de palacio desteñido.
No hay nada.
Tampoco está la garza.

PERNAMBUCO

Amarle la deja frágil ante el aire
entrega la fuerza de la tierra
permite fracturar el tiempo.

Quiero conocer el mundo debajo de sus besos
el que esconde en los bolsillos
el que presiona en los puños.

El aroma de sus letras me llena
de pensamientos los deseos
como el pulso de la sangre
cuando gotea después de abrazarnos.

Espero el siguiente encuentro
cuando el zorzal bendiga el día con sus trinos
y el faro roto indique
que es momento de querernos.

CIRUELA CAFÉ

Las hojas secas, marchitas de sol
el pavimento de la rotonda
un gato acicalándose en la esquina
los puentes sin río.

Esos lugares a los que nunca llegas
el arroyo diminuto
la sala a la que vas tarde
el clic del reloj, *Dafnis y Cloe*.

Caminar abrazando la nostalgia
ver llorar las hojas del sauce
y de pronto notar tu rostro en el ocaso
observar el azúcar girar en el café
saber que el tiempo nos guarda en secreto
atesorar el sabor que le entregas
a la brisa primaveral.

MAX VALDIVIA LÓPEZ

CARTAS A CORAZONES ROTOS

I

Para los rotos y descocidos
cansados y dolidos.
Vengan a mí
y no esperen que los remende o arregle.
Ese es trabajo de ustedes
no el mío.
No me rom peré ni arran caré
mi propio hilo
para arreglar
algo que yo no he roto.

CUERPO

Tomé mi decisión ante tu desaparición.
Sabía que no querías más que mi cuerpo.

Engañoso corazón
tus palabras dulces
 el viento se las llevó.

No logro borrar tus caricias.
Por más que talle no saldrán.

Viviré con tu engaño
aunque haga tanto daño.

VI

Tenía tanto miedo de ello
que te tuve y te perdí.

Ya no temo verte.
¿Será que ya no quiero?
¿O que no puedo volver a tenerte?

Me gustaban tus ojos
verdes como las hojas
profundos como un lago
brillantes como el sol.

Me gustabas.
Adoraba verte a los ojos
perderme en ellos
en lo que pudimos ser.

¿CUÁNTO MÁS?

¿Qué más quieres de mí?
Tirana injusta

¿qué tengo que dar ahora?
¿Mi espíritu o mi libertad?
¿Más lágrimas?

Más dolor.

Debería
bajar
un
par
de
escalones
para ver mi cuerpo.

Al fin se atrevió
libre voló
contra el suelo se estrelló
y jamás volvió.

LO SABEN

Ellos saben.

Huelen la sangre.

Perciben la vulnerabilidad.

Ven las faldas cortas.

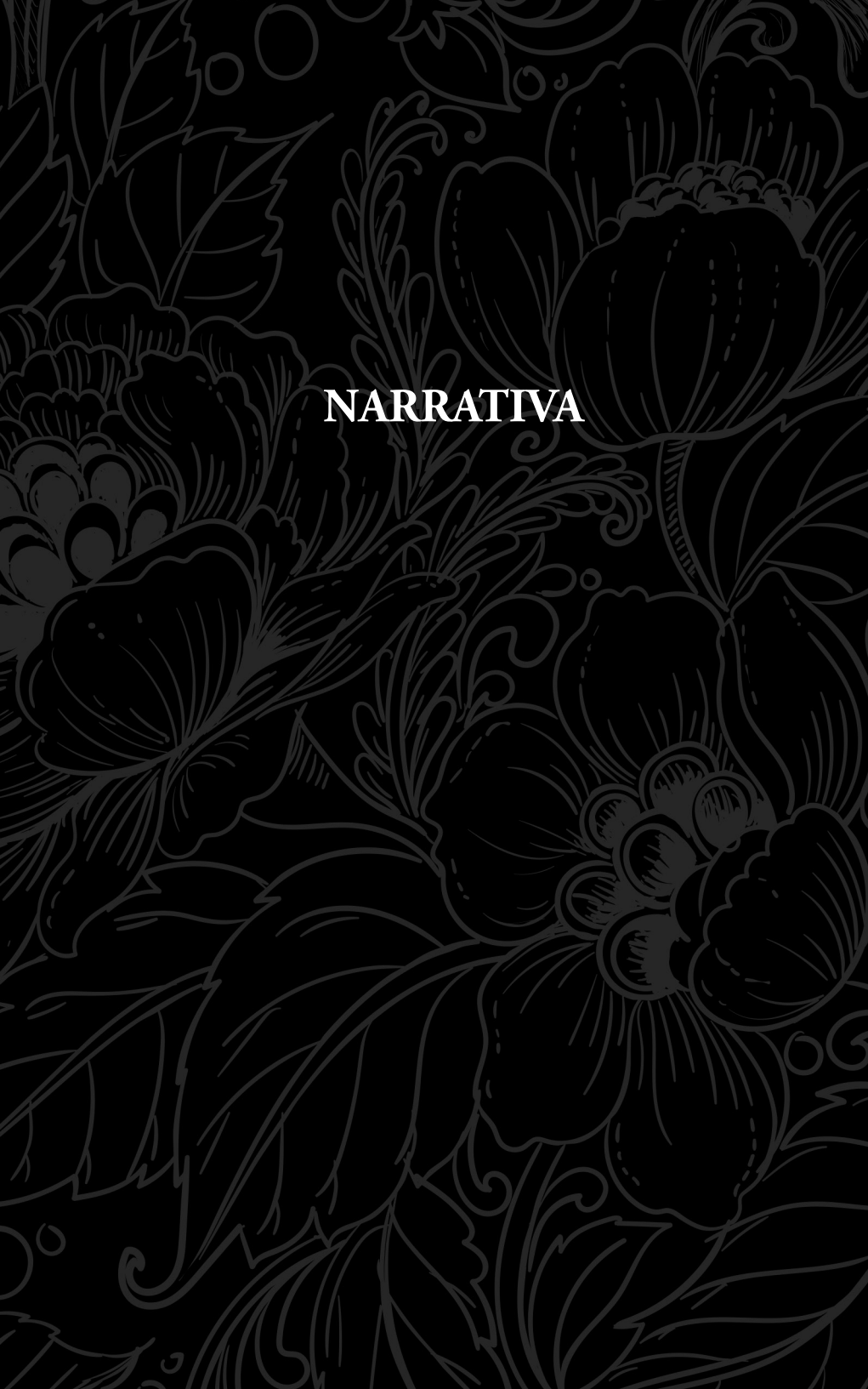
Un poco de piel los enloquece.

Mi vida parece peligrar.

Rápido, camina

apresura

que no te mate su lujuria.



NARRATIVA

PASKAL AGUILERA

EL COLEGIO Y OTRAS DESGRACIAS

La última clase, la última prueba, el último chao al tío de la puerta y el último vistazo al paisaje de fierros pelados, puertas malas, pisos sucios y gentes ruidosas. ¡Ah, deseo con tantas ansias el último día de clases, pero por ahora debo conformarme con el último de la semana!

Como buen día viernes, la entrada está llena. Después de un par de empujones puedo salir. Me despido del tío de la puerta, que hace dos años me ve llegar por las mañanas y en las tardes me ve ir. En los segundos que demoro en pasar por el gran marco de la puerta del colegio y caminar hasta afuera, noto una mirada extraña del portero al despedirse. Sigo caminando. Pienso que fue una mirada y ya, pero realmente no lo creo así. Era la primera vez que él me miraba al despedirse, y su mirada extraña, según mi mente rara, era, claramente, porque él no me conocía. Luego de un no tan largo tiempo; pero tiempo al fin, él no es capaz de reconocermé, no tiene idea de quién soy yo. Y eso, a pesar de su simpleza, me deja con un sabor amargo, una actitud pesada y un caminar más anormal que de costumbre; porque sí, mis pensamientos entorpecen mis brazos, se entrecruzan con mis pies, e inevitablemente con cualquier otra parte de mi cuerpo que no sepa muy bien cuál es su lugar.

Desde el colegio a mi casa hay una infinidad de caminos que puedo tomar, pero en días como estos, en los que me veo tremenda-

mente afectada por un detalle, prefiero tomar el más solitario, porque jamás he tenido ganas de ver caras. Rápidamente me arrepiento de haber preferido el camino solitario. Un gran dolor apareció en mi pierna: un perro y todos sus dientes estaban en mi tobillo. Entre gritos y algunos tironeos logré apartarlo de mí. Como si no hubiese sido personal, el perro solo se alejó, tranquilo y coleando. Y yo estaba en el piso, llorando, ahora con un caminar evidentemente más anormal, temiendo por mi vida, por mis piernas: «¿Qué pasaría si el perro tiene rabia?» «¿Y si rompió algún tendón?» «¿Y si vuelve y me ataca otra vez?». Muchas preguntas pasaban por mi cabeza; pero, luego de un rato, cuando el dolor había bajado, la histeria también lo había hecho. Con todas mis fuerzas, más mentales que físicas, me puse de pie. La herida no era grave, pero al caminar el dolor se hacía muy presente. Pienso en qué hubiese sucedido si el camino elegido hubiera sido el otro, el de las personas enojadas y no el de perros rabiosos. Llego, por fin, a mi casa, ya coja. El portón de metal pesaba más que cualquier otro día. Miro hacia el frente: un camino de tierra, más que irregular, me miraba de vuelta. Parecía eterno.

Por no ir muy pendiente del camino, me acerqué de más a una gallina con sus pollos. La gallina no entendía que no la había visto porque mi atención estaba en mi dolor; ella solo vio una cosa gigante acercándose a sus crías. Abrió sus alas y en ese momento se me hizo enorme. Por segunda vez en el día un animal se lanzaba sobre mí. Esta vez recibí picoteos por montones. Afortunadamente, su ataque no duró mucho, y pronto pude seguir avanzando. Me volteé a mirarla. Me veía con unos ojos de furia eterna. Más allá paré, me apoyé en una conejera para ver mi tobillo, ya hinchado. No fue grande mi sorpresa sentir cómo tocaba la alfalfa sucia: mi mano estaba completamente decorada por desechos de conejo.

Entro, por fin, a mi casa. Me lavo las manos y me siento en el sillón. Al ver a mi mamá intento contarle lo que me pasó, pero mi nervioso relato se vio interrumpido por sus retos: mis zapatos estaban llenos de barro, el aseo recién hecho, y ella estaba cansada.

Que yo no hago nada, ni siquiera barro ni doblo mi ropa, y que mi pieza está desordenada, y un montón de cosas más. El barro no era el problema. Como siempre, preferí ignorarla. Entre un suspiro de cansancio y pensamientos sin sentido, el ruido de la tele llamó mi atención. Estaba puesto el Mega. «Beneficios de vivir en el campo: reduce el estrés, se vive mejor y se es más feliz».

EL MUERTO EN MEDIO DEL LIVING

He muerto. El día de ayer a las tres de la tarde, camino a mi trabajo, una micro me chocó. Morí de inmediato. Mis respiros no dieron tiempo para llamar a una ambulancia. No hubo tiempo para nada, ni siquiera para pensar en que moría. Hoy mi mamá prepara el velorio. La casa está llena de familiares: tíos que no veía desde niño y algunos que no conocía, primos chicos que desordenan toda la casa y son mandados a callar cada vez que preguntan cómo morí, o por qué la gente llora, o si solo estoy durmiendo.

A través del vidrio de mi cajón veo sus rostros. Silenciosamente se pelean por verme. Dicen que es por cariño, que me quieren y extrañarán demasiado. Pero sé que, al igual que los niños, a los adultos les gana la curiosidad y el morbo. Después del choque, mi cara y cuerpo no son los mismos. Si de todas formas este espantoso escenario hubiese ocurrido, desearía haber muerto de una forma más valiente, ayudando a los demás heridos. O como un egoísta: siendo el conductor imprudente de la micro. Así mis espectadores tendrían algo de qué hablar.

Las anécdotas de siempre se contaron, los canapés se mosquearon, los niños se durmieron, y la gente se dio cuenta de lo raro que es estar en la misma casa con un muerto. Así que mi velorio se acabó. Duró poco. Ojalá hubiese durado menos. Mi mamá, con sus años y sus manos temblorosas, se quedó sola en la casa, con un cajón en medio del living. Subió a su pieza. En su andar arrastrado y lento pude notar su dolor.

Al cerrar la puerta de su pieza escuché cómo ponía pestillo. ¿Tenía miedo, acaso? Si es así, yo también lo tenía. Tampoco quería

estar con un muerto. Ya llegado el día de mi funeral, toda la gente se volvió a reunir. Abrazaban a mi mamá, a mis hermanos, pero a mí nadie me abrazaba. El pasar de los días me hacía cada vez más muerto. De mí se desprendía un asqueroso olor. Me sentía como aquel perro atrapado en las vías del tren al que me dedicaba a observar cuando chico. Todo ocurrió. Tierra, tierra y más tierra.

Rasguñé el cajón hasta que mis débiles manos quedaron destruidas. Grité con todas las fuerzas de mi «no-alma», pero tuve que acostumbrarme a sentir los gusanos comiendo de mi carne. Mi mamá venía de visita. Al principio venía todos los domingos, luego solo algunos. Un día algo ocurrió y me llevó a casa consigo. Ella no lo sabía, pero yo caminaba detrás de su sombra. La acompañé en el metro, a comprar pan, y luego crucé la puerta de siempre. Desde ese día jamás me fui. Podía ver a mi mamá siempre, dormir en mi cama y recorrer mi casa. Pero a ella no le gustaba. No me veía, pero el tiempo le hizo saber que yo estaba ahí. Creo que tal vez la muerte me hizo niño, porque todas las noches me acercaba a su puerta y la llamaba. Ella nunca abrió. En las madrugadas frías le pedía que viniera a acompañarme a mi cama. Nunca venía.

Una de las muchas veces en las que me encontraba afuera de su pieza esperando a que me abriera, susurrando su nombre, recibí respuesta. Lo pensé cientos de veces, de mil formas diferentes, pero nunca pasó por mi cabeza que lo primero que ella haría sería mandarme a callar. A eso le siguieron insultos y palabras que mi mamá jamás me diría.

Querida mamá, si algún día esta servilleta con palabras irracionales llega a tus manos, tú no lo sabes; pero cada domingo yo escuché todas tus palabras, hasta las que nunca dijiste. Desde mi estrecha tumba escuchaba tus rezos para que yo volviera. ¿Por qué ahora que estoy contigo no me quieres? Debo confesar que te lloré como un niño. ¿Acaso ya no tienes nada más que entregarme? Creo que se me ha olvidado todo lo que me enseñaste, así que abre la puerta y acepta a tu hijo muerto. Mientras no lo hagas, yo seguiré sentado en los

pasillos de la casa contándote cómo está el día afuera, qué animales encontré en las nubes; preguntándote qué cocinarás mañana, o si quieres más a mis hermanos que a mí. Si me ves por ahí, mamá, deja el temor de lado y abrázame. Sé que lo extrañas.

RESTAURANTE DE LUCES FRÍAS

Ocho de la mañana y Luisa se encuentra en su trabajo como reponedora de un supermercado. Entró saludando al guardia, quien no le respondió. Torpemente ordenaba productos mientras en su mente pasaba una y otra vez el recordatorio ansioso de lo que ocurriría en la tarde: tiene una cita a las siete. «Siete, siete...», se decía Luisa para sí misma, aunque puede que lo haya dicho en voz alta, porque de inmediato recibió una mirada desagradable de un cliente. A las una de la tarde Luisa debía almorzar, pero no lo hizo. Se encontraba tan nerviosa por su cita que decidió seguir trabajando. «¿La ropa que elegí estará bien?» «¿De qué hablaremos?» «Siete, siete...». Solo lograba concentrarse en eso. No era raro en ella ser distraída, pero ese día había un exceso de torpeza. Iba por los pasillos chocando con la gente y los productos se le caían de las manos. Pasó casi todo el día en la bodega.

Seis en punto y Luisa intentaba marcar su salida. Los múltiples e inútiles intentos la hacían enfurecer. Llegó otro trabajador un poco más joven que ella. «Señora, este lugar es solo para empleados. Le pido que por favor se retire». Ese comentario, dicho por una persona aparentemente nueva —ya que jamás la había visto—, le hizo colapsar por completo. Aquel día, cuando su estrés era demasiado, pareciera ser que todos querían hacerla sentir mal. Sin ni siquiera responder se fue, enojada. Al salir, el guardia quiso hablar con ella. Con la poca paciencia que le quedaba, Luisa abrió su cartera y se la mostró. Todos los trabajadores debían hacerlo. El guardia observó el contenido de la mochila más que otros días. Quiso decir algo, pero solo la miró extrañado.

Siete de la tarde, con tal vez algunos minutos de retraso, y Luisa entraba al lugar de encuentro, hermosa y sonriente. La felicidad la desbordaba. Tomó una mesa y esperó ansiosamente los pocos minutos que faltaban para las siete. Por fin podría encontrarse con su cita. Pensó que con unas copas y buena compañía el mal día pasaría como uno más. A la llegada de su acompañante nada se sentía correcto. Él era muy sonriente, pero no simpático. El saludo fue formal y frío, rutinario. Comenzaron a revisar la carta. Por medio de los espirales del cuadernillo que reunían los platos y bebestibles disponibles, ella lograba ver a aquel hombre. Tenía una expresión rara: preocupado, tal vez. «¿Por qué estaría preocupado al leer la carta? ¿Dónde me vine a meter ahora?». A pesar del ambiente anormal para una cita, hizo el esfuerzo:

—¿Qué hiciste hoy, Luisa? ¿Cómo estuvo tu día?

—Trabajé, trabajé como siempre. Nada especial.

Ella no quería infestar aún más la cita, así que no contó cómo estuvo su día realmente. Lo quería intentar. Un silencio se partió entre los dos y él la miró con la misma preocupación con la que miraba el menú.

—¿Lasaña o pasta? —preguntó Luisa, quien, a diferencia del hombre, lo intentaba.

—Luisa, ya habíamos hablado sobre esto. No puedes volver al supermercado; tú ya no trabajas ahí.

—¿Disculpa? —dijo como queriendo reír, pero no comprendía nada. Este hombre era tan extraño. Era primera vez que se veían ¿Qué sabía él de ella?

—Creo que debo irme.

—Luisa, ¿se encuentra bien?

El hombre tomó su brazo y comenzó a acercarse. Luisa se encontraba totalmente confundida y asustada. Sentía como si el hombre hablara con alguien más. Lo veía como a un loco, pero al mismo tiempo ella se sentía uno también.

—Dígame, ¿en qué año estamos? ¿Hoy es miércoles o jueves?

Luisa intentó que el hombre soltara su brazo. Temía por su vida y no paraba de pensar en cuántas veces había visto tragedias comenzar así en las noticias. Al darse cuenta del miedo en ella, el hombre la soltó.

—Señora, usted misma vio el reporte de psiquiatría. Esto no es solo estrés.

Su cuerpo comenzó a sentirse igual que su mente. Las palabras se volvieron distantes y lejanas, como borrosas, pero aun así fue capaz de distinguir su sentencia. «Creemos que puede ser Alzheimer. Debemos hacer pruebas, pero probablemente está avanzado. ¿Tiene a quién llamar?».

Luisa se sentó. Dejó de intentarlo.

ANTONELLA BELLO

¿FUI YO?

Siempre fui un niño amado. Desde que tengo memoria mis padres me adoraban. Estaba acostumbrado a esos «te amo, Darío», sobre todo con mamá. Ella siempre hacía lo posible para que yo no tuviera algún episodio de estrés. Me daba lo necesario para vivir sin problema alguno, como mis pastillas para regularme por mi TDAH. Toda mi vida era perfecta, pero se vino abajo cuando cumplí catorce años. Ese día mis padres salieron a comprarme el pastel que tanto les pedí, pero desafortunadamente tuvieron un accidente de auto en el cual mi madre falleció. La mujer a la que más amaba había muerto, pero eso no fue lo peor: mi padre empezó a culparme por el accidente. Al fin y al cabo, yo les pedí que fueran a esa tienda. Como diría él: «De todas las putas tiendas que existen, tenías que escoger la que se encontraba a la mierda, en vez de escoger la que tenemos al lado. Si no fuera por tu maldito capricho, mi mujer, el amor de mi vida, seguiría viva». Y creo que la mayoría de las personas responderían ante eso; pero yo nunca había pasado por una situación así. Y cabe resaltar que mi padre vivía borracho después del accidente. Así que un día me escapé. Amaba mi vida; pero, ya saben, mi vida primero antes que todo eso.

Un año transcurrió. Todo era un caos. Mi padre pasaba en la comisaría y yo tenía riesgos de caer en adopción. Luego transcurrió otro año. Acababa de cumplir mis dieciséis cuando mi padre tuvo

un episodio peor a los anteriores. Ese día él estaba drogado y borracho. No aguanté y discutimos. Él, ya harto de escucharme, me jaló del brazo y me subió al auto. Sinceramente, creo que también me drogó, porque no recuerdo todo lo que sucedió, solo imágenes muy bizarras. Lo único que sé es que desperté a mitad de noche en un bosque sin salida. Lloré, grité, volví a llorar y volví a gritar, pero nadie me escuchó. A nadie le importaba qué pasaría conmigo. Aunque estoy mintiendo, esa noche alguien me escuchó, esa noche alguien se acercó, alguien me tocó. Mentiría si digo que me defendí. Juro que lo intenté, pero aún seguía lo suficientemente drogado como para moverme de buena manera. Solo podía gritar. Solo podía llorar. Nunca más dejé que alguien se acercara. Nunca pude volver a medir mi fuerza o ser el que era. Mi padre maltratador y esa persona arruinaron mi vida, porque no solo me tocó; me convirtió en un adefesio, en un ser con alas negras, como un maldito demonio, un ser pálido de ojos negros. Desde mi refugio en lo alto de un árbol solía ver la ciudad; pero el mundo, el paisaje que veía, parecía tan lejano, como si una barrera invisible me impidiera volver a pertenecer a él.

Una noche me buscaron. Esa noche muchas personas de negro con linternas me llamaban y yo no pude acercarme. Mi propio instinto de depredador y de supervivencia me hacían matar a cada persona que estuviera lo suficientemente cerca como para herirme, como aquellas otras personas lo hicieron. Debo admitir que lo que me hizo cambiar y volver a ser «humano» fue ella; aunque nunca seré humano del todo, o al menos ese chico que solía ser, pero sí una mejor persona. Cuando la conocí debí tener diecinueve, más o menos. Recuerdo la primera noche que la vi. Como de costumbre, me encontraba en una secuoya gigante. Cuando bajé para ir en busca de agua vi la sombra de una mujer. Era baja, tal vez de 1.47 metros; pero era demasiado flaca, así que pensé que era una niña pequeña y me acerqué para ver si estaba perdida, pues aunque odiaba a los adultos por su inmadurez y agresividad, no podía permitir que una niña anduviera por ahí, y mucho menos en un bosque tan peligroso.

Me acerqué hasta tenerla casi frente de mí, pero cuando ella me vio mi corazón se aceleró como nunca. No era una niña; debía rondar los veintidós o veintiún años. Tenía unos ojos verdes tan lindos que parecían dos esmeraldas iluminadas por la bella luz de la luna, un pelo ondulado como el viento y un cuerpo tan parecido a una guitarra que no pude evitar perderme en mis pensamientos hasta que me gritó: «¿Quién eres? O mejor dicho: ¿qué eres?». Creí que correría, pero no sucedió, así que no pude evitar tocar su cara. Cuando lo hice, usé más fuerza de la necesaria, por lo que ella se apartó. Aun así, no corrió. Me miró con tanta curiosidad que no pude evitar sentir nerviosismo. Llevaba más de tres años sin acercarme a una persona, pero esta vez se sentía extrañamente familiar. Con el tiempo esta chica se acercaba más y más. Me visitaba cada vez más a menudo, así que un día decidí invitarla a mi árbol. Claro, no consideré que era humana, por lo que la tomé de la cintura y la llevé conmigo. Creo que desde la última vez que vi a mi madre que no tenía tanta cercanía con una mujer o, mejor dicho, con una persona. Me acostumbré tanto a su tacto que podría decir que mi lugar favorito eran esos dos bellos brazos. Me daba tanto miedo lastimarla que debía contenerme cada vez que la veía, pues me invadían las ganas de abrazarla tan fuerte que podría haberle roto los huesos. Una noche, se durmió junto a mí. Me perdí viendo su carita. Cuando despertó, yo estaba a centímetros de su boca. Me besó. Fue un golpe tan fuerte para mí que me descontrolé y la abracé tan fuerte que pude haber jurado que la rompí, pero no fue así. No sé cómo, pero estaba intacta. Incluso me besó otra vez. Esa fue la noche más linda del mundo.

Un día, ella vino corriendo. Gritaba y gritaba sin parar, pero yo no entendía qué sucedía. Solo veía cómo un grupo de hombres con armas corrían detrás de ella. Empezaba a descontrolarme. Sentía mi cabeza latir, y cómo la respiración se me cortaba poco a poco, hasta que ya no supe qué pasó. Vi sangre salpicar y salpicar, pero no de dónde prevenía. Escuchaba los gritos de súplicas, pero no logré darme cuenta de lo que sucedía hasta que por fin mi cabeza dejó de

latir y vi mis manos llenas de sangre, sangre que no era mía. Apenas caí en cuenta de que había matado a todos esos hombres. Me di la vuelta para ver el estado de «mi» mujer, la mujer que me amaba, pero lo único que vi fue un cuerpo en el piso. Estaba lleno de sangre. Era un cuerpo totalmente irreconocible. Ese día lloré con la mujer que amaba en mis brazos sin lograr entender si todo eso lo había hecho yo. ¿Cómo fui capaz de matarla? No, es imposible que yo haya hecho esto, ¿no?

Vuelta al inicio

Debo confesar que en realidad no fue así, que en realidad él nunca tuvo TDAH. Eso fue un invento de su madre para no tener que darle explicaciones sobre las pastillas, o del por qué no debía sufrir mucho estrés o traumas. Él tenía más probabilidad de sufrir algo llamado «trastorno de identidad disociativo». Eso se debía producto de diversos factores, así que la única opción que tenía era medicarlo, para que este nunca detonara, aunque de vez en cuando se enojaba y no recordaba lo que hacía. El día en que llegó al bosque, lo que en realidad sucedió fue que cuando discutió con su papá, este lo obligó a entrar al auto para llevarlo a un manicomio. Él le confesó todo en ese auto y, como para Darío fue algo tan impactante y estresante, sufrió su primer episodio. Durante un forcejeo perdieron el control del auto y chocaron de frente con un roble inmensamente grande. El papá intentó hacerlo entrar en razón, pero cuando lo agarró con fuerza del brazo, tal vez más de la necesaria, Darío no pudo evitar entrar en pánico, por lo que pelearon. Darío mató a su propio padre a golpes, pero aun así no reaccionó. Él simplemente agarró a su padre y lo enterró en lo más profundo del bosque, como si fuera un simple gato o un perro que lamentablemente falleció. Despertó a mitad de noche con la tumba de su padre a la izquierda. No sabía que era una tumba; simplemente vio un montón de tierra con unas plantas en-

terradas ahí, como si alguien quisiera que hubiera más flora. Seguía cansado. Estaba lleno de heridas por la pelea anterior. Creía estar drogado, pero no: era producto del adormecimiento por los moretones. Estaba hundido en sus pensamientos cuando ese algo o, mejor dicho, alguien se le acercó, se subió sobre él y le robó su humanidad junto con la pureza de su alma. Él intentó moverse para defenderse, pero sus heridas no se lo permitieron. Ese alguien era una chica, una chica tan bella que podría estar con el chico que ella deseara, pero nadie le interesó. Nadie le gustó hasta esa noche, la noche donde cometería un pecado.

Ella estuvo encarcelada por tres años sin poder ver a ese chico o a otro ser. Cuando por fin tuvo la oportunidad de salir, fue en busca de él; de ese chico tan lindo que, aunque no sabía cuál era su nombre, sabía que quería estar con él por el resto de su vida. Con miedo se acercó sin que él se diera cuenta. Se perdió en sus ojos café oscuro tal como él se perdió en los suyos. Eran tan iguales, pero tan distintos a la vez. Se notaba la conexión que tenían, tal vez porque eran de la misma especie o tal vez porque ella fue quien robó su alma. Él nunca sabría lo que ella hizo ni que eran de la misma especie, y ella se encargaría de ello solo que, como él, no sabía lo que ocultaba. Unas horas antes de esa noche en la que perdería la vida, ella decidió hacerle un regalo al chico; pues, aunque él no hablara mucho de su vida en la ciudad, sabía que si le llevaba algún objeto de allá él se sentiría muy feliz. Así, inició su viaje; pero, desafortunadamente, aquellos hombres de la ciudad habían cambiado. En esos tres años de encierro, ellos ya sabían de la existencia de los vampiros, por lo que estaban listos para el día en los que ellos quisieran entrar en su mundo. Apenas se percataron de la presencia de la chica, fueron detrás de ella. La siguieron hasta el bosque. Estaba aterrada. No tenía forma de protegerse, pues le habían quitado sus habilidades. Lo único que mantenía era su resistencia y parte de su velocidad, por lo cual ella solo gritaba sin parar con la pequeña esperanza de encontrarse con aquel chico. El chico, al verla en peligro a ella y a miles de humanos,

empezó a entrar en crisis. Llevaba años sin ver a un humano, así que sufrió una de sus crisis más grandes. Se volvió ese chico que atacó a su propio padre, por lo cual se olvidó de lo especial que era la chica para él, y atacó a todos. A la chica le enterró sus garras en el estómago, perforándola de gravedad, dejando que se desangrara mientras él desollaba a todo hombre que se encontraba allí. Él no quería que esos hombres se acercaran a él, así que, a medida que ellos se acercaban, él los mataba.

Cuando por fin reaccionó, la chica estaba perdiendo la conciencia. Se apresuró para ir a tomarla en sus brazos y ver qué sucedía, pero ya era muy tarde. Cuando llegó a su lado, ella dijo sus últimas palabras: «Perdón por convertirme en esto», y con sus ojos llorosos dio su último aliento.

Volviendo a la actualidad

Ya pasaron cinco años desde ese accidente y por fin logro entender sus últimas palabras, por fin logro entender mi comportamiento y mis lagunas mentales. Después de ocho años viviendo en este bosque, la única cercanía que tuve con alguien pasó hace cinco años, pero ahora la tenía de frente, con una figura tan similar a la de esa chica. Nunca he vuelto a recordar su nombre. Siempre lo intenté, pero nunca puedo. Esta mujer debe tener aproximadamente sesenta años, aunque parece de treinta. No logro entender el por qué.

—Tengo cincuenta y cinco años, para tu información; y sí, me parezco mucho a ella porque es mi hija —dijo la mujer.

—Pero ¿cómo? —respondí.

—¿Cómo leo la mente? Pues es mi poder, claro. Tú no conoces el tuyo. Perdón por tardar tantos años. Debía asegurarme de que fuiste la última persona en ver a mi niña. Iré al grano: tienes tiempo, ¿no? Tengo mucho que contarte.

—¿Sobre ella? Nunca había conocido a un familiar de ella, pues no me contaba mucho.

—Sí, pero también sobre ti.

La verdad quedé desconcertado ¿Por qué ella sabría algo de mí?

—Está bien, cuéntame —accedí.

—Primero partiré por lo que sé de ti. Cuando mi hija me habló de tu existencia, te investigué de manera profunda. Sufres pérdidas de memoria, ¿no?

¿Por qué sabe eso de mí? Nunca hablé con ella de eso. ¿Por qué su mamá lo sabe?

—Sí, pero ¿cómo es que...?

—Lo que pasa es que en tu historial médico dice que tienes más probabilidades de sufrir trastorno de identidad disociativo, así que te solían medicar. Pero te mintieron: te dijeron que tenías TDAH, pero en realidad nunca lo sufriste. Tu padre no te abandonó en este bosque. Él te iba a llevar a un manicomio. Como discutieron, te estresaste y, como nunca más volviste a tomar pastillas desde lo de tu mamá, algo detonó en ti y pelearon. Lamentablemente, asesinaste a tu padre en este bosque, pero no fue tu yo de ahora; fue tu otra personalidad, tu otro yo.

—Esto debe ser una broma porque, si no, todo lo que he creído respecto a él y de mi vida en realidad no fue así y tan solo sería una mentira. ¿Yo soy el responsable de todo, el verdadero culpable?

—¿Recuerdas esa noche cuando vinieron hombres de negro con linternas?

—Sí. Ya lo había olvidado. Ese día me asusté mucho.

—Ellos venían a buscarte a ti y a tu padre, pero tú los mataste. Ellos creyeron que fue un oso, por lo cual decidieron cerrar el bosque.

—Es demasiada información que no puedo digerir. Esto sinceramente es difícil de creer.

—Ya sabiendo esto, te contaré de ella. No era humana; era como tú o como yo. El motivo por el cual me veo más joven es por-

que viví lo mismo que tú a mis treinta años, con la diferencia de que tenía mi consentimiento. En tu caso fue un pecado. En tu caso, mi hija cometió un pecado contigo. Ella vivió encerrada tres años por sus actos, pero en esos tres años lo único que quería era verte. Ella en serio te amaba con el corazón; pero se dejó llevar por su instinto, pues no pudo contenerse ante ti.

—Eso tiene tanto sentido. Por eso ese día no le rompí los huesos. Por eso ella toleraba mi tacto, pero ¿soy lo que soy por ella? ¿Cómo murió? No la maté, ¿o sí? —respondí. —Por favor, di que no. Por favor, dime que no soy esto por su culpa. No quiero odiarla, pero la verdad es que odio ser así. Nunca quise esto.

—Primero, sí, eres esto porque ella te deseó. Segundo, sí, la mataste tú; pero, ya sabes, no el tú de ahora, sino que tu otro yo. El miedo y la ansiedad que sentiste en ese momento generó que tuvieras un episodio y, como no la reconociste, simplemente acabaste con ella. Le enterraste tus garras para luego acabar con el resto de los hombres.

—No puedo creerlo. Maté a la mujer de mis sueños con mis propias manos. Yo fui el responsable de que sufriera tanto, y ella ni siquiera entendía el porqué. Tal vez se lo merecía. Después de todo, ella me terminó de joder la vida. No, no puedo odiarla, no puedo decir que ella se lo merecía. Ella me hizo tan feliz, después de todo. ¿Por qué? ¿Por qué tenías que convertirme en esto?

—Sé que es duro asumirlo, pero es la verdad. Estoy segura de que ella no se arrepentiría de vivirlo con tal de que estuvieses a su lado —comentó.

—Pero ¿por qué me lo cuentas ahora? ¿Por qué esperar hasta este momento para decírmelo? —pregunté.

—Porque ella me dio indicaciones claras de que, si moría, te contara tiempo después. Ella sabía que después de esto estarías mal, y no quería que sufieras más mientras estuvieras en duelo. Créeme que ella te lo quería contar, créeme que ella en serio te amó, tal vez más de lo que ella misma se amó.

—¿Cómo podría estar seguro de ello? La lastimé tanto. No merezco haber compartido parte de mi vida con ella, pero a la vez me dañó. ¿Qué debo pensar en estos momentos?

—No es necesario que pienses algo. Asímelo, digiérelo. Sé que ella te amó, te ama y te amará en donde sea que esté.

—No lo creo, no creo que ella me ame o me amará. Soy una mierda, después de todo.

Una semana después

Cariño, lo siento. Perdón por hacerte sufrir. Perdón por no decirte todo lo que sentía. Perdón por todo. Nunca quise herirte y no puedo aguantar esto. Nunca te olvidé, pero el dolor era menor y ya no lo soporto. Volvió tu recuerdo para destrozarme y arrebatarme mi tranquilidad, para volverme un caos, así que también perdón por lo que haré. Perdón, pero necesito verte otra vez, necesito tenerte a mi lado y pedirte disculpas mirándote a los ojos. También necesito una explicación. Necesito oír tu voz, aunque sea una vez más.

Te amo. Te amo desde el primer segundo que te vi y, aunque sentí desprecio cuando me enteré de lo que hiciste, no pude evitar perdonarte, porque de igual forma no me resisto ante ti. Ese tiempo a tu lado me hizo muy feliz. Pude sentir lo que era ser amado una vez más.

Adiós, vida. Adiós, pensamientos. Adiós, sentimientos. Hola, cariño mío.

ALEXIA CARO

EL HOTEL

Intro

Esta historia comienza cuando Abbie y Dante, quienes llevaban unos meses saliendo, deciden crear una empresa donde cuidan lugares por un tiempo. Les habían hecho una oferta para cuidar un hotel que estaba lejos, a las afueras de la ciudad. Aunque era la primera vez que escuchaban sobre este hotel, aceptaron. El hotel no recibía huéspedes en la temporada de invierno. Por eso ellos irían a cuidarlo durante ese tiempo. Ambos estaban nerviosos porque era la primera vez que cuidaban un lugar tan grande y lujoso. A pesar de los nervios, lograron mantenerse calmados hasta que llegó el día del viaje. El trayecto duraría alrededor de cuatro horas por la lejanía del hotel, así que Abbie, aficionada de la fotografía, decidió llevar la cámara que su madre le había regalado para poder captar todos los paisajes y vistas que tuvieran durante este viaje. No tardaron mucho subiendo su equipaje al auto, por lo que pudieron partir a buena hora. Según como lo habían planeado, lograrían llegar al hotel al atardecer. Mientras Dante conducía, Abbie se esmeraba tomando fotos de esa nueva experiencia que vivían. Ambos eran amantes de la música y del horror, por lo que se complementaban muy bien. Abbie había tomado el teléfono para cambiar la canción que sonaba

en el auto, pero de repente le llega un mensaje, el cual abre nerviosa al ver que se trataba de una foto. Decide decirle a Dante sobre esta situación antes de abrirla.

—Dante, me acaba de llegar un mensaje de alguien desconocido y es una foto. ¿Debería abrirlas?

Dante, confundido por lo que su novia le había dicho, tomó el teléfono y abrió la foto sin pensarlo. Una mirada de horror se vio reflejada en la cara de Dante, que lo hizo detener el auto en una gasolinera que estaba cerca, para observar y contarle a Abbie lo que contenía la foto. Temblando de miedo al ver que más fotos llegaban, le mostró a Abbie que en estas fotos ellos son la principal atracción, ya que en estas se podía ver a la pareja haciendo distintas actividades esa misma mañana. Abbie le comentó a Dante: «No podemos parar hasta llegar al hotel». Así fue como, según lo planeado, siguieron su viaje con una vibra más pesada. Al llegar al hotel, ya al atardecer, Abbie sacó su cámara en seguida, fotografiando el gran laberinto de arbustos en el jardín del hotel. Luego Dante se encargó de bajar las maletas del auto, mientras Abbie conversaba con el dueño del hotel:

—Me presento: soy Abraham, el dueño del hotel. Es un placer tenerlos aquí —dijo el anciano, que debía tener alrededor de setenta y cinco años. Le ofreció su mano cordialmente a Abbie para saludarla. Abbie estrechó su mano y se presentó igualmente.

—El placer es nuestro, señor. Nosotros somos los cuidadores que contrataron para el lugar.

Luego de este cordial saludo, Abbie notó cómo los empleados llevaban sus cosas a sus habitaciones, mientras el señor Abraham les dio un pequeño tour por el lugar. Dante se fijó en la sala del hotel y supo de inmediato que pasaría mucho más tiempo de lo que pensaba en ese lugar, ya que él hacía pequeñas reseñas para los dueños de los lugares que cuidaban, donde comentaba sobre su estadía en el lugar y sobre los detalles a los cuales deberían prestarle atención. El señor Abraham terminó de guiar a la pareja por el hotel y de darles las respectivas indicaciones de lo que debían hacer allí y se retiró. Abbie

le mostró a Dante la fotografía que había tomado del androide que estaba en el bar. Ambos estaban asombrados del aspecto tan humano del robot, ya que, si no fuera porque tenía ruedas para moverse detrás de la barra, no era posible darse cuenta de ello. También vieron lo precioso que se veía el laberinto en la foto, y decidieron que esa la pondrían en la reseña de Dante. Luego de unas horas, cuando el sol ya se había ido por completo y la noche se hacía presente, el ruido del teléfono de la recepción hizo que Abbie y Dante se sobresaltaran. Ambos se dirigieron hacia el teléfono, y Abbie lo respondió:

—Sí, hola. ¿Quién habla?

Al otro lado de la línea se escuchó una respiración grave.

—Hola, Abbie —habló finalmente una voz robótica, que hizo que un escalofrío recorriera su espalda. Dante, quien estaba parado al lado de ella, confundido por la reacción de su novia, tomó el teléfono y respondió:

—Hola. ¿Con quién hablo?

Una voz le respondió con una voz siniestra:

—No necesitas saber quién soy, sino que deberías saber dónde estoy.

Dante soltó un grito ahogado y colgó. Se giró hacia Abbie y le dijo que buscara algo para defenderse, pero no sabía que Abbie ya había empacado una pistola y municiones en caso de que necesitaran recargarla. Luego de unos minutos, Abbie y Dante se encontraban en la recepción, frente al teléfono, esperando a que llamaran de nuevo, cosa que sucedió más rápido de lo que imaginaban. Ambos se miraron, y esta vez pusieron la llamada en altavoz.

—Esperaban mi llamado —dijo aquella voz terrorífica.

—Sí. ¿Qué quieres? —contestó Abbie, ya un poco más desesperada, diciéndole a Dante que él se quedara hablando por teléfono mientras ella iría a revisar de dónde provenía el ruido que había escuchado. Dante, no muy convencido, aceptó y dejó que se fuera. Abbie subió al segundo piso, de donde provenía el ruido, y se dio cuenta de que, al final del pasillo, al frente del elevador, había una figura

vestida con una túnica negra, sin rostro y con unas botas negras. Asustada, apuntó a la figura con la pistola, pero la figura sin rostro solamente se giró para presionar el botón del elevador, provocando que las puertas se abrieran y que una cascada de un líquido similar a la sangre comenzara a brotar y a llenar el pasillo hasta llegar a Abbie, quien no pudo hacer nada, ya que el líquido la arrastró escaleras abajo e hizo que se pegara en la cabeza, quedando inconsciente en el acto.

Dante

Decidí aceptar lo que Abbie me dijo y me quedé hablando con esa voz al teléfono.

—Dante, quiero jugar un juego —mencionó la voz.

Al oír eso, todo mi cuerpo se erizó, sin saber que lo peor estaba por venir.

—¿Qué clase de juego? —pregunté.

La voz rio. Sabía de la existencia de esta clase de psicópatas por las películas que Abbie y yo disfrutábamos tanto ver, pero jamás imaginé que lo viviría en carne propia. Acepté el juego del psicópata al teléfono. Antes de jugar me mencionó que, si contestaba bien, moriría, y que si me equivocaba moriría igualmente, cosa que me pareció absurda, pero en el momento no lo asimilé bien. Seguí las instrucciones del juego y llegué al laberinto del jardín, donde aquella voz me había dicho que le encontraría. Al llegar, me di cuenta de lo grande que era y lo fácil que sería perderse allí, lo que me hizo sentir pequeño. Pero una sensación de fascinación me consumió a la vez. Logré llegar al último juego, donde vi que había una máscara que era una especie de trampa para osos, pero al revés. Esto me dio un escalofrío, pero mi miedo aumentó aún más cuando escuché la cinta que estaba al lado de aquella máscara. La cinta decía: «Hola, Dante. Felicitaciones por llegar hasta aquí. Esta es la última prueba,

en donde veremos si el amor por tu novia es mayor que el amor que te tienes a ti mismo». La voz en la grabadora me dijo que tenía que elegir entre colocarme la máscara y dejar que Abbie viviera, o ponerle la máscara a Abbie y vivir yo. Ambas ideas hicieron que mi estómago se revoliera. En ese instante, cuando estaba a punto de acercarme a la máscara, escuché gritar a Abbie. Corrí lo más rápido que pude hasta que la encontré en el suelo, llena de sangre e inconsciente. Me asusté mucho ya que, al levantar la mirada hacia las escaleras, vi una figura con una túnica negra y sin rostro. Le quité la pistola a Abbie y le apunté; pero, cuando disparé en su contra, esta desapareció sin dejar rastro alguno, por lo que me apresuré en llevar a Abbie al sofá y recostarla ahí. El teléfono sonó otra vez y corrí a él.

—¿Qué le hiciste, maldito psicópata?!

Al otro lado de la línea pude escuchar el asombro del señor Abraham por mi respuesta. Me preguntó qué me había pasado y le conté todo llorando y preocupado por Abbie, pero el señor Abraham simplemente me dijo:

—Veo que ya conocieron a sus nuevos acompañantes.

Asustado y confundido, le dije que a qué se refería y me contó la trágica historia del lugar.

Abraham

Cuando mi mejor amiga y compañera de aventuras me anunció que estaba embarazada, di un salto de alegría, la abracé y le dije que todo estaría bien. Ella estaba muy triste porque tendría que cuidar a su hija sola, pero yo le dejé en claro que eso no sería así, que yo la ayudaría. Y así pasaron los años hasta que Abigail, la pequeña niña que adoraba como si fuera mi hija, cumplió seis años. Decidimos con Astrid, su madre, que iríamos a un hotel donde había un laberinto —y que a Abigail le había encantado— para celebrar su cumpleaños. Cuando llegamos, sentí una vibra rara; pero no lo

mentoné, porque pensé que no era de mayor importancia. Pasaron dos días y ya no podía con la voz que me atormentaba. Era la voz de un hombre que me decía que matara a todos y que todos estaban en mi contra. Al tercer día de nuestra estadía allí, no pude controlar el impulso de obedecer a la voz, por lo que fui a un mueble del bar y busqué la pistola que la voz me había dicho que encontraría. Disparos, sangre, un olor a cobre y gritos de gente era todo lo que podía ver y escuchar. De un momento a otro, no podía oír nada más que las súplicas de Abigail pidiéndome que no le hiciera daño, pero yo no controlaba mi cuerpo y le disparé. No supe qué pasó con ella. Me quedé allí, entre los cuerpos, por un momento, hasta que logré recuperar bien el control. La sensación de sangre caliente sobre mi ropa era increíble. Escuchaba cómo todos los cadáveres se retorcían en sus últimos suspiros. Decidí que escaparía por la mañana sin dejar rastro y que empezaría mi vida desde cero, y así lo hice. Tuve un hijo y un nieto a quienes adoro, pero también tengo mi pasado.

Actualidad

Cuando Abbie despertó, vio a Dante al teléfono. Estaba pálido y con una mirada perdida.

—¿Qué pasa? —le susurró Abbie, tomando la pistola que había dejado en el escritorio para guardarla.

Dante se giró hacia ella y la golpeó con el teléfono en la cabeza, provocando que Abbie cayera al suelo inconsciente. Aprovechó esto para cargarla y atarla a una silla, y se sentó en el sofá frente a ella. Los minutos pasaron hasta que despertó, sorprendida de ver a Dante y al señor Abraham conversando tranquilamente, como si nada extraño pasara. Ambos caballeros tuvieron que interrumpir su charla cuando vieron que la chica había despertado.

—Hola, dormilona. ¿Qué tal la siesta? —dijo el señor Abraham, quien se había parado frente a Abbie, sujetando su cara con

fuerza y dejando algunas marcas en la cara de la chica. Abbie intentó forcejear, pero fue inútil.

Abbie y Dante llevaban tres meses juntos como pareja, pero se conocían desde hace un año. A Abbie siempre se le hizo extraño que su novio jamás hablara de su familia y que evitara el tema a toda costa. Con los ojos hinchados de tanto llorar, había recordado ese detalle. Unas risas macabras la sacaron de sus pensamientos e hicieron que un escalofrío recorriera su espalda. Asustada, les dijo a sus captores:

—Díganme la verdad ahora. ¿Quiénes son ustedes?

Ambos caballeros se miraron con una sonrisa victoriosa en sus rostros. Pasaron unos segundos y Dante habló:

—Mi princesa, hay un pequeño detalle sobre mí que no te conté.

Abbie intentó mantenerse serena, pero no lo consiguió, menos frente a lo que su novio le iba a contar.

Dante

A Abbie la había conocido hace un año, pero solamente llevábamos unos meses siendo pareja. Yo la adoraba, no por su belleza, sino porque había sido una presa fácil de cazar. Mi abuelo Abraham era el famosísimo «dueño» del hotel donde unas de las peores masacres del siglo tuvieron lugar. Yo a mi abuelo lo adoraba, incluso después de que me confesara que él había cometido el crimen más sombrío y perfecto de la historia en aquel lugar. Ese crimen era la masacre que había ocurrido en el hotel. Yo, sorprendido porque jamás habían atrapado al culpable de ese crimen, además de que este fuera mi abuelo, tomé la decisión de cometer un crimen jamás antes visto al igual que él.

Actualidad, en el hotel

Abbie escuchó atentamente cómo Dante le contaba que su abuelo era el responsable de aquel crimen y no dijo nada. Solamente escuchaba. Al ver la reacción de Abbie, ambos caballeros se perdieron en su conversación. Las risas de ambos resonaban tenebrosamente con el eco del lugar. Ella, aprovechando que los dos psicópatas estaban tan ocupados en su conversación, comenzó a cortar la cuerda que la amarraba y se levantó de la silla discretamente para dirigirse al patio. Asustada, corrió hasta llegar a un lugar donde había un teléfono. Lo tomó y marcó al lobby del hotel. Los hombres se dirigieron al teléfono luego de notar que Abbie ya no estaba.

—Hola, caballeros —dijo una voz misteriosa al otro lado de la línea. Los dos locos se miraron y Dante dijo:

—¿Quién eres?

Una carcajada macabra se escuchó en el teléfono, para luego escucharse la voz de Abbie diciendo:

—La verdadera pregunta es: ¿dónde estoy?

Dante pensó un segundo en dónde podría haberse escondido Abbie, cosa que se interrumpió por el sonido del teléfono. Esta vez contestó Abraham. Un grito de rabia resonó en todo el hotel. Abraham estaba muy enojado por lo que escuchó en el teléfono. Luego de cortar la llamada, le dijo a Dante que lo siguiera, que él sabía dónde se había escondido Abbie: en el laberinto del jardín. Ambos corrieron al lugar y, al llegar, escucharon unos ruidos, cosa que provocó aún más la sed de sangre de los dos psicópatas. Gritaron el nombre de Abbie y ella les respondía haciendo ruidos, por lo que esto ahora era un juego de vida o muerte. Abbie logró engañarlos, quedando ante las espaldas de sus captores, a quienes les dijo:

—¿Qué tal, muchachos? ¿Les gustó el jueguito? Bueno, esto se acaba ahora.

Al segundo de que esas palabras dejaron la boca de la chica, les disparó a ambos hombres en las piernas, haciendo que cayeran arrodillados ante ella.

Abbie

Mi mamá, una mujer hermosa y protectora, cuyo nombre es Abigail, para su cumpleaños número seis, su madre y el hombre que consideraba su padre decidieron que la llevarían a un hotel, donde allí había un laberinto que le fascinaba y veía todos los días en televisión. El primer día de su estadía allí fue hermoso. Habían comido y celebrado mucho, pero lo que más recuerda mi mamá es que la habían llevado a recorrer el laberinto, lugar con el que había soñado muchas veces. Al volver al hotel ese día, Astrid tomó una foto de todos los huéspedes del hotel. Al segundo día, notó cómo Abraham, el mejor amigo de su madre, había empezado a actuar un poco extraño. Mi madre me contó que lo veía hablando solo y que siempre miraba a los alrededores como si lo estuvieran cazando. En el tercer día de esta aventura, la pequeña Abigail había ido al laberinto luego del almuerzo. La abuela Astrid confiaba en mi madre, ya que había notado que su pequeña Abigail se había aprendido el recorrido de memoria. Le dio permiso para que fuera sola, pero con la condición de regresar antes del atardecer. La pequeña lo recorría como si fuera su casa, por lo que no se demoró nada en encontrar la salida. Cuando iba en camino hacia el hotel, pudo escuchar unos disparos y se asustó. Corrió hacia el lobby, pero al llegar se dio cuenta de que todos los huéspedes del hotel estaban muertos, y que el suelo estaba cubierto de sangre por todos lados. Asustada, Abigail subió las escaleras y, al llegar arriba, vio a Abraham de espaldas al final del pasillo. Estaba todo cubierto de sangre y con Astrid frente a él. Ella lloraba y suplicaba para que no le hiciera nada ni a ella ni a su hija, pero fueron silenciadas con disparos.

Abigail

Yo era una niña de apenas seis años. Ver a mi madre ser apuntada con una pistola fue terrible; pero fue aún más doloroso cuando noté que quien le apuntaba era Abraham, el hombre que yo consideraba mi padre. Vi cómo mi madre murió a manos de ese psicópata y juré que la vengaría. Pasaron los años y pude vivir una vida relativamente tranquila luego de sobrevivir a ese terrible suceso. Tuve una hija: Abbie. Le conté mi historia a ella cuando tenía diez años, y ella juró que me ayudaría a vengar a su abuela.

Actualidad, en el laberinto

Abbie los amarró a ambos en el suelo, para luego llamar a su madre diciendo:

—Está todo listo. Ven.

La chica se sentó frente a los dos hombres. Esperó a su madre en aquel laberinto cubierto por la noche. Las estrellas brillaban y la brisa era tranquila. Abigail apareció unos minutos después. Abbie, al verla, le entregó la pistola y se puso de pie al lado de su madre. Abigail miró a Abraham y se agachó quedando a su altura.

—Hola, Abraham. ¿Me recuerdas? —le preguntó—. Ay, eres más tonto de lo que creía.

El anciano la miró con una expresión de horror al reconocer a Abigail. Era la niña que él crio, la hija de su mejor amiga, su pequeña Abigail. Madre e hija, ya decididas a cobrar venganza por Astrid, comenzaron a poner en marcha todo lo planeado. Abbie le contó a Dante quién era realmente ella y que sabía todo lo que habían hecho él y su abuelo. Dante no podía creer lo que estaba escuchando. Él creía que había salido todo de acuerdo con el plan que tenía con su abuelo. Abbie tomó la pistola y asesinó a quien había sido su compañero desde hace un tiempo. Al ver cómo se desangraba, sintió algo

parecido al placer, y tuvo la ocurrencia de tomarle una foto. Abigail aprovechó y le dijo a Abraham todo lo que había sufrido por su culpa, a lo que el asesino de su madre solo reaccionó llorando. Ella no entendía por qué lloraba si él la había matado. Esta confusión provocó que toda su rabia brotara, decidiendo que mataría a Abraham más rápido de lo planeado.

—Así que me recuerdas, desgraciado —dijo ella, justo antes de colocar la pistola en la cabeza del asesino de su madre. —Espero que te pudras en el infierno.

Esas fueron sus últimas palabras antes de asesinarlo, cobrando así venganza por lo que había sufrido su madre. Abbie y Abigail se quedaron allí viendo los cadáveres de las personas que más asco les daban. Ambas se abrazaron y lloraron. Abbie, antes de salir del laberinto, le dijo a su madre: «Recorramos este lugar juntas, ahora libres de ese dolor que te atrapaba, mamá». Con lágrimas en los ojos, madre e hija dieron un último recorrido al laberinto para luego irse a una casa de campo, dejando todos los terrores atrás. Vivieron un tiempo en ese lugar. Más tarde, Abbie tuvo su primera exposición fotográfica, donde exhibía las fotos de las escenas del crimen de algunos de los asesinatos más emblemáticos de la historia moderna. Lo que la gente no sabía era que ella misma había sido la responsable de esos crímenes. Era una tierna fotógrafa reconocida mundialmente de día, pero por las noches era una de las asesinas más sádicas y perfectas que se hayan visto en la historia, ya que jamás la descubrieron.

CATALINA CARREÑO

EL ARTE DE PLASMAR

El lienzo desnudo me miraba con expresión vacía, preguntándose cuándo llegarían la vida y el color a su pálida superficie. Yo también me lo preguntaba. Las ideas sobre qué pintar se arremolinaban en mi mente como un huracán, juntándose, enredándose, perdiéndose. Apenas tenía tiempo de procesarlas, pues mi mente perfeccionista las descartaba antes de siquiera poder pulirlas. Dicen que todo artista pasa por un periodo (o más de uno) en que el cerebro se bloquea y no sabe qué plasmar en el lienzo, cómo transmitir esos sentimientos con cada pincelada, cómo retratarlos con la exactitud de un fotógrafo y con la imaginación de un soñador, creando así algo nuevo, algo nunca antes visto. A todos los grandes les ha pasado: la tormenta los ha envuelto y su abrumador mar ha penetrado lentamente en su mente, ahogando el alma, corroyéndola; pero han logrado nadar a la superficie y mantenerse a flote, pintando nuevos horizontes y esperanzas de las que vale la pena aferrarse, tal como lo hizo el gran Vincent Van Gogh tiempo atrás.

Aquella noche en la que el insomnio fue a hacerle compañía, se asomaron juntos al balcón para contemplar el inmenso lienzo nocturno, salpicado de pequeñas lucecitas que adornaban a la espléndida reina de la noche, posando tranquilamente sobre la ciudad, con el suave viento jugando con su melena y con sus pequeños ojos observando los aglomerados edificios, las lisas colinas, los altos pinos

y al soñador Van Gogh, que miraba con secreta admiración la luna, su amante, su musa. Queriendo retratar sus curvas centelleantes, su brillo celestial y a sus pequeñas acompañantes, fue en búsqueda de su fiel compañero: el pincel. Preparó la blanca superficie del lienzo y se dispuso a bailar una silenciosa canción, con giros y remolinos, con brillos y destellos, tratando de captar la gracia y la belleza de la noche. Paso a paso, pincelada a pincelada, las nubes se enroscaron, los montes ondearon con lenta tranquilidad, las viviendas se organizaron cuidadosamente junto a los grandes pinos, que se fundieron en un gran gigante oscuro que se alzó hasta el cielo para admirar a la protagonista en su pista de baile. Plasmó cada paso, cada curva, cada onda, cada mínimo detalle. Aunque un paisaje como ese no se pudiese encontrar jamás en ningún rincón del mundo, captaba cada brillo y cada emoción de esa noche, pues un artista no pinta la realidad; plasma su propia realidad, la distorsiona, la embellece; descubre cada uno de esos detalles que esconde tras su apariencia para enseñárselos a los apresurados individuos de la vida. Así siguió Van Gogh, retratando aquellos instantes. Paso a paso, pincelada a pincelada, fue plasmando meticulosamente los colores, las formas, las ondas, las emociones, hasta que ellas mismas se volvieron hacia él y lo hundieron en un mar confuso y abrumador, del cual trató de mantenerse a flote con su fiel compañero, aferrándose a sus duras manos, secos cabellos y temblorosos pasos; hasta que finalmente lo soltó, lo dejó ir y se dejó llevar por la presión, permitiendo que las turbias aguas lo penetraran y los líquidos fluyeran fuera de sí. Su paisaje hasta el día de hoy sigue impresionando a jóvenes, adultos y ancianos, quienes admiran el tranquilo cielo nocturno, las ondeantes nubes, los suaves prados, las diminutas viviendas, el prominente pino y la centelleante luna. Yo observo meticulosamente cada pincelada, cada paso que lo llevó a pintar semejante obra y logró captar cada sensación de aquella fría noche, preguntándome si podré lograr algo así, algo que sea de digna admiración, y que resuene en los corazones de la gente. Quizás sea la majestuosa luna quien pueda acompañar-

me esta noche. Quizás su brillante luz sea la que me guíe junto a mi compañero a plasmar nuevos mundos sobre la pálida superficie del lienzo, tal como lo hizo con el magnífico Van Gogh en su tiempo.

MUSA

La hoja blanca se encontraba sobre la mesa de madera, junto a un lápiz ansioso por trazar letras y formar palabras, que se enlazarían unas con otras para formar frases y, posteriormente, una historia. Pero ella no sabía cómo escribir esa historia. Ni siquiera sabía qué historia quería escribir o si realmente quería escribir una. Sentía una presión por escribir algo; algo realmente bueno, algo que valiera la pena leer y que no decepcionara a sus cercanos, que siempre la elogiaban por su gran capacidad de escribir, por su estilo y sus maravillosos relatos, aunque ella no creía que fuera buena para escribir, ni mucho menos que tuviera un estilo o que sus relatos fueran siquiera dignos de elogio. Ella solo escribía para plasmar sus sentimientos en papel, pero ese día no pudo plasmar su impotencia. Muchas dudas llenaban su mente. Como las nubes grises de tormenta que cubren el cielo, las inseguridades le replicaban que no era suficiente, tan estrepitosamente como los truenos de la tormenta, y las ideas que se le ocurrían se iban en seguida. Se diluían como las gotas de lluvia en la tierra. Una tormenta se desataba en su interior y no sabía cómo manejarla.

Levantó la mirada de la hoja de papel y se vio a sí misma reflejada sobre la ventana. El cabello castaño estaba peinado torpemente en una coleta, con algunos mechones sueltos que cubrían parte de su cara. Los ojos, cansados de su reflejo, la miraban expectantes, como si esperaran que ella hiciera algo más que perder el tiempo. Sus labios caídos denotaban la decepción que sentía hacia aquella chica, hacia ella misma, que se veía a través de la ventana. ¿Por qué tengo que ser así? ¿Acaso no puedo ser suficiente? ¿Por qué no puedo? Miles de

preguntas se arremolinaban en su mente como un torbellino, confundiéndola cada vez más. Dejó de observar su patético reflejo y decidió mirar más allá de la ventana, hacia el jardín, donde los árboles danzaban al son del viento y las abejas revoloteaban alrededor de sus ramas, hasta posarse sobre las rosas que se mecían suavemente bajo la luz del sol. En el fondo de su mente algo se liberó, algo que había permanecido guardado en aquel cajón polvoriento de memorias que uno preferiría olvidar. La luz del sol bañaba los pétalos de las flores, tal como lo hacía con sus mejillas y sus labios cada vez que salíamos a caminar durante aquellos días de verano. Lo recuerdo.

Tras observar largamente a través de la ventana, decidió que debía hacer algo que valiera la pena y dejar de perder el tiempo. Se levantó de la silla, abandonando la hoja vacía y el lápiz, dejándolos con la ilusión de escribir una nueva historia; y, justo antes de abandonar la habitación, miró a sus compañeros de escritura sobre la mesa, sintiendo que incluso a ellos los decepcionaba. Se dirigió a la sala de estar, decorada con sillones color crema, una mesa de centro con algunos libros, un par de cuadros colgados y una televisión empotrada, cuya superficie negra reflejaba su deprimente aspecto y su cansancio, como si hubiera corrido una maratón de cientos de kilómetros. Pero la realidad era que había estado toda la mañana sentada frente a la mesa de madera, mientras miraba la hoja en blanco y pensaba en qué escribir y cómo hacerlo. Se había esforzado en pensar una buena idea para su relato, frases ingeniosas y maneras poéticas de transmitirlas; pero todo su esfuerzo fue en vano, una pérdida de tiempo, y ella lo sabía.

Apartó la vista de su oscuro reflejo y, en un intento por disipar la tormenta de dudas en su cabeza, se paseó entre los muebles de la sala, caminó de nuevo hacia su habitación, donde aún estaba la hoja en blanco y el lápiz sobre la mesa, y luego se dirigió a la cocina en busca de comida. Abrió el refrigerador e inspeccionó rápidamente su interior para decidirse por una nutritiva barra de chocolate. Tras quitarle el envoltorio, le dio un mordisco y masticó a la velocidad

de un perezoso. Saboreó el chocolate derritiéndose en su lengua, colándose por entre sus dientes y bajando por su garganta hasta su estómago. Sus ojos justamente eran de un color chocolatoso y, a pesar de que detestaba su sabor empalagoso y de que en su lugar prefería el manjar, en su mirada se reflejaba la dulzura de persona que era. Lo recuerdo bien. Mientras masticaba otro trozo de dulce, volvió a divisar su reflejo sobre la superficie del microondas, que estaba a su izquierda y a la misma altura de su cabeza. Su superficie negra volvía a reflejar su desordenado cabello, sus labios curvados hacia abajo, y sus ojos aguados que luchaban por contener ríos que buscaban desbordarse por sus mejillas hasta quedar secos. Ante tal imagen, dio un par de pasos atrás para no volver a verse reflejada como el desastre que era y, en su lugar, prefirió mirar los armarios celestes de la cocina. Adoraba los días en que el cielo estaba desprovisto de nubes, cuando era infinitamente azul, tal como su traje de baño los días en que el mar rompía contra la playa, envolviendo las aguas su cuerpo en un frío y estruendoso abrazo. Lo recuerdo muy bien.

Volviendo a morder un trozo de chocolate, caminó en dirección a su habitación y miró por la ventana los árboles danzantes, las dulces rosas y el cielo despojado de nubes esponjosas. Las personas debían estar felices o agradecidas por tan precioso día que hacía, mientras tanto ella se lamentaba por no poder escribir en un mugroso trozo de papel. Aquello no podía ser posible, por lo que abandonó la hoja blanca, su habitación, su casa, y se dispuso a disfrutar el resto del día. Caminó por las calles de la ciudad. Anduvo por cada uno de sus rincones, descubriendo los secretos que ocultaban. Observó a las personas que pasaban junto a ella y se preguntó qué historias ocultaría cada una. Quizás aquella señora de abrigo rojo y con un vaso de café en su mano iba camino a ese trabajo con el que tanto soñaba desde que era pequeña, o tal vez ese anciano encorvado con bastón había logrado conseguir todo lo que se propuso de joven, o podía ser que aquel hombre de chaqueta de cuero le llevara un ramo de flores a la persona que le había robado el corazón. Tantas historias

que se ocultan detrás de la gente, tantas historias de las que nadie se ha enterado jamás, de las que nadie jamás sabrá, pues con el pasar del tiempo quedarán sepultadas en la tumba del olvido. Pero ella jamás olvidaría aquellos días de colegio, cuando se la pasaba riendo durante las clases y charlando en los recreos sobre cualquier cosa. Nunca olvidaría cuando, al finalizar la jornada, caminaba con su amiga hasta sus casas, admirando los bellos y majestuosos atardeceres que se les presentaban. A veces se escapaban a la playa las tardes de verano, o caminaban bajo el entumido sol de otoño, o se quedaba a dormir en su casa las frías noches de invierno, u observaban las flores de primavera. Lo recuerdo todo, como si hubiera sido ayer. Aunque la realidad es que habían pasado más de diez años desde esos momentos, desde que cada una decidió emprender caminos diferentes; y por más que una de ellas hizo hasta lo imposible por seguir unidas, a la otra no le importó. Todos esos años de amistad, las memorias que crearon y las promesas de estar juntas para siempre no importaron y se disolvieron en cuestión de meses, y así fue como las amigas se separaron por los caprichosos planes de la vida.

Se detuvo junto a una farola solitaria, dándose cuenta de lo apresurada que era su caminata y de las lágrimas que recorrían sus mejillas hasta caer en las baldosas, como si de gotas de lluvia se tratasen. Afuera el viento soplaba dulcemente, el sol resplandecía y los primeros colores del atardecer se podían observar en el cielo; pero, en su interior, las nubes estaban teñidas de nostalgia, los truenos gritaban de dolor y la ola de recuerdos avivaba la tormenta, recordando todas las risas, las lágrimas, las sonrisas, las bromas y las charlas que había compartido con ella y que, a pesar, de todos esos momentos, no fueron suficiente para seguir siendo amigas. Elevó la vista hacia el cielo, hacia el majestuoso cielo que ha presenciado tantas historias en desarrollo, que ha visto a miles de humanos sufriendo, llorando, riendo, sonriendo; a tantos humanos tratando de

seguir adelante y vivir la vida, para que, al siguiente día, al despertar, puedan observarlo. Cerró los ojos y, mientras aspiraba el olor a polvo, dolor y nostalgia, evocó su figura. Aún recordaba sus ondulantes cabellos rozando sus hombros, su flequillo cubriendo sus finas cejas, sus largas y rizadas pestañas que adornaban sus ojos chocolatosos, sus tiernos labios que seducían a cualquiera, y sus lunares que habían sido esparcidos sobre sus mejillas como estrellas en el cielo nocturno. Recordaba que, a la luz del sol, su cabello se volvía dorado, sus ojos se tornaban color caramelo, sus labios resplandecían en un rojo vibrante, y las pequeñas estrellas brillaban sobre sus mejillas, asemejándose a un ángel que había bajado del mismísimo cielo; un ángel tan dulce como el manjar, tan cálido como el sol, tan amoroso como una caricia, y con una sonrisa tan resplandeciente que iluminaba el corazón de cualquiera. Ella fue el ángel que iluminó su vida.

Abrió los ojos y contempló unos instantes el atardecer que se presentaba en el cielo esa tarde, antes de emprender el camino de vuelta a casa. La lluvia había cesado, las nubes comenzaban a disiparse y los truenos se habían callado. La tormenta finalmente había terminado y su mente se estaba despejando poco a poco, dejando atrás las dudas, el miedo y la incertidumbre, abriendo paso a la inspiración que había buscado toda la mañana. Al llegar a casa se dirigió a su habitación, se sentó frente a la mesa y, con ayuda del lápiz, comenzó a llenar la hoja de papel con palabras que pronto se enlazaron unas con otras, formando poco a poco frases y, por fin, la gran historia que había esperado tanto por escribir; aquella historia que valía la pena leer y que lograría enorgullecer a sus amigos y familiares, aunque ya no pensaba en ello. Solo pensaba en ella, en su ángel, en su musa.

ANASTASIA CARTAGENA MOYA

CIRCO BIZARRO

El niño de la nieve

«Corren los rumores de un famoso circo que nunca descansa y siempre vive. Este es el circo de atrocidades de Dat, un circo de origen desconocido hasta la fecha. Es un lugar donde los más grandes horrores se vuelven realidad, por una simple y fina brecha entre la realidad y la ficción». Eso parece algo dicho por un adulto. ¡Es aburrido! Los adultos ven el mundo de manera lógica y siempre intentan buscar lo moralmente correcto, pero los niños lo ven distinto.

—El circo viajará hasta Argentina a través del paso cordillerano. Que los más aptos cuiden a los jóvenes. No voy a enterrar cuerpos por el camino —la voz del maestro llenaba la sala principal como si fuera el veneno más letal de la historia.

Los más pequeños escuchaban la conversación a través de las gradas. Luis, un pequeño niño con la capacidad de encantar a cualquier persona con sus hermosos ojos escarlatas y su suave cabellera rojiza, dijo:

—Tengo miedo. No deberíamos estar aquí espiando a los mayores. Ya vámonos, John. Si el maestro nos encuentra, nos mandará a hacer los peores trabajos del circo.

—Mariana tiene razón. Estamos expuestos a eso.

John, sobreviviente de un incendio cuando era bebé, es visto como un niño inmortal por los demás. Posee ojos de un verde intenso y un cabello castaño. Su cara y cuerpo están llenos de quemaduras que se ocultan fácilmente con un poco de maquillaje. Junto a él estaba la linda y dulce Mariana, una morenita con pies de cabra y unos globos oculares de hermoso dorado. Los tres se conocían desde siempre. El maestro fue quien los trajo hasta este lugar. Siempre decía que los tres eran como sus hijos, a pesar de tener esposa y un hijo en camino. En una de las minivanes de los miembros del lugar se encontraba una mujer, ya algo mayor, que cuidaba su vientre con cuidado. Ella fue la única de todas las mujeres con la que estuvo el dueño que le pudo dar un descendiente aparentemente sano. Nadie sabía qué es lo que pasaba al otro lado de esas paredes de aluminio.

—Tranquilo, hijo mío, apenas nazcas nos iremos de este lugar para siempre.

Los días transcurrían y ya estaban en el paso. Las camionetas y minivanes avanzaban con constancia. Todo parecía ir bien hasta que «eso» sucedió.

—¡MAESTRO!

—¡¿Qué quieres?! ¡¿No ves que estoy ocupado?!

—¡LA SEÑORA DIO A LUZ!

La gente le dio paso al maestro para ver a su esposa, totalmente quieta, con un niño en brazos. Tenía unos cabellos rubios como el sol y una piel morena, casi como la del maestro. La dama temblaba y no abría los ojos. Con un cuidado inhumano y con un aparente último esfuerzo abrazó al pequeño, dejando de respirar en el acto. No merecía un entierro digno. ¿Qué había hecho en su vida? Nada, siempre fue sirvienta del maestro. No le importó dar su castidad para evitar ser asesinada. Renunció a sueños, a sus metas y a toda una vida por dinero. Los adultos son raros. El pequeño quedó al cuidado de Luis y John, a pesar de ser ambos aún niños. Intentaron que tuviera una infancia normal, la infancia que ellos no tuvieron, evitando que

supiera cosas. Los miembros extras, la «magia» y las criaturas fantásticas no son reales, pero para el pequeño Mike siempre lo serían.

Horribles bestias humanas

—¿Quieres ir al circo conmigo?

—Claro. ¿Por qué no?

Esta era la tercera vez que se presentaban en Chile. La gente los recibió con alegría, llenando rápidamente las funciones. Michael ya tenía cinco años y sabía lo siguiente:

1. Su padre era el dueño del circo.
2. Luis era su niño, John su hermano mayor y Mariana su compañera de travesuras.
3. Quería ser como Rosa, una acróbata recién llegada de España.
4. El circo era su familia.
5. Toda su familia eran bestias asombrosas.

Aunque él no era una bestia o, al menos, no en apariencia. Mike se parecía al resto de personas que veía en la calle: dos ojos, dos piernas y dos brazos. Sus compañeros de escenario no se veían así. Luis tenía tres ojos, John escupía fuego, Mariana tenía piernas de cabra, Rosa tenía alas y su padre cuernos. Sin embargo, él no tenía nada de eso. El pequeño ya estaba acostumbrado a recibir aplausos del público. A todos les gustaba el peligroso espectáculo de un niño haciendo malabares con cuchillos sin siquiera lastimarse, ni siquiera en su primera vez. Pero, a pesar de ser similar a ellos, él era más que diferente. Los humanos normales se aterrorizan de lo que es diferente, odian los cambios y aborrecen lo que no comprenden. Se creen mucho por ser «la cúspide de la cadena alimenticia», cuando cualquier animal podría ser capaz de acabar con una gran cantidad de personas si quisiera. Los miedos de los humanos son las arañas y la oscuridad. El miedo de las bestias es la muerte. No saben qué es eso, pero todos

les dicen lo mismo: es un descanso para toda la vida que te llevará al cielo. Los verdaderos monstruos son los humanos: son idiotas, miedosos y holgazanes. No pueden hacer cosas solos. Son egoístas y no dudarán en traicionarte si eso los beneficia en algo. Los adultos son tan extraños y también aterradores. ¿Cómo es posible que les guste el dolor de otros? Ellos no saben cómo se siente un látigo de verdad. Los leones me hablan diciendo que ya no son los reyes. La gente es mala y no creen ser capaces de entender. Los humanos no sienten nada. No me gustan. Los odio.

—No deberías odiar a la gente.

—¡PERO NO ME AGRADAN!

Los lloriqueos del pequeño no se hicieron esperar. Su acto era el siguiente: malabares con cuchillos, cuchillos, malabares con cuchillos, un niño que hace malabares con cuchillos. Sus compañeros de actuación no querían que eso pasara; solo era un niño que hacía actos peligrosos para divertir a otros.

—No olvides romperte una pierna, Michael.

—Claro que no.

Los aplausos no se hicieron esperar, pero detrás del escenario.

—¿Cuándo le dirás la verdad? No puedes guardarle esto por siempre.

—Lo guardaré el tiempo que sea necesario. Es solo un niño. A diferencia de nosotros, él tiene un futuro, mientras que nosotros vivimos en una jaula de oro.

Estrellas infinitas

—Buenas noches, Mike, descansa.

El maestro dejó al rubio en su hamaca antes de recordarle que no lo quería ver con ojeras en la mañana. Tenía que ser perfecto. Su hamaca de colores daba directamente a una ventanilla que dejaba el cielo a la vista, un hermoso confinamiento estelar sin fin. Mike tam-

bién quería ser una de ellas y brillar para la eternidad. El maestro le ha dicho que el cielo es exclusivo para el estrellato. Solo los mejores pueden estar en él, y él también quería ser una estrella. Quizás como Rosa, que es un ave. Sus alas brillan como las estrellas fugaces. O como Mariana y sus trucos de piso y caminatas en paredes. Algún día él sería como ellas: talentoso, un gran acróbata aéreo. Esto no se veía en las ciudades, pues están tan llenas de luces ficticias que opacan las bellezas naturales del espacio. Nosotros, los circenses, vivimos del espectáculo. Si las estrellas no brillan, nosotros tampoco.

Crudo con vino tinto

—Mike, quiero que te quedes aquí con John y que no te alejes de su lado. ¿Puedes hacerlo?

El niño asintió aún queriendo preguntar por qué John y no Luis.

—John, ¿dónde está Luis?

—Bueno, él se fue.

—¿Adónde?

—A un lugar muy lejos de aquí.

—¿Y volverá?

—Lo siento, Michael, pero no lo hará.

—¿Podremos ir a verlo? El circo pasa por todo el mundo, podría pedirle a padre que nos lleve.

—No creo que sea posible.

No preguntó más. Durante la tarde fue más de lo mismo: montones de preguntas sin respuesta ni ningún tipo de aclaración. Con cada pregunta que el rubio hacía, el castaño más triste se ponía. Aguantaba las lágrimas traicioneras para no soltar alguna tontería. Así fue hasta que simplemente explotó, llorando a mares y dejando solo al más pequeño. Mike no sabía qué pasaba ni por qué todos estaban tristes. Él solo quería a Luis de nuevo, que él fuera quien

respondiese sus dudas. Sin que John se diera cuenta, Mike abandonó la habitación para dirigirse al escenario principal donde, se suponía, estaban todos. En medio del escenario principal había una caja de madera y, sobre ella, flores y velas de colores. Todos estaban vestidos de negro, tanto el público como los funcionarios del circo. Con cuidado y sin ser descubierto, se escabulló entre los adultos hasta llegar al lado abierto de la caja. Con ayuda de una silla pudo ver dentro. Era Luis. Parecía dormido, con su cara calmada, sus ojos cerrados y bien vestido como siempre. En su frente ya no estaba aquel tercer ojo que tanto presumía. Su apariencia se asemejaba a un humano, de esos que tanto odiaban. Luis no puede ser un humano. No es humano. No será un humano. Jamás será un humano. No es humano... ¿o sí?

—Luis, despierta. Luis, quiero un truco de magia.

—¿Qué haces aquí, Mike?

Mientras lo alejaban de la caja, logró ver a través del vidrio que al mago le faltaban las piernas. El maestro lo llevó de nuevo a la van donde estaba el payaso quemado. Michael no escuchaba los regaños de su padre. Su cabecita solo pensaba en que la persona en la caja no era su Luis, que era un humano cualquiera que se estaba haciendo pasar por él.

—Te dije que no le quitaras los ojos de encima.

—Lo siento, maestro.

—Si esto vuelve a pasar, tú serás el siguiente.

El pequeño no dejaba de mirar a su padre con una mirada de odio. ¿Acaso le había estado mintiendo? Mentir es malo. Mentir está mal. Padre es un mentiroso.

—Padre, yo...

—¡EN NINGÚN MOMENTO TE DIJE QUE HABLARAS!

—Maestro, no lo haga. Es solo un niño.

—Qué importa si es un niño. Tiene que aprender.

Mariana evitaba que el maestro tocara al niño. Lo único que se escuchaba desde afuera eran los gritos del maestro y los sollozos del joven. A las horas todos se alejaron para ir con el humano. La gente lloraba y los más fuertes lo cargaron. Todos iban detrás de ellos. Rosa se encargaba de curar el rostro de John mientras Mariana llevaba a Mike de la mano. Todos se movían hasta un gran parque con grandes pilares de piedra llenos de hamacas. Los siguieron hasta un lado en el cual la tierra estaba levantada. La caja fue dejada con cuidado y tapada con lo que estaba alrededor. ¿Acaso todo era una mentira? Toda la gente decía que lamentaba algo. Su pequeña mente no sabía qué decir. Cuando se fue la gente, el maestro ya los tenía a todos trabajando. El maestro tiraba de su oreja. Él siempre le dijo que todo lo que hacía era por su bien, que si lo lastimaba era por el amor que sentía por su hijo.

—Vamos a comer. Y no quiero excusas sobre lo que comemos.

En la mesa de la van los sirvientes ponían platos con lo que parecía carne cruda y varios condimentos. Se veían asqueados. Lo normal era que todos sin excepción comieran.

—¿Qué es esto?

—Se llama crudo. Es carne cruda aliñada.

—No me gusta el olor.

—No me importa. Come.

La comida tenía un olor horrible y tampoco parecía muy apetitosa. Su padre lo miraba con una cara de infinita decepción. Nunca lo había mirado así. Toda la comida era asquerosa por donde se viera, aunque sabía mucho mejor a cómo se veía. A John le daban arcadas, Rosa estaba asustada y Mariana ni siquiera miraba la comida. ¿Esto es lo que comen los humanos? Gran parte de las veces solíamos comer comida fría y sin sabor, pero por primera vez la comida estaba deliciosa.

—¿Te gustó, hijo?

—Claro que sí, padre.

—Así me gusta.

—Pero maestro, él...

—Él ¿qué?

—Nada, señor.

FANNY FLORES VIDAL

MAGO FANTÁSTICO

Desde muy pequeño me encantaba ir al circo. Todos los años venía un circo a mi ciudad. Yo ahorraaba cada mesada que me daba mi mamá durante todo el año solo para comprar un boleto. El circo era pequeño, perfecto para un pueblo pequeño. A diferencia del resto del pueblo, yo siempre llegaba tarde. Lo hacía de manera intencional, ya que solo había un acto que me interesaba: el espectáculo de magia. Todos los años era fantástico. El mago siempre llevaba un terno negro con su distintivo sombrero de copa. Sus espectáculos eran fantásticos. Eran los más populares del circo hasta que uno de esos años logré acercarme. Estábamos saliendo hasta que lo vi entrar a su camerino. Solté la mano de mi madre y corrí hacia el lugar. Toqué la puerta y él abrió. Tenía un pijama largo y holgado de color negro. Al verme, cerró la puerta, pero de inmediato la abrió. Tenía puesto su característico traje. Era sorprendente. Podía hacer trucos increíbles incluso fuera del escenario. Le dije que era su gran fan. En ese momento, yo solo tenía unos ocho o nueve años. Él se agachó a mi altura con una sonrisa, se sacó su sombrero y le dio un par de giros. Luego lo puso frente a mí y me dijo que metiera la mano sin mirar. Estaba emocionado. Era un sueño. Frente a mí estaba el mejor mago de la historia o, bueno, eso pensaba. Hice lo que dijo y metí la mano. Tomé un juguete. Era simple: un helicóptero militar. Me fascinaban. Siempre había querido uno, pero mi familia no tenía

dinero para comprarlo. Estaba tan contento que fui a contárselo a mi madre, la que me retó por haberme ido tan de repente. Fuimos a casa y yo seguía fascinado con el juguete.

Los años pasaron. Me mudé. Me fui del país a estudiar finanzas en el extranjero. Lo único que conservaba de mi hogar era una foto de mi madre y el juguete del mago. Durante las vacaciones de mi segundo año de carrera, decidí visitarla. Fui al pueblo por dos semanas; casualmente, justo en la fecha en que el circo iba a mi pueblo. Mi madre me invitó y yo acepté. «Por los viejos tiempos», pensé, «pero, más importante aún, por mi madre». Eso me repetí en la cabeza. Llegamos. Los espectáculos principales eran buenos. Jamás los había visto, así que era impresionante. Finalmente llegó la magia. Cuando apareció el mago, me di cuenta de que era el mismo que no veía hace años. No había cambiado en nada. Era extraño que una persona no cambiara nada en casi diez años. El espectáculo fue normal, pero tan fantástico como lo recordaba. Al finalizar, lo seguí. Antes de que entrara a su camerino, le toqué el hombro. Él se volteó. Parecía algo nervioso. Antes de que pudiera decir algo, me dijo que debía volver con mi madre. Al momento, escuché un grito agudo que me hizo voltear al instante y luego volví a mirarlo, pero al voltearme ya no estaba. Corrí hacia donde se escuchó el grito. Vi a mucha gente alrededor y doctores. Me abrí paso al centro y ahí la vi. Vi a mi madre desmayada en el suelo junto a un médico. Pasaron los días hasta el funeral de mi madre. Cuando todos se habían ido, yo seguía llorando sobre su tumba, hasta que a lo lejos vi al mago. Corrí hacia él; pero, cuando estuve a punto de atraparlo, se esfumó, solo dejando su sombrero. Tomé el sombrero. Adentro tenía el juguete que me dio de pequeño, junto con un pequeño papel que decía: «Lo lamento».

MARISOL

Marisol vivía cerca del bosque junto con su madre. Un día como cualquier otro, su madre le dijo que su padre volvería de la milicia. Ella estaba muy emocionada por volverlo a ver, ya que había pasado un año desde que se había marchado. Mientras su madre preparaba la cena para darle una sorpresa a su marido, la niña fue al bosque a buscar algunas setas, además de algunas flores para dárselas de regalo a su padre. Mientras Marisol buscaba, notó la presencia de un oso. Por suerte, la feroz bestia aún no se percataba de su presencia, logrando que pudiera salir ilesa de la situación (o eso pensaba ella). La pequeña Marisol siguió recolectando hasta que, rato después, mientras recogía una flor, vio una sombra creciente, junto con un gruñido escalofriante que la hizo estremecerse. Unas horas después, el padre de la niña llegó a casa y le dio un ramo de rosas a su mujer. Esta, asustada, le informó que su hija estaba afuera, en el bosque, desde hace un tiempo, lo cual le preocupaba. El hombre tomó la escopeta que tenían en una pequeña bodega. Ambos se dirigieron hacia el interior del bosque. Horas después seguían buscándola. Ya estaba oscuro. Las estrellas comenzaban a asomarse y se escuchaban los búhos. En ese momento, divisaron a una persona recostada en el pasto junto con una canasta a su lado. Se acercaron con cautela. Apuntaron su linterna y vieron el cuerpo de su pequeña hija con varios mordiscos en el cuerpo, casi irreconocible. Ambos padres se lanzaron a abrazar los restos de su hija y la llevaron a casa para hacerle un funeral digno. Luego del entierro, y sin que nadie lo notara, de la tumba emergió una hermosa flor blanca.

VIEJOS RECUERDOS

Mientras recorría mi viejo colegio, ahora abandonado, decidí explorar los alrededores. Todo era frío, oscuro y solitario; pero aun así estaba lleno de recuerdos. Caminaba por esos pasillos donde alguna vez corrí con mis amigos, el patio dónde jugábamos, etc. También recordaba esas clases donde me la pasaba escribiendo en mi diario o charlando con mis amigos, o incluso otras donde solo escuchaba música, intentando callar las voces, esas voces que me decían que nada valía la pena y que mi vida era una miseria. Justo en los días de los proyectos de final de año, esas voces eran más fuertes que la música. Estaba harto de escucharlas y solo quería silencio, así que mientras trabajaba junto a mis compañeros de grupo en el proyecto final de Lenguaje, me levanté de mi asiento y hui de la clase a paso lento mientras el profesor me gritaba que volviera a entrar. Me lancé desde el segundo piso, haciendo que mi cabeza se estrellara contra el suelo. Al sentirme aún consciente, pensé que no había funcionado la estupidez que acababa de hacer, hasta que me levanté, viendo la cara horrorizada de todos, y luego mi cuerpo que yacía muerto en el suelo. Recuerdo a algunos niños que gritaban, horrorizados, por la sangre salpicada en sus ropas. Después de ese accidente cerraron la escuela, ya que algunos de los conserjes decían verme vagar por los pasillos durante las noches.

Han pasado años y yo sigo aquí. Las voces aún no se callan y yo sigo solo. Bueno, no totalmente solo. De vez en cuando veo a un esquelético hombre encapuchado mirarme desde el techo. Aún no estoy tan seguro si debiese ir con él.

QUERIDA MÍA

Hoy estaba recordando esos momentos juntos, cuando aún estabas conmigo. Ay, mi amor, ¿qué nos pasó? ¿En qué momento comenzaste a odiarme tanto como para irte así? Mientras revisaba mi viejo computador, encontré el video del día en que te pedí matrimonio. Estuve todo el día trabajando. Puse la mesa en medio del salón, con un mantel blanco y una rosa, junto con dos copas de vino. Estuve todo el día preparando la cena y un pequeño pastel. Cuando llegaste a casa, te sorprendiste por la cena, pero más fue tu sorpresa cuando viste el anillo. Recuerdo cómo esos ojos verdes me miraban con lágrimas de felicidad, mientras me decías que querías un futuro a mi lado. Nos casamos un 10 de junio, sin saber todo lo que pasaría después de nuestra unión. Yo pensé que de verdad me amabas. Qué idiota fui. Cuando me dijiste que estabas embarazada fue el día más feliz de mi vida. Yo te amaba. «Ese bebé en tu interior es la prueba de nuestro amor», pensé, pero solo dos meses después de que Sara naciera ocurrió el accidente. Aún pienso en ese 27 de septiembre.

Llegué a casa del trabajo, ilusionado con volver a verte y abrazarte. Entré a nuestro cuarto y ahí te vi, colgada del techo, con esa cuerda alrededor de tu cuello. Tu pálido rostro y tus ojos apagados me hicieron estremecerme. Jamás pensé encontrar al amor de mi vida así. Desconozco lo que pasó por tu mente en ese momento. ¿No pensaste en mí? ¿En tu hija? ¿Tan poco te importábamos? Llamé a una ambulancia, aunque tú ya estabas muerta. Estaba tan en shock que ni siquiera podía llorar. Solo pensaba en Sara. Cómo se suponía que un idiota como yo cuidaría a una niña pequeña de apenas dos meses.

De alguna manera lo logré. Mañana habrán pasado veintitrés años desde que te perdí, pero también es la boda de nuestra hija. Se volvió una mujer fuerte y maravillosa. Se casará con Camila. Eran amigas en la escuela hasta que se enamoraron. Se ven tan felices como lo fuimos nosotros alguna vez. De lo único que sí me arrepiento es de dejarle pensar que la habías abandonado. Jamás preguntó y yo jamás quise tocar el tema. Sé lo que ella piensa de ti. Ella jamás te conoció, ni tú a ella; pero la hubieras amado, y a Camila también. Serán muy felices, pero yo ya no puedo seguir así. Ya no puedo seguir con este dolor. Pronto iré a acompañarte en el cielo, amor mío. Sé que odiabas que tuviera armas. Yo ponía la excusa de que eran por seguridad, pero hoy serán el alivio a este dolor infernal que siento en mi pecho cada vez que te recuerdo.

Hija mía, si eres tú quien está leyendo esto, perdón por dejarte y perdón por no poder acompañarte al altar el día de mañana. Que seas muy feliz con tu esposa, como yo y tu madre jamás pudimos serlo.

Atentamente,
Miguel Hernández

FUEGO

Mi corazón ardía en llamas mientras la miraba danzar. Todo el público estaba hipnotizado con su hermosura y con sus movimientos. Llegó la hora de que ella eligiera a alguien para bailar. Todos estaban emocionados por ser elegidos, hasta que ella se me acercó, me tomó del brazo y me llevó al centro de la pista. Mientras ella bailaba a mi alrededor, podía ver cada detalle. Ese pelo castaño, corto y ondulado, se movía al ritmo de la música, al igual que su cuerpo. Su piel morena y esos ojos verdes, esos tristes ojos verdes, tan hermosos y brillantes, tan brillantes que podías ver una llama en ellos y, a la vez, podías ver reflejada toda su historia. Ambos comenzamos a bailar juntos. Todos nos miraban. Era tan hermoso como el momento en que lo ensayamos. Al terminar la fiesta, estábamos en nuestra habitación. Yo veía cómo se arreglaba, poniéndose uno de sus pijamas, junto con el anillo de nuestra boda.

AURORA GARCÍA

EL RÉQUIEM DE LAS POLILLAS

El introito de Vincent

¿Recuerdas cómo era todo antes de que existieses? «No», sería la respuesta más esperable de todas. No recuerdas aquel despertar, aquel útero en el que estabas, las primeras semanas de gestación. Ni siquiera eras un ser que pudiese recordar ni sentir. Mucho menos recuerdas cuando eras una estrella moribunda cuyos elementos fueron a parar en la prisión de carne que ahora habitas. A veces la gente recuerda eso, muchas veces no; y a veces recuerda lo que no les pertenece. Pero a ese chico sí le pertenecían aquellos recuerdos.

Su vida empezó a los trece años, con cicatrices que rodeaban circularmente sus extremidades y, a la vez, las unían, sin poder emitir ni siquiera algún pequeño sonido o queja del leve dolor que sentía. Sus desconocidos huesos robóticos se unieron forzosamente a los preexistentes. Acababa de despertar en una casa de singulares distinciones, siendo el olor a putrefacción y leía lo más alarmante. Pero el chico ya no lo podía sentir; solo dos de sus cinco sentidos funcionaban en su ser. Una muñeca rota, muerta: restaurada. Un segundo nacimiento, un segundo infierno.

Ya los años habían pasado desde su «renacimiento», y ahí se encontraba el chico de veinticinco años, tumbado y desnudo en su

cama, intentando recordar más allá de ese evento, antes de que el hombre de la morgue lo despertara. Nada. Al menos, no algo exactamente concreto. Quizás el olor de las rosas era una pista. Recordaba haber tocado sus pétalos y sentir su suavidad, mientras escuchaba la voz dulce y serena de una mujer diciéndole que su cabello era igual que las rosas al tacto. La mujer acariciaba los mechones de su cabello como el chico a las rosas. Aunque también recordaba a alguien tiroteando suavemente de esos mechones y diciéndole que un pequeño hombrecito no debería tener el cabello así de largo. Una voz carismática pero estricta, mas no violenta; un confort familiar mucho antes de su segundo natalicio. ¿Reencarnación? No, definitivamente no. Esos recuerdos eran de él. Le pertenecían a su cuerpo, a su mente y corazón.

El chico se levantó de su cama y se miró al espejo. Su pelo negro, el cual nunca más siguió creciendo desde aquellos traumáticos primeros años consciente, era suavemente ondulado y caía gentil y leve sobre sus hombros, no yendo más allá de estos. Sus ojos, caídos, cansados, sin vida, aún se veían con una inocencia infantil, una ternura que por suerte jamás creció ni se pudrió. Unas facciones suaves, con un rostro ovalado y de color blanquecino, le daban un aspecto tan gentil, tan delicado; pero tan cadavérico a la vez, perturbado por cicatrices que jamás sanaron y que hacían recordar a cuando alguien pasa una tijera por sobre una mesa. Sus huesudas y delicadas manos, semejantes a las de un pianista, tocaron su cara y se posaron en sus dos mejillas, llevando sus dedos anulares y meñiques a tocarse el dorso de la nariz. Su mente no estaba ahí. Se había quedado absorta en aquellos «recuerdos prenatales». Ya no era él. O quizás volvió a ser él. Quizás lo que era todo este tiempo no era su verdadero ser. Sus ojos enrojecieron y secaron. Ninguna lágrima salió. Jamás ninguna lágrima salió.

Sin aviso alguno, algo parecido a la urgencia de vomitar lo invadió. Aquello subió desde su estómago a su tráquea. No era una sensación quemante de ácido estomacal —aunque, bueno, esto ja-

más lo sabría, puesto que en su vida nunca había vomitado—; sino que era un cosquilleo, como el aleteo de una mariposa en la mano. Pero eran miles de mariposas, tantas que quemaban. Acariciaban de manera rápida e incómoda el interior de la garganta del chico, mientras subían, semejante a un látigo al golpear la piel. El chico finalmente vomitó en el lavadero del baño: polillas, docenas de ellas. Algunas golpeaban la piel de su rostro mientras aleteaban hacia distintos lugares. Algunas estaban ya muertas y caían con un leve sonido al lavadero. Él creía que jamás volvería a pasar esto. Se suponía que el doctor Ghostcraft las había sacado todas para que el hombre de la morgue no lo volviese a encontrar por esa rareza. ¿Por qué diablos debían volver? ¿Por qué ahora que estaba empezando a recordar? La respuesta llegó rápido a su mente: dejaron huevos. Los malditos insectos anteriores habían dejado huevos, larvas que tardaron en crecer por una u otra razón, y que lo hacían ahora.

El chico se agachó y abrazó su propio cuerpo, tocándose levemente la piel. Sintió huesos que no le pertenecían, partes de su cuerpo unidas forzosamente. Era incapaz de oler o de hablar, y su tacto se perdía poco a poco mientras pasaban los años, y ahora esto. Podía sentir el interior de su cuerpo. Se sentía, de alguna manera, hueco. Sentía que, salvo los huesos y las imitaciones de nervios que lo rodeaban, no había nada adentro, y gracias a esto podía sentir perfectamente a aquellos insectos. Sentía sus pequeñas y delgadas patas cuando tocaban las paredes de su cuerpo, sus aleteos rápidos y sus desagradables sonidos. Los fluidos que producían algunos se sentían pegajosos, quemando su interior; pero, por fuera, se sentía un ligero cosquilleo que, al tocarlo, confirmaba la densidad de aquellos líquidos, mientras que otros se sentían incómodamente espesos en su interior. Le hacían recordar cosas que no quería sobre aquellos primeros años de su segundo nacimiento. Fauna cadavérica, entomología forense. Toda en su interior. El chico estaba llorando sin lágrimas. Sollozaba por las sensaciones invasoras y sus ojos se nublaban. Siempre había existido el fantasma de la incomodidad en su

propio cuerpo; pero, ahora que esto pasaba, sentía que nuevas capas se agregaron a aquella sensación: huesos, nervios, músculos y piel. Ahora esa incomodidad lo podía tocar, abrazar, cortarle el cuello y meter sus dedos dentro de su dermis.

Solo podía acudir a una persona en esta situación. El chico se levantó como si hubiera estado herido y fue a buscar su teléfono, mensajeando rápidamente al doctor Ghostcraft. Estaba tan alterado que no se molestó en escribir de manera pulcra y puntuada como lo hacía usualmente. Solo escribió y le dijo lo que sentía: dónde, cuándo y cómo ocurrió. Respuestas a preguntas familiares que el doctor le hizo cuando tenía quince años, cuando lo conoció; aunque esa vez no eran sobre insectos debajo de su piel, y esta vez él respondió sin que se las hicieran. Para la mala suerte del chico, Ghostcraft no se encontraba en el país, ni lo estaría durante un par de meses. Pero a diferencia de otras veces que esto había pasado, el doctor le dijo que había alguien más que lo podría ayudar, una persona de su confianza que guardaría el secreto de su cuerpo y de su existencia.

El médico

«Mi llamada rara existencia, hasta el momento, está predeterminada a ser corta», pensaba para sí mismo el joven médico Frank Ghostcraft. Pensaba que lo único que quedaría en la mente de los que por el azar irían a cruzarse con su existencia sería su peculiar apellido; puesto que, según él, no habría nada de él que embrujara la mente de los demás y se quedara ahí como un espectro. «Y será mejor que así se quede, corta y sin más rareza». Ni amor ni odio. No había hallazgos ni palabras que aquel médico veinteañero pudiera dejar para la posteridad. Movi6 lentamente la copa que sostenía con su mano, la cual no contenía ni una gota de vino debido al asco que le generaba, y solo contenía jugo de frutillas. «Aunque, bueno,

¿acaso a esto que vivo se le puede llamar existencia? ¿Acaso merece llamarse vivir?».

Aún lo atormentaban esas «ilusiones creadas por el subconsciente para rayar el sentido común de una mente». Así se refería Frank a los sueños, que le gritaban que debía hacer algo más con su vida. Aquellas palabras lo incitaban a amar, a hacer algo grande, a no morir y a vivir para siempre embrujando el inconsciente de alguien más. Aquello era lo que el médico consideraba más imposible, porque era lo más cercano a la inmortalidad. Jamás habría posibilidad para alguien tan peculiar como él de conseguir ese estado. ¿Y amar? Eso era más posible; aunque realmente nadie jamás cruzó su mente de aquella manera, tan repulsiva desde su punto de vista. «Amar», pensó bebiendo un sorbo del jugo. «Los cadáveres andantes no pueden amar». Su padre le contó de la existencia de aquel chico como un secreto, y para Frank fue el más hermoso de los secretos. La mera existencia del chico hacía al joven médico temblar de emoción; una existencia igual de morbosa que la suya, una peculiaridad, un cadáver renacido, una creación hermosa nacida a partir de seres descartables. Todo lo que la mente de Frank había soñado estaba ahí, en aquel chico.

El joven médico estaba de nuevo con una copa de jugo en sus manos, esta vez contando las horas para que llegase el día en que conocería a aquel chico-cadáver con un problema de insectos. Aquel chico-cadáver sonaba como una terrorífica obra de arte, una muñeca restaurada para propósitos asquerosos que al final logró ser rescatada, aunque un poco rota otra vez. «Yo seré quien lo repare, incluso si me vuelvo otro Prometeo». Frank llevó la copa a sus labios y bebió de esta. Contó los sorbos, los segundos, los minutos, las horas. Decir que estaba emocionado sería decir poco. «Quizás los cadáveres no pueden amar». El joven médico miró a la luna, brillando tenuemente, haciendo la noche aún más oscura de lo normal, aunque esta vez se sentía menos solitaria. «Pero ni él ni yo somos cadáveres al cien por ciento y, oh, espero que sea como decía mi padre».

Polillas en el estómago

—¿Vincent? Es un lindo nombre...

El chico sonrió levemente, evitando el contacto visual. El doctor Ghostcraft le había dicho que su hijo era raro e intimidante a primera vista, pero jamás le dijo que le tendría cierta devoción. Desde que había llegado, Frank se había encargado de llenarlo de preguntas extrañas, con tintes de coqueteo invasivo, aunque de esto último no estaba seguro. El joven médico era de una tez un poco más bronceada que la de su padre; con un cabello rizado y unos cinco tonos más oscuro que su dermis, frondoso y lo suficientemente largo como para caer un poco sobre su cuello. Uno de sus ojos caídos compartía color con su pelo, el otro era más oscuro. Se veían extrañamente bien con sus ojeras oscuras. Tenía un piercing en la oreja izquierda, otro en la raíz de la nariz y dos sujetadores en forma de hueso en su pelo. Lo hacían lucir un poco más infantil en comparación a otros doctores, pero a Vincent se le hacía agradable. Su ropa cubría todo su cuerpo: un delgado sweater negro de cuello alto, unos pantalones anchos negros, una bata que le quedaba un poco grande, unos guantes médicos y una mascarilla que cubría su boca a medias.

—Dime, Vincent, ¿cómo te sientes?

El joven médico sonrió mientras colocaba sus manos entrelazadas debajo de su mentón, y se inclinó un poco hacia su contrario. Lo miró a los ojos, pero estos no se veían como creía. No había ningún tinte de maldad en ellos. No era un animal viendo a una presa; eran los ojos de la curiosidad y la admiración. Esto tranquilizó al chico. Aun así, seguía sin entender su pregunta, así que tomó su pizarra y dibujó un signo de interrogación.

—Oh, lo siento, me refiero a... ¿cómo se siente ser así, una creación así de exitosa? O sea, sé lo de los bichos, pero fuera de eso... eres impecable. Digo, mírate... sabía que serías grandioso, pero creía que eso no implicaba que fueras tan... lindo.

Sin notarlo, Frank se acercaba cada vez más, estando encima de su propio escritorio a ese punto y a tan solo diez centímetros de distancia de su contrario, quien tenía su pizarra y lápiz abrazados a su cuerpo, sumergiéndose un poco en la silla para alargar un poco más la distancia, y miraba al joven médico sorprendido y sin saber qué hacer. De pronto, una polilla salió de la boca de Vincent, acompañada de tos. Frank se alejó un poco y miró a la polilla volar torpemente.

—¡Lo siento! Por un momento olvidé la razón del porqué estábamos aquí. ¡Ja, ja, ja!

El joven médico rápidamente pasó a sentarse directamente en su escritorio, tomó las mejillas de Vincent y juntó ambas frentes, entusiasmado.

—¡Aun así, esto es increíble! Muestra cómo tu cuerpo fue conservado y «arreglado» de tal manera que ni siquiera los insectos necrófagos lo pudren. Eres, sin duda, una creación increíble, Vincent.

El chico miraba asustado a Frank, pero de cierta manera se alegraba de que pensara así de él. Sus palabras lo confundían un poco. Hablaban de él como si fuese algo creado o, más bien, reparado. Siempre había sospechado que el doctor Ghostcraft sabía algo que no le quería contar, y las palabras de su hijo lo confirmaban. Decidió no cuestionarlo en el momento. De pronto, el joven médico se dejó caer en su asiento nuevamente, arreglando su ropa y su cabello, que se habían visto levemente desordenados debido a la repentina caída.

—Mis disculpas. Mi padre me dijo que tenía que ser cuidadoso contigo. Solo me emocioné un poco, aunque creo que para otros humanos eso hubiera sido sobrerreaccionar.

Vincent sonrió. En ese joven médico no había malicia alguna. Se sentía hasta egoísta por ser tratado de esa manera sin haberlo pedido. El chico volvió a escribir en su pizarra: «Está bien, a mí también me dicen que sobrerreacciono a veces. La gente considera que soy extraño por ser así. Es por eso que no he salido mucho de mi

casa últimamente. Tener los insectos haría que me considerasen más extraño». Frank arqueó una ceja y miró sorprendido al chico.

—¿Tú? ¿Extraño? Eres bellísimo incluso solo como concepto, Vincent.

Eso era, por lo menos, peculiar para el chico. ¡Diablos, era extraño! Ahí estaba él, en la oficina del hijo del doctor que lo cuidó como pudo cuando era joven y que lo seguía cuidando en la actualidad, siendo bombardeado de halagos. Sin embargo, a diferencia de sus primeros días de renacimiento, no tenían ninguna intención de dañarlo. Se sentía como si Frank lo viese como un objeto a admirar más que como una persona, así que Vincent se obligó a sí mismo a solo escribir los comentarios necesarios. «¿Qué haremos con los insectos y sus posibles larvas?». El joven médico pensó un rato reclinado sobre su asiento, cerrando los ojos.

—No lo sé todavía. Posiblemente mi padre me diga cuando ya nos conozcamos mejor. Quiere que tú te sientas cómodo conmigo y yo contigo. Ya sabes, el viejo Ghostcraft siendo el hombre considerado de siempre.

Al decir lo último, Frank sonrió. Tanto él como el chico sabían que eso era verdad. Vincent volvió a escribir: «El doctor Ghostcraft es genial. Te pareces a él». Frank lo miró con ternura.

—Bueno, eres el único que piensa eso además de él mismo.

«Debe de haber una razón para eso, ¿no?». Al escribir eso, el chico evitó el contacto visual de nuevo. Se sentía demasiado irreal hablar con Frank. Tenía miedo de que volviera a pasar, pero a la vez tenía miedo de no sentirse conectado realmente con el médico. Este último se quedó en silencio unos momentos. Quizás su padre sí tenía razón con sus palabras; aunque aún era demasiado pronto para pensar eso, además de que era absurdo, una pérdida de tiempo. Sin embargo, no le importaría perder su tiempo con algo tan increíble como Vincent. Habían pasado un par de horas mientras hablaban.

—Entonces, ¿jamás pudieron identificar al hombre?

El chico negó con la cabeza. «No puedo ni quiero recordarlo. Si no me hubiera escapado, no sé dónde estaría ahora. Quizás más lleno de insectos. A él le gustaba eso». La cara de Frank mostraba visible disgusto. ¿Cómo alguien tan brillante, que logró restaurar un cadáver de esa manera y volverlo a la vida, podría ser tan repulsivo? En la mente del joven médico no había ninguna respuesta.

—Es asqueroso, genuinamente asqueroso. Creó algo tan fascinante como tú, logró repararte, y solo para...

Frank se detuvo en seco al temer una reacción en su visitante, recordando lo que quería su padre. El chico escribió nuevamente en su pizarra: «Realmente puedes decirlo si quieres. Ya pasó y no hubo manera de evitarlo. Al menos, ahora estoy aquí».

—Quizás, pero eso no quita lo deplorable que es lo que él hizo. No me malinterpretes, sigues siendo una creación hermosa y grandiosa, pero ¿cómo diablos salió algo como tú de esas manos tan asquerosas?

Vincent se sorprendió ante esas palabras. «¿De verdad piensas todo eso?». Frank quedó en silencio. Esta vez era él quien evitaba el contacto visual, dándose cuenta de lo mucho que estaba halagando al chico.

—Sí, lo pienso.

Control de plagas en un muerto corazón

Y así pasaron los días, luego las semanas y después los meses. El arma más poderosa de la vida es el amor. Sirve tanto para matar como para hacer sentir vivo a alguien de nuevo. Y el joven médico lo comprendió. Aquella introducción mutua se les hizo un pequeño punto en el cuadro que sería eventualmente su relación. Era una pintura que fluía de manera tan natural como la sangre en las venas de un corazón desde la perspectiva de Frank. Vincent lo había invitado a un carnaval, luego a un museo y luego a un café. No eran citas.

Solo eran dos chicos que se sentían muertos pasando el tiempo junto al otro. Al menos, así era en el principio. El chico ya no estaba hecho una primavera llena de insectos, aunque seguía viéndose como una primavera para Frank. Quizás él lo había ayudado a deshacerse de sus insectos, pero aquel chico lo había ayudado a desparasitar su corazón. Los cadáveres andantes sí podían amar. Por eso eran andantes aún; porque aún podían amar. Se preguntaba si Vincent también podía hacerlo. Él era literalmente un cadáver andante. Se sentía feliz pensando en que aquello podría pasar. Se preguntaba constantemente si la gente lo trataba bien en su trabajo, si la gente en general lo trataba bien, si se sentiría feliz hablando de su profesión como tutor de Historia y Geografía. Se preguntaba y preguntaba más acerca del chico.

«Mi existencia está hecha para ser breve, pero la suya está hecha para durar eternamente». Frank suspiró, como intentando que sus pensamientos se esfumaran desechados por el aire, aunque poco le sirvió. «Me pregunto si él estará feliz con eso». Vincent ya no era un objeto para tan solo admirar su composición y jactarse por haber creado algo así. Era una persona por descubrir, por ayudar y por amar aún más. En un pasado eso lo hubiese hecho sentir enfermo, como si fueran pensamientos febriles que solo le dictaran locuras. Pero ese era el problema: su mente se basaba en pensamientos casi febriles que le dictaban locuras que no sabía comunicarles bien a los demás. Y Frank seguiría esos pensamientos hasta su tumba incluso si nadie más supiera de ellos ni lograra hacerlo inmortal a través de la memoria; aunque sabía que, si estaba con Vincent, él sí lo recordaría para siempre. Pero había algo que lo hizo sentir inquieto en ese pensamiento. Vincent mantendría a todos en su memoria, incluyendo a aquel que le hizo daño. Y en ese momento, Frank finalmente tuvo la realización. Tantas lunas deseando en secreto ser inmortal, tan solo para que cuando por fin lo haya logrado, se diera cuenta de lo que significa para su amado Vincent: recordar lo bueno y lo malo, recordar más al hombre de la morgue. Prefería dejar ese sueño

de lado antes de que el chico se viera dañado por su propia memoria otra vez, prefería que el chico lo olvidase antes de que volviese a recordar el horror de su renacimiento. El amor realmente lo volvió tan loco como para enamorarse de un semimuerto. Él también lo era, de alguna manera. Era entendimiento mutuo, y Frank sabía lo que significaba para ambos. Sabía que Vincent se rompería en algún momento y odiaría la idea de ser reparado, pero sabía que no podría detenerse a sí mismo como para obedecer los deseos de muerte de su amado. «Yo quiero ser quien lo repare, no importa si me vuelvo otro doctor Frankenstein, o si él me odia por eso».

CARLOS QUIROZ

CRÓNICAS DE UN INMORTAL

El peregrino

Aquí estoy, recordando cómo terminó mi vida y empezó otra. No sé el porqué, no sé cómo; pero, de alguna forma, tras tantos años, sigo vivo. Miro la Catedral de Santiago de Compostela, un patrimonio de la humanidad bastante antiguo. Es curioso cómo pasó tanto desde la primera vez que la vi, cuando fue construida, alrededor del año 1200. Yo tan solo era un peregrino, un peregrino que nada sabía de la guerra ni del comportamiento humano. Y ahora simplemente soy un desgraciado. Han pasado ya ochocientos años desde que mi vida se volvió una miseria. Mi familia murió hace mucho, víctima de la vejez y de las enfermedades, tan letales en esa época. No dejé ningún legado. ¿Por qué? Simple: no veía interesante la idea de tener hijos ni de ser responsable, aunque en ese tiempo muchos padres tampoco lo eran. Salían a la guerra y volvían hechos pedazos. Las mujeres, esas pobres mujeres que quedaban viudas, estaban condenadas a vivir de la pena de otros. Yo no quería eso para nadie. Aunque era humano, un humano muy devoto a Dios, me gustaba el peregrinaje. Siempre tuve la idea de viajar con el objetivo de mostrar mi fe. No recuerdo cuánto viajé ni cuánto tiempo pasé en soledad, mirando la luz de la luna o planeando lo que haría al llegar a mi

destino: el lugar en el que ahora estoy. Ha pasado demasiado tiempo desde aquel entonces. Recuerdo haber anhelado acercarme a la divinidad. Por eso me presenté ante la tumba del apóstol Santiago, orando y suplicando por conseguir algo. Parece que mis súplicas fueron escuchadas, pues sigo vivo.

Durante mi estadía en Santiago de Compostela, me enfermé gravemente de fiebre tifoidea. Pensé que esta enfermedad acabaría conmigo, que ese sería mi castigo por haber querido acercarme a Dios. Mi sorpresa fue enorme cuando, al amanecer, descubrí que estaba curado. Me sentía extraño, renovado, como si hubiera nacido de nuevo. Pasaron los años. Viví más que cualquier otra persona y fui testigo de los horrores del ser humano. Confirmé que la existencia de Dios era tan solo una falacia. Vi el descubrimiento de las Américas, cómo los países se desarrollaban y cómo las iglesias se desprestigiaban. Perdieron el respeto que se les tenía, aunque aún conservan cierto valor. Sin embargo, no es el mismo que tenían en el siglo XIII. Viajé por todo el mundo buscando una respuesta a mi inmortalidad. No solo no envejecía ni enfermaba, sino que podía soportar heridas que para un humano normal habrían sido fatales. En las Américas, me comuniqué con los mayas y los aztecas, esperando hallar alguna respuesta. Me veían como una de sus tantas divinidades, pero yo me alejé para no causar revuelo. Intenté múltiples veces acabar con mi vida. Lo que en un principio parecía una bendición, poco a poco se convirtió en una maldición. Mi peregrinaje pasó de tener un propósito religioso a convertirse en un camino suicida. Buscaba desesperadamente la manera de ponerle fin a mi dolor. Y así, finalmente, caí en la locura más de una vez. Pasaron guerras, demasiadas guerras con motivos ridículos, guerras que causaron más guerras. Pasaron pandemias, desastres naturales, momentos memorables y horripilantes para el ser humano. Al final, el 2024, decidí volver adonde todo comenzó, a Santiago de Compostela, y aquí estoy, arrodillado en el mismo lugar donde grité mis súplicas alguna vez.

La tribu

El sol me cegaba. Caminaba ya agotado, hambriento y sediento por una sabana desconocida. Tanta era mi fatiga que no era capaz de hablar, pero no lo suficiente como para caer desvanecido. Estaba redescubriendo mis capacidades y mis limitantes. A pesar de sentirme fatigado, tenía una resistencia sobrehumana; pues, aunque el dolor existiera, aunque fuera punzante y el cansancio estuviera ahí, no podía caer inconsciente. Pasaron muchas horas. Las horas se convertían en días y los días en semanas. ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Cuántas décadas? ¿Cuántos siglos? Mi percepción del tiempo era lenta, como si una vela se estuviera derritiendo, como si el tiempo en verdad no transcurriera, pero el tiempo seguía de largo. El tiempo sí pasaba. Mi mente también estaba fatigada. Estaba completamente roto. No podía pensar con claridad. Mis piernas tambaleaban. Tenía sueño, demasiado sueño. Sentía que cada paso era un posible tropiezo, una posible caída. Al poco tiempo sentí que estaba permanentemente cayendo. Las náuseas se hacían presentes. Lo peor de todo eran las migrañas, las putas migrañas que se sentían como miles de golpes y pinchazos en la cabeza. De vez en cuando, el lado derecho de mi cara se dormía. Odiaba todas esas sensaciones que inundaban mi cuerpo; sensaciones que conocía, pero que nunca experimenté de esta forma. Tras unas horas de caminata, pensé que mis ojos me jugaban una mala pasada. Con mis manos secas y débiles me los intenté frotar. Había encontrado a la distancia lo que parecía ser una especie de aldea; aunque un tanto primitiva, diría yo, incluso para la época. Sin pensarlo mucho en el momento, empecé a correr con cierta desesperación. Mis pies, que se sentían pesados, empezaron a arrastrarse. No estaba en condiciones de correr y, aun así, lo hacía. Hacerlo me cobró factura, pues en el momento en que me aproximé a la aldea, en el momento en que vi cráneos humanos a los alrededores, mis piernas fallaron y caí al suelo, agotado. Había llegado a

mi límite en el peor momento, en la peor situación posible, pues fui visto por un grupo de aparentes cazadores de la aldea, para variar, caníbales, unos malditos mangarranes. Ellos, a pesar de tenerme en el suelo, decidieron intentar rematarme. Usaron lanzas de piedra. Con un montón de cuchillos dentados atravesaron mi cuerpo. Había quedado empalado contra el suelo. Sentía, más o menos, de la lanza en mi pecho y en mis brazos, la sangre que goteaba de los agujeros. Mi cuerpo ya no reaccionaba. Sentía un gran dolor, como si ardiera por dentro, y luego nada. ¿Estaba finalmente muriendo? Pues no; solo había quedado inconsciente. Estaba en una jaula, en lo que parecía una choza improvisada por los de la aldea. A mi lado: un par de hombres moribundos también en sus respectivas jaulas. Intenté hablar con ellos, pero no parecían entender español. La choza como tal era solo una carpa hecha con hierbajos y pieles de animales, sostenida por varios palos de madera seca. Estuve unos momentos en silencio, hasta que un gran dolor vino a mi pecho y a mis brazos. Un dolor agudo, intenso. Me miré y aún tenía las heridas causadas por las lanzas, aunque se estaban cerrando de a poco. En ese momento, uno de los hombres enjaulados me miró sorprendido, con obvios motivos, ¿Quién podría aguantar tener un agujero enorme en el pecho o en los brazos? Tras un breve momento, intenté comunicarme de varias formas con él, con señas, con dibujos en la tierra, entre otras cosas, hasta que me dijo: «Puedo hablar español». En ese momento me quedé callado y él me explicó la situación. Se llamaba Isidro. Llevaba tan solo unos días atrapado en ese lugar. No me quiso comentar qué hacía en la sabana o cómo lo capturaron, pero sí me comentó un par de cosas importantes de la aldea. Estaba, efectivamente, conformada por caníbales demasiado hostiles y crueles; pues, por lo que pudo apreciar Isidro, no solo cazaban a los humanos y los mataban, sino que también los torturaban. Me comentó que, antes de mí, había un chico joven, de unos diecisiete años, que parecía muy desesperado. Resulta que los caníbales lo habían atado a un palo de madera en mitad de la aldea y empezaron a quemarlo vivo,

a arrojarle lanzas, entre otras cosas. También me comentó que, tras haber dejado al chico casi muerto, le ofrecieron un cuchillo para que él mismo acabara con su vida.

La explicación de Isidro fue interrumpida de golpe, pues varios miembros de la tribu entraron. Ni Isidro ni yo esperábamos que entraran tan pronto. El siguiente era Isidro, se supone, pero uno de los miembros de la tribu empezó a conversar con el resto mientras me apuntaba. Ya sabía lo que ocurriría, pues mis heridas ya se habían cerrado casi por completo en cosa de unas horas. Estaba seguro de que ellos intentarían averiguar cómo lo lograba. Mis sospechas fueron reales.

Estaba atado a un palo en medio de la aldea. Sabía que dolería. Estaba preparándome para un dolor mayor. Respiraba de forma agitada. Los aldeanos se juntaron a mi alrededor: niños, mujeres y hombres. Yo los miraba desesperado. Quería salir de ahí, pero no tenía forma alguna. La tortura empezó. Encendieron fuego alrededor mío. Era sofocante. Era difícil respirar. Apenas podía mantener los ojos abiertos. No sé qué pasaba por mi mente. Sabía que estaría bien, pero también dolía bastante. El fuego abrasaba mi cuerpo. Sentía cómo calcinaba mi piel. Luego empezaron a lanzar cosas: lanzas, piedras, cualquier cosa que pudiera lastimarme. Sentía los golpes contra mi piel, los cortes que causaban las lanzas y cómo se incrustaban en mí. Di un fuerte grito, pues el dolor era insoportable. Luego de tres horas de tortura, el fuego se extinguió. Yo seguía consciente, pero mi piel estaba calcinada y humeando. Las cuerdas que me tenían atado se habían quemado también, por lo que caí al suelo, finalmente, derrotado.

¿Soy un dios?

Tras la extensa tortura que me hizo pasar esa odiosa tribu, no pude evitar sentir odio hacia ellos. Hacían atrocidades con quienes

conseguían capturar, y ahora yo estaba siendo su víctima. Estaba tirado en el suelo o de rodilla ante ellos, cuando un cuchillo cayó ante mi mirada. Con las pocas fuerzas que tenía, tomé el cuchillo y me apuñalé el cuello, para luego ponerme de pie ante ellos. No esperaba una gran reacción. Quizás que me aporrearan o que me intentaran rematar. En vez de eso, en vez de seguir con sus atrocidades, se arrodillaron ante mí. Ellos me habían considerado su dios, pues era incapaz de morir. No lo había pensado de esa forma hasta ahora, pero incluso diría que tenía sentido. ¿Y si en verdad yo era un mesías? ¿Y si yo era un dios en cuerpo humano? Los aldeanos me llenaban la cabeza con esas ideas. Aunque no pudieran hablar mi idioma, entendieron mis peticiones, dejaron ir a los pocos prisioneros que tenían. Isidro, por su parte, se quedó conmigo en la aldea. Logré convencer a los aldeanos de dejar la carne humana, de simplemente cazar comida y animales normales, cosa que aceptaron algo enojados, pero yo era su dios. No querían negar mis peticiones, quizás por miedo, o quizás por verdadero respeto, quién sabe.

Pasaron unas semanas, y yo me había encerrado en la idea de ser un dios. Isidro, quien se había convertido en mi consejero, solía avalar esta idea. Más allá de ser un consejero, era un amigo. Solíamos quedarnos hasta tarde hablando de nuestras aspiraciones y de nuestro pasado. Le conté todo lo que había vivido, la cantidad de años que llevaba viviendo como un inmortal, todo lo que pasé, todo lo que perdí, y él parecía compadecerse de mí. Apreciaba su compañía. Quizás era la única compañía que tendría en muchísimos años, pues yo mismo solía aislarme por el miedo de ver envejecer a mis seres queridos.

Testigos de la devastación

La muerte, la soledad, la vida: todo eso es algo natural en la existencia humana. ¿Entonces soy alguien antinatural? Respondien-

do a esa pregunta, creo que es obvio decir que sí. A pesar del peso del tiempo, sigo aquí. No importa si se esfuerza en hacerme envejecer, no logra nada en lo más mínimo. Quizás por eso se apresura en tomar todo lo que puede, aunque no me pueda afectar directamente. Como era normal en la tribu, ya estaba siendo hora de moverse, de desplazarse a un nuevo lugar con tal de conseguir recursos, ya sea comida, agua, madera, piedras o plantas. Fue entonces cuando la tribu empezó a prepararse, mientras que Isidro y yo planeábamos mejoras para la tribu. Estábamos organizándonos para enseñarles nuestro idioma a los más jóvenes, quizás civilizarlos más y adaptarlos a otra vida. Pero ¿qué quedaba de normal en este mundo? Los humanos se matan por motivos egoístas. Buscan cualquier forma para tener poder y tomar más y más del resto.

El viaje comenzó. Yo estaba en la delantera junto con Isidro. Ahora la tribu nos seguía a nosotros, aunque preferíamos que los exploradores tomaran la ventaja con tal de mantenernos a salvo, ya sea de otras tribus, de animales salvajes o quizás de otros humanos. La caminata se volvió extensa. Habían pasado un par de días y noches. Comíamos solo lo necesario. La prioridad eran los más jóvenes y las mujeres. A mí no me importaba comer. Sabía que no me moriría de hambre y que podría aguantarlo, y eso me ayudaba a parecer más benevolente ante mi pueblo. Isidro había planteado hace un tiempo la idea de una traición; pues, como era normal en un pueblo, no todos estarían de acuerdo con una idea, y no todos se resignarían a servirle a alguien que llegó de un momento a otro. Era de suma importancia que, en cuanto pudiéramos, intentáramos enseñarles nuestro idioma a los jóvenes, con tal de educarlos y civilizarlos, para evitar que maten a algún inocente o algo por el estilo. Mientras pensaba en ello, algo me hizo salir de mis pensamientos: los exploradores se habían detenido. Nos estaban esperando. Parece que habían encontrado algo. Ahí fue cuando lo vi: recuerdos del pasado, momentos antiguos y a la vez modernos, los últimos vestigios de la pobre humanidad que alguna vez conocí. Una ciudad en ruinas, una ciudad que

no tenía arreglo. Sabía que podríamos encontrar comida y recursos ahí, pero podía ser arriesgado, podía haber animales peligrosos o personas desquiciadas. Miré a Isidro por unos momentos. Ambos parecíamos pensar lo mismo. Armamos un campamento a las afueras de la ciudad. Estábamos divididos en varios grupos que yo mismo había organizado. Isidro y yo nos habíamos quedado con dos exploradores con los que nos podíamos comunicar medianamente bien. Nos estábamos preparando para una serie de excursiones con tal de conseguir recursos. Miraba los edificios de la ciudad devastada. Pensaba que nunca volvería a ver algo parecido, pero no era la primera vez. El humano se había acostumbrado a las guerras. Esto derivó en una decisión muy radical por parte de las mayores potencias mundiales del momento: mantener el analfabetismo en el resto de los países para que no pudiesen progresar. Estas acciones causaron que se prohibieran los libros, las computadoras, o cualquier medio de información y aprendizaje. Quienes más sufrieron fueron los países pobres; pues, además de no progresar, retrocedieron enormemente. Muy pocos se pudieron mantener sanos de mente y, con el pasar del tiempo, solo pequeños grupos tenían el privilegio de poder leer, escribir y comunicarse de forma clara.

Expedición del pasado

Los grupos ya estaban conformados. Logramos explicarles medianamente bien el plan que teníamos entre manos. Éramos cinco grupos de cuatro personas cada uno, con el objetivo de conseguir alimento y provisiones para nuestra supervivencia. Estábamos ya en las últimas. No era opción recular en busca de algún otro método. Los más viejos y las mujeres se quedarían cuidando el campamento improvisado. Isidro se veía motivado. Sin duda era alguien hambriento de conocimiento, pues era de los pocos humanos «normales» que quedaban. No era alguien primitivo ni parecía tener comporta-

mientos típicos de un asilvestrado. En cuanto pusimos un pie dentro de la ciudad, la caminata se volvió más sencilla. Aún quedaba algo como la calle. Aunque estaba en mal estado, de todas formas caminar en un suelo sólido era sencillo, mejor que correr por tierra, fango y arena. Los exploradores miraban los alrededores fascinados por las antiguas estructuras, mientras que Isidro parecía buscar algo en específico. No podía saber con certeza lo que él quería. Seguía siendo alguien reservado. Todos lo serían después de una catástrofe tan absurda como la que vivió su familia. Nos habíamos detenido unos momentos para inspeccionar el área en busca de alguna tienda donde hubiera comida o agua, y ahí la encontramos: una pequeña tienda con los ventanales rotos, destrozados por completo. Advertí a los exploradores para que no caminaran por encima, pues se podrían cortar con los vidrios del suelo. Isidro les recomendó quedarse y esperar, mientras yo me adelantaba para entrar en la tienda en busca de algo. Di un vistazo a una vieja nevera del lugar. En cuanto la abrí, esperando encontrar un mal olor, me sorprendió la situación. Acerqué mi mano a los congelados, tomé un paquete de carne. ¿Por qué la carne seguía en buen estado? ¿La nevera funcionaba? Esas preguntas pasaron por mi cabeza en el momento. Me quedé pensando. No éramos los únicos ahí. Y si era así, las personas que estaban aquí no tardarían en volver. Llamé a Isidro con un grito, aunque me di cuenta del error, pues esto podría haber alertado a alguien que estuviera cerca. En cuanto llamé a Isidro fui corriendo entre los muebles del lugar en busca de alguna cosa con la cual poder llevar los alimentos y el agua que quedaba en el lugar. Encontré bolsas de plástico colgadas en el mostrador de lo que era la antigua tienda. En cuanto Isidro se acercó a mí, le lancé algunas bolsas y le indiqué de forma algo inquieta que guardara todo lo que encontrara en las neveras, que no tomara los empaquetados, pues seguramente esa comida no se había salvado. Yo me había apresurado a guardar lo que encontraba: comida enlatada que aún se pudiera rescatar, algunos paquetes de fideos, entre otras cosas. Dos sonidos bastante fuertes se escucharon

afuera de la tienda. Fue un ruido seco, con poco eco, pero lo suficientemente fuerte para alertarnos a Isidro y a mí. Ese sonido me asustó, me aterrorizó. Sabía lo que era: un sonido muy reconocible después de tantos años de vida, después de tantos siglos. Me acerqué a Isidro en silencio y le indiqué que se agachara. Yo planeaba salir a averiguar qué sucedía. Al asomarme por uno de los ventanales rotos, me sorprendí al ver a un pequeño grupo de hombres armados. Era gente civilizada, al menos más que los de la tribu, sin duda. Llevaban armas de fuego, armamento algo antiguo para la época. Debieron robarlo o conseguirlo de algún museo, me atrevería a decir. Fue entonces cuando uno de ellos me volteó.

COLOMBA SANTIS

AMUNTUN

¿Alguna vez te has preguntado qué pasaría si tu vida cambiara totalmente de un momento a otro? Esa ha sido mi disyuntiva desde que me mudé de casa.

Estaba en la casa de mi tía. Usualmente, los fines de semana, junto a mi papá y mi mamá, pasábamos metidos ahí, a pesar de vivir a una hora de distancia. Cada vez que veníamos, mi madre se ponía al día con todos los cahuines y copuchas de viejas. Nada realmente interesante. La casa de mi tía quedaba cerca de mi antigua casa. Habían pasado cinco años desde que nos mudamos, pero no podía evitar sentirme nostálgica sobre lo que alguna vez fue mi hogar. Me críe en esa casa, viví, amé, lloré y algún día tuve que renunciar a eso. La verdad, tenía sentimientos encontrados sobre la mudanza. A veces pensaba que fue lo mejor porque en mi vida actual tengo plata, amigas, un pololo; todo lo que una adolescente promedio desea. Pero había veces en que reflexionaba sobre todo lo que pudo ser y no fue. Finalmente, tuvimos que regresar. Para volver hay dos caminos: el primero, por el cual siempre nos íbamos de regreso; y el segundo, que era un poco más largo y pasaba cerca de mi antigua casa. No podíamos ir por el primero porque había sucedido un gran accidente. De camino, mientras estaba en el auto, miraba hacia afuera. Mi memoria se llenaba de recuerdos y emociones. Hace muchísimo tiempo no nos íbamos por acá. En algún momento pasamos por un puente.

Miré por la ventana, admirando la naturaleza que existe. Luego decidí cerrar mis ojos. Cuando volví a abrirlos, sentí algo distinto, como si algo hubiera cambiado. Miré la hora de mi celular: 18:18 h.

El fondo de mi celular empezó a cambiar y, poco a poco, comenzó a desaparecer la foto con mis amigas. Se cambió a otras personas que no conocía. Asumí que fue una falla del celular; la tecnología no siempre es lo más confiable. Vi que mis padres transitaban un camino diferente al que debíamos tomar. Me entró la duda del motivo, pero preferí ver qué le sucedía a mi celular. Cuando lo desbloqueé, mis chats de WhatsApp parecían estar volviéndose locos: mis contactos comenzaron a desaparecer y aparecieron nuevos, llegaban y se borraban mensajes. Me desconcertó completamente. Entré a mi galería y todas mis fotos se empezaron a borrar, una por una, y llegaron nuevas que jamás había sacado. Poco a poco, mi celular se transformó en el de una desconocida. En este punto, me empecé a desesperar; pero antes de que siquiera dijera algo, vi que estábamos estacionados afuera de mi antigua casa.

—¿Mamá? ¿Qué hacemos acá?

—Acá vivimos po, hija.

Mis padres estallaron de la risa. No me lo creía. Estaba totalmente desorientada. Me empecé a sentir mareada.

—Papá, mamá, debe ser una broma. Nosotros vivimos a una hora de acá.

—Pero Renée, ¿de qué estás hablando?

—Si no estoy loca, nos mudamos cuando tenía once.

—Renée, toda la vida hemos estado acá. No hables tonteras y entra a la casa.

No me lo podía creer. ¿Estoy en una línea alterna? ¿Qué pasó con mis amigas, con mi pololo, con mi vida? No me sentía capaz de aguantar otro cambio. Tenía que ser un sueño, eso debía ser. Entré a mi antigua casa y todo estaba como lo recordaba: mi pieza, el living, el baño, todo. No soporté y me desmayé. Al rato, desperté recostada

en mi cama. Al lado mío había una chica de pelo negro y largo, un poco narigona, pero con una mirada bastante seria.

—¿Quién eres tú? —inquirí por el susto.

—Ay, hueona, no te hagái que no me conocí.

La miro con ojos de plato, analizándola. Su cara se me hacía familiar. Alguna vez la habré visto. Después de un rato, por fin caché quién era: mi amiga de la infancia, la Martina. Hace años que no sabía absolutamente nada de ella. Estaba muy cambiada.

—¿Marti?

—Sí po, tonta —y me pega un charchazo. No me acordaba de lo agresiva que era.

—Tan linda tú, Martina González.

Empecé a hablar con ella. Aparentemente hice un salto cuántico a una línea del tiempo donde nunca me cambié de casa y ahora tengo que fingir demencia para que no me tomen por loca. ¿Ya mencioné que estoy sorprendida, anonadada, confundida? Sí, lo mencioné, pues lo reitero. Una vez que se fue la Marti de mi casa, empecé a leer todas mis conversaciones, fotos, videos, para ver cuál era mi vida actualmente. Seguía sin entender nada. Ya me había pellizcado y claramente no era un sueño. El peor domingo por la tarde que he tenido. Vi la hora: 20:02 h. Habían pasado dos horas desde este cambio de realidad. ¿Habrà otra versión de mí tratando de averiguar mi vida? Necesitaba despejarme. Salí a comprarme un helado con una luca. Los Trululús, gracias a la inflación, no son muy baratos que digamos. Cuando llegué, vi que estaban a \$300 pesos. ¡En shock otra vez! ¿Tan baratos? La última vez que los vi estaban a \$800. Al ver los demás productos, me di cuenta de que todo está muy barato. ¡Qué maravilla estoy viendo! Agarré unas ramitas, aprovechando su precio. Mientras pagaba, le dije al vendedor:

—¡Son maravillosos estos precios! Es como si nunca hubiera existido ni la inflación ni la pandemia.

—¿De qué pandemia me habla, señorita?

—Covid-19, 2020, ¡mascarillas!

—Ni idea de lo que me habla. Hace siglos que no ha habido pandemias.

—Ja, ja ja, buena broma, pero le hablo en serio.

—Yo también. Revise en su celular; no ha pasado nada.

Fui de una a revisar mi celular. Efectivamente, nunca hubo pandemia. No solamente mi vida es distinta, sino que también la de todo el mundo. No soporté esto y me volví a desmayar. Cuando desperté, vi a mi alrededor. No logré reconocer nada. Cuando miré mi celular, eran las 11:11 h, pero esta vez no había fondo de pantalla, ni fotos ni contactos. ¿Lo perdí todo?

MONGETUN

Me encontraba aislada en la soledad de mi mente, recorriendo recuerdos pasajeros de mis veintiún, casi veintidós años. Al otro día iba a ser mi cumpleaños, por lo que mi madre me había pedido que buscara fotos mías para darme una sorpresa. Realmente yo no le daba mucha importancia a mis cumpleaños. Era mi madre quien siempre me los celebraba como si fuera una reina. No sé si tiene alguna relación con el hecho de que no tengo papá: mi mamá no quería que me sintiera sola o diferente a los demás niños. No lo sé, realmente.

Mientras exploraba mi baúl de los veinte años, no encontraba nada de real valor que pudiera entregarle a mi mamá. Estábamos en los 2000. No todas las familias podían permitirse fotografías. Considerando que mi madre y yo apenas teníamos para un pan con jamón, con menos razón podríamos haber tenido fotos. Podría haber deseado que mi vida fuera diferente, tener dinero y así poder tener mil fotos si quisiera, pero tenía algo que no todos tenían: el cariño de mi «mai». Eso nadie lo podrá reemplazar: un cariño cálido e incondicional.

Tras rendirme buscando las fotografías, me empecé a alistar para mi nuevo trabajo. Aún no había podido entrar a la universidad. Habíamos estado ahorrando muchísimo. Si todo salía bien, el próximo año iba a poder estudiar. Salí de mi casa y me subí a la micro. No pasaron ni dos segundos y el olor a poto y a cebolla se incrustaron en mi nariz. Coloqué apenas mi Bip en el torniquete para finalmente nadar entre las sardinas de personas que llenaban la micro. Miraba al exterior esperando que acabara mi agonía, cuando escuché a un se-

ñor gritar por teléfono como si no hubiera al menos veinte personas más a su alrededor queriendo viajar en paz. Lo miré y él me miró a mí con sus ojos oscuros como la noche. Poco a poco mi alrededor se empezó a aclarar. Todo se tornó borroso y, en un pestañeo, ya no era yo. Me encontraba en una mesa con un montón de desconocidos mientras todos reían. «¡Grande, Luchito!», me decían. No entendí ese recuerdo. Los miré, ellos me miraron, y acto seguido se rieron más y más fuerte. Mi respiración se agitó, mi cuerpo se adormeció. Una sensación negativa recorrió cada parte de mí. Mis ojos lagrimearon. Otra vez todo se aclaró y, cuando cerré los ojos, volví a ser yo. Entonces Luis se llamaba el señor.

¿Les mencioné que tengo superpoderes? Al parecer, puedo meterme en la mente de las personas e indagar en uno que otro recuerdo en el que estén pensando. Lo descubrí cuando era pequeña. Inconscientemente, me metía en la mente de mi «mai» para averiguar sobre mi padre. Cuando digo inconscientemente es porque aún no sé controlarlo ni cómo funciona. Pero, gracias a mi poder, pude descubrir más acerca de él. Verlo morir es algo que sigue atormentando a mi madre y, de cierta forma, a mí. Quizás, de primera, me hubiera gustado tener otra imagen de él, pero al menos puedo reconocer su cara y ahora conozco un poco más de su personalidad.

Luis dejó de hablar por teléfono y empezó a arreglarse para bajarse de la micro. Sin darme cuenta, bajé en el mismo lugar que él. Quién sabe, mi trabajo era limpiar un asilo de ancianos, y en una de esas coincidencias de la vida, quizás era parte del asilo. No lo sabía en ese momento. Llegué al hogar y de inmediato me puse a trabajar. Había perdido de vista a Luchito. Parece que las coincidencias no fueron suficientes. Mientras trabajaba, se me acercaron ancianas a conversar. Muchas de ellas olvidaban lo que decían a los minutos de expresarlo, y a otras no se les escapaba ningún detalle. De todas formas, no podía parlotear mucho. Más tarde llegó la hora del descanso. Ahí la vi: el terror del asilo, Doña Úrsula, la más reciente que había

llegado, y también la más pesada. Quizás, como desafío personal, decidí acercarme a ella.

—¡Qué niña tan huesuda, por Dios! ¿Acaso no comes?

La miré con ojos de compasión. No le di mucha importancia a su comentario. A pesar de iniciar con una conducta agresiva, poco a poco se iba soltando. No era tan pesada como parecía; solo que las demás viejuelas no le tenían paciencia. Me confesó el motivo de por qué estaba ahí. A pesar de no aparentarlo, estaba casada. Lentamente, Úrsula dejó de ser autosuficiente; y su esposo, también de tercera edad, tenía dificultades para cuidarla, considerando que tenía que viajar mucho. Sus hijos, nefastos, la dejaron de lado. Un sentimiento de pesadumbre llenó mi cuerpo. Miré sus pequeños y tristes ojos. Deseé conectar con ella. Más que nunca me concentré para meterme en su mente y, después de veintiún, casi veintidós años, resultó. Como siempre, todo se empezó a aclarar, a ver borroso, y, en eso que pestañeo, ya era doña Úrsula, pero ahora muchísimo más joven. Me veía y estaba en una pieza frente a un espejo, tan joven y reluciente, para nada parecida a la Úrsula que conocí. Era una mujer mucho más vanidosa y elegante. Me encantaba este recuerdo: simplemente verme y sentirme extasiada. De repente tocaron la puerta. ¿Será mi esposo?, me pregunté.

—¿Quién es?

—Soy yo, querida.

Esa voz me resultaba familiar.

—Entra, esposo mío.

El éxtasis me duró poco. El esposo de Úrsula era... ¿mi papá?

—¿Por qué estás vivo? ¿Por qué estás con esta señora?

—Úrsula, no entiendo a lo que vas.

—Tu hija. ¿Qué sucede con tu hija? ¡Tú moriste, yo te vi morir!

—Ursulita, amor, eso era con mi antigua familia, a la que renuncié por ti, y lo sabes. Ya no soy Sergio, ahora soy Hugo.

—¡Cretino! ¡Eres un cretino!

Se me desfiguró la cara, la mente, el corazón, todo. Jamás pude involucrarme tanto en un recuerdo. Jamás pude interactuar. Será por lo estupefacta, lo conmocionada, lo engañada que estaba. Otra vez todo se veía borroso. Pestañeeé y volví a ser yo. Sentía el cuerpo tenso. No me sentía capaz de decir ninguna palabra, ni siquiera de mirarla.

—Lo bueno, hija, es que hoy viene a visitarme mi Huguito. Todo el día mi hermano trató de ubicarlo para que llegara, y por fin viene.

Me sentí mareada, anonadada. No fui capaz de decirle nada.

—¡Ahí viene!

Cuando me fijé, era Luchito, el mismo de la micro, junto a mi padre, al mismísimo que vi morir, del que jamás supe nada. Fingió su muerte. Es que no me cabía en la cabeza: fingió su muerte. No lo podía creer: fingió su muerte. Sentía que lo iba a matar porque fingió su muerte. Lo miré. Él me miró. Y no dudé ni una ni dos veces en gritarle:

—¡Fingiste tu muerte, Sergio!

RESEÑAS

Franco Adasme Serrano (Talagante, 2007). Egresado del Colegio Niño Jesús de Talagante y actualmente estudiante de primer año de Ingeniería Civil Industrial en la Universidad Central de Chile.

Paskal Aguilera (Peñaflor, 2008). Estudiante de Cuarto Medio del Liceo República de Grecia.

Montserrat Arce Hinojosa (Talagante, 2006). Egresada del Colegio El Niño Jesús de Talagante y actualmente estudiante de primer año de Psicología de la Universidad Alberto Hurtado.

Antonella Bello (Chile, 2009). Estudiante de Tercero Medio del Colegio Los Robles de los Libertadores de El Monte.

David Cáceres (Cali, 2006). Estudiante de Cuarto Medio del Colegio Tegualda de Talagante. Ganador del premio «Alborada en 100 palabras» en el año 2019. Publicó el ensayo «Sobre Libertad» en la revista de filosofía del Liceo Grecia *Aletheia*.

Alexia Caro (Talagante, 2009). Estudiante de Tercero Medio del Liceo Politécnico de Talagante. Ganó un torneo de debate en el año 2022 y estos últimos dos años ha ganado el primer lugar en rendimiento académico.

Catalina Carreño Daza (Santiago, 2008). Estudiante de Tercero Medio del Colegio Integral Arturo Prat de Talagante.

Anastasia Cartagena Moya (Talagante, 2009). Estudiante de Tercero Medio del Colegio República de Grecia de Talagante.

Catalina Durán (Talagante, 2007). Estudiante de Cuarto Medio del Colegio El Niño Jesús de Talagante.

Fanny Flores Vidal (Talagante, 2009). Estudiante de Tercero Medio del Colegio Los Robles de los Libertadores de El Monte.

Sofía Fuentes Manzo (Talagante, 2007). Estudiante de Cuarto Medio del Colegio Niño Jesús de Talagante.

Aurora García (Talagante, 2009). Estudiante de Segundo Medio del Liceo Bicentenario de Talagante. Obtuvo el segundo lugar en el concurso literario «Lluvia de Estrellas» de la Fundación Hotimao de Melipilla el año 2024. Ilustradora en el cómic *Trazos por la paz* (ElOtroCuarto, 2024).

Camila Godoy (Santiago, 2008). Estudiante de Tercero Medio del Liceo República de Grecia de Talagante.

Jorge Méndez (Santiago, 2009). Estudiante de Tercero Medio del Liceo República de Grecia de Talagante.

Andrea Mercado González (Valencia, 2008). Estudiante de Tercero Medio del Colegio El Niño Jesús de Talagante.

Niel Molina (Providencia, 2008). Estudiante de Tercero Medio del Colegio Sagrado Corazón de Talagante.

Valentina Montero (Padre Hurtado, 2008). Estudiante de Cuarto Medio a través de exámenes libres. Participó en la escritura y en la edición de la antología *Ecos de mentes heridas* del Colegio Alcántara de Talagante (2024).

Leandro Orellana (Padre Hurtado, 2008). Estudiante de Tercero Medio del Colegio Castalgandolfo de Padre Hurtado.

Valentina Osses Quezada (Santiago, 2008). Estudiante de Cuarto Medio del Colegio Castalgandolfo de Padre Hurtado. Fue publicada en la antología *Florilegio* (ElOtroCuarto, 2023), como parte del Taller de Poesía impartido por Daniel Viscarra y Gabriel González en la Biblioteca Municipal de Talagante.

Josefina Pérez Contreras (Talagante, 2007). Egresada del Colegio Alcántara de Talagante y actualmente estudiante de primer año de Psicología en la Universidad Central de Chile. Ganó en el concurso literario «Alcántara en 100 palabras» el año 2023 y fue publicada en la antología *Creciendo entre letras* (2023) del mismo colegio. Participó de la Escuela de Verano de la Facultad de Letras de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

Vicente Pérez (Isla de Maipo, 2006). Egresado de Cuarto Medio del Colegio Villa el Sol de Isla de Maipo.

Liam Pradenas Valdivia (Talagante, 2007). Egresada del Liceo Talagante y actualmente estudiante de primer año de Pedagogía en Castellano en la Universidad de Santiago de Chile. Ganó

el concurso de ensayos filosóficos (2023) y el concurso «Liceo en 100 palabras» (2024) del Liceo Talagante. Es parte de la Orquesta Autogestionada Tenoia Musicalis desde el 2024 y de la Orquesta Sinfónica Infantil y Juvenil de la Corporación Educacional de Talagante desde el 2017.

Carlos Quiroz (Talagante, 2007). Estudiante de Cuarto Medio del Colegio English College de Talagante. Es parte de la orquesta juvenil del Centro Cultural Senderos de El Monte y del taller de radio teatro Corporación Cultural San Francisco de El Monte.

Amparo Rojas Ortega (Talagante, 2007). Egresada del Colegio Alcántara de Talagante y actualmente estudiante de primer año de Letras Hispánicas en la Pontificia Universidad Católica de Chile. Obtuvo el tercer lugar en el 1º Concurso Literario Juvenil de la Provincia de Talagante, categoría Poesía, organizado por la Sociedad Literaria y la Corporación Municipal del Arte y la Cultura de Talagante (2023). Fue publicada en las antologías *Creciendo entre letras* (2023) y *Florilegio* (ElOtroCuarto, 2023), esta última como parte del Taller de Poesía impartido por Daniel Viscarra y Gabriel González en la Biblioteca Municipal de Talagante.

Colomba Santis Torres (San Bernardo, 2008). Estudiante de Cuarto Medio del Colegio Integral Arturo Prat de Talagante. Ganadora por dos años consecutivos del concurso literario de «Fiestas Patrias» (2023, 2024) y del concurso literario del «Mes del mar» (2023) del Colegio Integral Arturo Prat de Talagante.

Gaspar Sepúlveda Uturbina (Talagante, 2007). Estudiante de Cuarto Medio del Colegio Universal San Francisco de Asís de Talagante. Ilustrador en el cómic *Trazos por la paz* (ElOtro-Cuarto, 2024). Participó en el Taller de Teatro de la Corporación Municipal del Arte y la Cultura de Talagante durante el año 2024.

Fernanda Troncoso (Talagante, 2007). Estudiante de Cuarto Medio del Liceo República de Grecia de Talagante.

Max Valdivia López (Santiago, 2009). Estudiante de Tercero Medio del Liceo República de Grecia de Talagante. Ganadora del concurso literario «Grecia en 100 palabras» el año 2024.

ÍNDICE

9	Introducción
	Géneros Referenciales
17	Monserrat Arce Hinojosa
24	Catalina Carreño
28	Andrea Mercado González
35	Leandro Orellana
38	Colomba Santis Torres
	Ensayo
47	Franco Adasme Serrano
51	David Cáceres
54	Valentina Montero
56	Josefina Pérez
59	Liam Pradenas Valdivia
66	Carlos Quiroz
70	Amparo Rojas
	Poesía
75	Paskal Aguilera
84	Monserrat Arce Hinojosa
92	Antonella Bello
97	David Cáceres
103	Catalina Durán
110	Sofía Fuentes Manzo
115	Aurora García
121	Camila Godoy

129	Jorge Méndez
136	Niel Molina
143	Valentina Osses Quezada
150	Vicente Pérez
156	Carlos Quiroz
162	Gaspar Sepúlveda Urtubia
169	Fernanda Troncoso
174	Liam Pradenas Valdivia
181	Max Valdivia López

Narrativa

189	Paskal Aguilera
198	Antonella Bello
207	Alexia Caro
218	Catalina Carreño
226	Anastasia Cartagena Moya
234	Fanny Flores Vidal
241	Aurora García
252	Carlos Quiroz
262	Colomba Santis



EN
ESTE TRABAJO
COLABORARON DANIEL
VISCARRA EN EDICIÓN Y ROBERTO
MORALES EN DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN.
EL LIBRO SE COMPUSO UTILIZANDO
UNA TIPOGRAFÍA SERIF Y FUE IMPRESO
SOBRE BOND AHUESADO DE 80 GRAMOS.
SE TERMINÓ DE REVISAR BAJO LAS
PRIMERAS LLUVIAS DEL MES DE
MAYO DE 2025.